

Detrás de la Máscara

Por

Louisa May Alcott

Freeditorial 

CAPÍTULO I

Jean Muir

—¿Ha venido?

—No, mamá, aún no ha venido.

—Desearía que todo hubiera acabado. Pensar en ello me inquieta y al mismo tiempo me provoca cierta emoción. Bella, acércame un cojín para la espalda.

La malhumorada señora Coventry se acomodó en un sillón con un suspiro que denotaba nerviosismo y cierto aire de mártir, mientras su hermosa hija revoloteaba a su lado con afectuosa solicitud.

—¿De quién están hablando, Lucía? —preguntó el joven lánguido que permanecía cerca de su prima repantigado en otro sillón. Ésta se inclinó sobre su obra de tapicería con una amable sonrisa esbozada en su rostro, que, por lo general, se mostraba altivo.

—De la nueva institutriz, la señorita Muir. ¿Qué quieres que te cuente sobre ella?

—Nada, gracias. Siento una gran aversión por todas esas mujeres. A veces doy gracias a Dios por tener sólo una hermana, de que ella sea la madre de un niño mimado y de haberme librado durante tanto tiempo de la tortura de tener una institutriz.

—¿Y ahora cómo lo soportarás? —quiso saber Lucía.

—Ausentándome mientras ella esté en casa.

—No, no lo harás. Eres demasiado indolente para eso, Gerald — interrumpió un hombre más joven y energético que jugueteaba con sus perros desde el descansillo.

—Le daré tres días de gracia, y si ella aguanta, no me molestaré en salir; pero si es una pesada, y estoy seguro de que lo será, me marcharé lejos para no verla.

—Jovencitos, os ruego que no habléis en términos tan deprimentes. Me angustia la llegada de una desconocida tanto o más que a vosotros, pero no debemos descuidar la educación de Bella. Así que me he armado de valor para soportar a esta mujer, y Lucía, muy amablemente, se ha ofrecido para ocuparse de ella a partir de mañana.

—No te molestes, mamá. Yo diría que es buena persona, y cuando nos

acostumbremos a ella, no me cabe duda de que estaremos encantados con su presencia. Ahora esto está muy aburrido. Lady Sydney comentó que era una joven muy tranquila, capacitada y afable que necesitaba un hogar, y que sería de gran ayuda para una pobre estúpida como yo, así que, por favor, procura ser amable con ella.

—Lo haré, querida, ¿pero no se está haciendo tarde? Espero que no haya ocurrido nada malo. ¿Les dijiste que enviaran un coche a la estación para recogerla, Gerald?

—Me olvidé de dar el aviso. Pero la estación no queda muy lejos de aquí, no le irá mal caminar un rato —respondió el joven lánguido.

—Fue indolencia por tu parte, no descuido, de eso estoy segura. Qué desastre; creerá que somos unos desconsiderados por dejarla abandonada a estas horas, sin saber el camino a casa. Ned, ve a la estación a buscarla.

—Es demasiado tarde, Bella, el tren ha llegado hace un rato. La próxima vez que me des órdenes procuraré que se cumplan, mamá —contestó Edward.

—Ned está en esa edad en la que no le importa hacer el ridículo por cualquier jovencita que se cruce en su camino. Vigila a la institutriz, Lucía, o acabará seduciéndole.

Gerald hablaba con una especie de susurro satírico, pero su hermano le oyó y contestó con una sonrisa muy animada.

—Desearía que hubiera alguna esperanza de que tú hicieras el ridículo de esa manera, amigo mío. Sé un buen ejemplo para mí, y te prometo que lo seguiré. En cuanto a la institutriz, debemos tratarla con nuestra acostumbrada cortesía, puesto que es una dama. Yo diría que tampoco estará mal mostrarnos especialmente amables, porque la mujer es pobre y una auténtica desconocida.

—¡Así habla mi querido y bondadoso Ned! Protegeremos a la pobre y pequeña Muir, ¿verdad? —y mientras corría hacia su hermano, Bella se puso de puntillas para darle un beso que él no pudo rechazar, porque los labios rosados se fruncieron de una forma muy apetitosa, y los ojos brillantes rebosaban el afecto propio de una hermana.

—Espero que ya haya llegado, porque cuando me esfuerzo por ver a alguien, detesto que sea en vano. Sé que la puntualidad es una gran virtud, y esta mujer carece de ella, porque prometió estar aquí a las siete y hace rato que ha pasado esa hora —protestó la señora Coventry visiblemente molesta.

Antes de que le diera tiempo a expresar otra queja, el reloj marcó las siete y sonó el timbre de la puerta.

—¡Es ella! —exclamó Bella, quien se volvió hacia la entrada para recibir a la recién llegada.

Pero Lucía la detuvo con un tono de voz contundente.

—Quédate aquí, pequeña. Es ella quien tiene que acercarse a ti, no tú a ella.

—La señorita Muir —anunció una criada mientras una figura menuda vestida de negro permanecía de pie frente al umbral. Por un momento la familia permaneció inmóvil, y la institutriz tuvo tiempo de ver y de ser vista antes de pronunciar una sola palabra. Todos la estaban observando, y ella les obsequió con una amable sonrisa que despertó vivamente su curiosidad. Después, la muchacha bajó la vista y, haciendo una leve reverencia, atravesó el umbral de la puerta. Edward avanzó unos pasos para recibirla con una sincera e inquebrantable cordialidad.

—Madre, ésta es la dama que estabas esperando. Señorita Muir, permítame disculparme por nuestra evidente desatención al no ir a buscarla. Hubo un malentendido con el cochero o, mejor dicho, el holgazán a quien dimos la orden de recibirla se olvidó del recado. Bella, acércate.

—Se lo agradezco, pero no es necesaria una disculpa. No esperaba que vinieran a recogerme —respondió la institutriz mientras se sentaba lentamente sin levantar su mirada.

—Encantada de conocerla. Permítame que recoja sus maletas —propuso Bella tímidamente, porque Gerald, que seguía repantigado en el sofá, observaba al corrillo que se había formado al calor del hogar con cierta apatía. Lucía ni siquiera se movió.

La señora Coventry repasó de nuevo a la joven con la mirada y comentó:

—Ha sido usted puntual, señorita Muir, y eso me agrada. Como espero que le haya comentado lady Sydney, soy una triste inválida. Mi sobrina supervisará las clases de la señorita Coventry, y como sabe lo que quiero, tendrá que dirigirse a ella para recibir instrucciones. Ruego que me disculpe si le hago unas cuantas preguntas. La nota de lady Sydney era breve, y confié plenamente en su buen juicio.

—Responderé a todas sus preguntas, señora —respondió la muchacha con una voz suave y melancólica.

—Tengo entendido que usted es escocesa.

—Sí, señora.

—¿Sus padres están vivos?

—No me queda ningún pariente en el mundo.

—¡Dios mío, qué desgracia! ¿Le molesta que le pregunte sobre su edad?

—Tengo diecinueve años. —En ese momento, los labios de la señorita Muir esbozaron una sonrisa mientras cruzaba las manos con cierto aire de resignación, puesto que el interrogatorio se intuía largo y pesado.

—¡Eres muy joven! Creo que lady Sydney comentó que tenías veinticinco años, ¿verdad, Bella?

—No, mamá, sólo dijo que así lo creía. No hagas este tipo de preguntas delante de nosotros, resulta desagradable —susurró Bella.

La señorita Muir levantó repentinamente la mirada y esbozó una radiante sonrisa de agradecimiento mientras decía en voz baja:

—Desearía tener treinta años, pero, como no es así, hago todo lo posible para parecer mayor.

En ese momento todas las miradas se posaron en ella, y todos sintieron un poco de lástima al ver el rostro pálido de la mujer con su sencillo vestido negro cuyo único complemento era una pequeña cruz de plata colgada del cuello. Era una muchacha menuda, delgada y desvaída, tenía el pelo rubio, ojos grises y facciones irregulares, pero muy marcadas y expresivas. Al parecer la pobreza había hecho mella en ella, y la vida le había reparado más heladas que días soleados. Sin embargo, el contorno de su boca revelaba fortaleza, y la voz clara y baja presentaba una curiosa combinación de súplica y dominio por la variación de su tonalidad. No era una mujer atractiva, pero tampoco era ordinaria. Cuando se sentó colocando sus delicadas manos sobre su regazo, ladeó la cabeza y adoptó una expresión severa en su delgado rostro, convirtiéndose así en una criatura más interesante que muchas de las jovencitas alegres y radiantes de la comarca. Bella no tuvo que esforzarse para mostrarse afectuosa con la joven, y acercó su silla hacia ella mientras Edward regresaba con sus perros para que su presencia no inquietara a la recién llegada.

—Creo haber entendido que ha estado usted enferma —prosiguió la señora Coventry, quien consideró este hecho el más interesante de todos los que había oído acerca de la institutriz.

—Sí, señora. Hace una semana me dieron el alta del hospital.

—¿Cree que podrá empezar a enseñar tan pronto?

—No tengo tiempo que perder, y seguramente recuperaré las fuerzas aquí en el campo, si no les importa mantenerme.

—¿Está usted capacitada para enseñar música, francés y dibujo?

—Procuraré demostrarle que así es.

—Si es usted tan amable de tocar una o dos cancioncillas, podré juzgar su

tacto con las teclas. De joven, yo solía tocar muy bien.

La señorita Muir se levantó y echó un vistazo a su alrededor en busca del instrumento. Cuando vio que estaba situado al fondo de la estancia, se dirigió hacia él, pasando por delante de Gerald y Lucía como si no advirtiera su presencia. Bella siguió a la muchacha, y sintió tanta admiración por ella que por un momento lo olvidó todo. La señorita Muir tocaba como una auténtica melómana y dominaba perfectamente su arte. Conquistó a todos los presentes con la magia de su hechizo. Incluso el indolente Gerald se sentó para escuchar, y Lucía dejó a un lado la costura mientras Ned observaba los delicados y pálidos dedos de la pianista y se maravillaba ante la fuerza y la habilidad que éstos demostraban.

—Cante, por favor —suplicó Bella cuando la joven terminó de tocar su brillante obertura.

La señorita Muir obedeció la petición con la misma docilidad, y comenzó a tocar una breve melodía escocesa. Era tan dulce, tan triste, que los ojos de la joven se colmaron de lágrimas y la señora Coventry tuvo que echar mano de uno de sus numerosos pañuelos de bolsillo. De pronto, la música cesó cuando, en un vano intento por mantenerse sentada, la cantante resbaló de su asiento y cayó redonda ante la sorprendida audiencia, que vio el rostro pálido y agarrotado de la joven. Edward la levantó mientras ordenaba a su hermano que dejara libre su asiento. Luego acomodó a la señorita Muir en el sillón mientras Bella le frotaba las manos y su madre llamaba a su criada. Lucía aplicó un poco de agua en las sienes de la pobre muchacha, y Gerald, haciendo gala de una energía poco habitual, le acercó una copa de vino. Al rato los labios de la señorita Muir empezaron a temblar, suspiró, y luego murmuró tiernamente con un ligero acento escocés, como si deambulara en el pasado.

—Quédate a mi lado, mamá, porque estoy muy enferma y sola.

—Beba un sorbo de esto, le sentará bien, querida —respondió la señora Coventry, impresionada por la súplica de la muchacha.

La extraña voz pareció revivirla. La muchacha se incorporó, miró por unos instantes y con cierta inquietud a su alrededor, luego se compuso y dijo con un aspecto y tono de voz lastimeros:

—Perdónenme. Me he pasado todo el día de pie y, por mi afán de llegar puntual a la cita, no he comido nada desde esta mañana. Ahora me encuentro mejor. ¿Quieren que acabe de tocar la canción?

—No, será mejor que no. Acompáñenos a tomar el té —propuso Bella, quien sentía remordimientos y compasión por la joven.

—Un primer acto muy bien interpretado —susurró Gerald a su prima.

La señorita Muir estaba de pie delante de ellos, y fingía estar escuchando los comentarios de la señora Coventry sobre los ataques de desmayo; pero la joven escuchaba y miraba por encima de sus hombros en un gesto de gran sofisticación. Tenía los ojos grises, aunque en ese momento parecieron ennegrecerse por una intensa emoción de ira, orgullo o desafío. Su rostro esbozó una curiosa sonrisa mientras saludaba con la cabeza, y dijo con voz penetrante:

—Gracias, la última escena será aún mejor.

El joven Coventry era un hombre frío e indolente que rara vez sentía algún tipo de emoción o pasión, fuera ésta agradable o ingrata. Pero el tono de voz y el aspecto de la institutriz provocaron en él una nueva sensación indescriptible pero muy intensa. Notó que se sonrojaba y, por primera vez en la vida, pareció avergonzado. Lucía se percató de ello, y empezó a odiar a la señorita Muir con todas sus fuerzas porque, a lo largo de todos los años que había pasado con su primo, ninguna mirada ni palabra suya había surtido tal efecto. Coventry volvió a ser el mismo al cabo de unos instantes sin dejar rastro de ese repentino cambio, salvo por una mirada de interés en sus ojos generalmente soñolientos y un resquicio de ira en su sarcástica voz.

—¡Qué joven tan melodramática! Vendré mañana.

Lucía se echó a reír con satisfacción cuando él se alejó para traerle una taza de té de la mesa donde se estaba desarrollando una pequeña escena. La señora Coventry se había vuelto a sentar de nuevo en su sillón, agotada como estaba por todo el jaleo que había provocado el desmayo. Bella revoloteaba a su alrededor; y Edward, que había resuelto alimentar a la pálida institutriz, trataba con todas sus fuerzas de preparar el té después de una suplicante mirada a su prima que ella prefirió ignorar. Mientras él dejó caer la caja de lata que albergaba las bolsitas de té y murmuraba con cierta desesperación, la señorita Muir procedió a sentarse lentamente detrás de la vitrina diciéndole al joven, con una sonrisa y una tímida mirada:

—Permítame cumplir con mi deber de inmediato y servirles a todos ustedes. Conozco el arte de hacer sentir cómodas a las personas de esta manera. La cuchara, por favor. Yo me encargaré de prepararlo todo, si me dice cómo quiere su madre el té.

Edward acercó una silla a la mesa y bromeó sobre su estropicio, mientras la señorita Muir llevó a cabo su discreta tarea con una habilidad y gracia que resultaban agradables de observar. Coventry se quedó mirándola un largo rato después de que ella le entregara una taza de té humeante, al tiempo que formulaba una o dos preguntas a su hermano. Ella reparó en él como si de una estatua se tratara, y, en mitad de un comentario que le dedicó a la muchacha, ésta se levantó para acercar el azucarero a la señora Coventry, quien para

entonces ya se había convencido de los aires modestos y familiares de la nueva institutriz.

—Realmente, querida, usted es un tesoro; no había tomado un té tan delicioso desde que murió mi pobre asistenta Ellis. Parece hacerlo todo bien, y eso me tranquiliza.

—En ese caso, permítame prepararle siempre el té. Será todo un placer, señora.

La señorita Muir volvió a su asiento con un ligero rubor en la mejilla que mejoraba notablemente su aspecto.

—Mi hermano me preguntó si el joven Sydney estaba en casa cuando se marchó —comentó Edward, porque Gerald no se habría molestado en repetir la pregunta.

La señorita Muir posó su mirada en Coventry y contestó con un ligero temblor de labios:

—No, se marchó de casa hace unas semanas.

El joven volvió hacia donde estaba su prima y se sentó a su lado.

—No me iré mañana, sino que esperaré tres días.

—¿Por qué? —preguntó Lucía.

Él contestó bajando el tono de voz y asintiendo hacia la institutriz.

—Porque tengo la impresión de que ella es la clave del misterio de Sydney. Últimamente no es el mismo de siempre, y acaba de marcharse sin pronunciar ni una palabra. Yo prefiero los romances de la vida real, si no son demasiado largos o difíciles de leer.

—¿La consideras atractiva?

—En absoluto. Creo que es una criatura muy poco sofisticada.

—Entonces, ¿por qué crees que Sydney la ama?

—Es una mujer original, le encantan las emociones y todo eso.

—¿A qué te refieres, Gerald?

—Procura que esa Muir te mire, tal como ella me miró a mí, y lo entenderás. ¿Te apetece otra taza de té, diosa Juno?

—Sí, por favor. —A ella le encantaba hacerle esperar, porque no esperaba por ninguna otra mujer salvo por su madre.

Antes de que le diera tiempo a levantarse lentamente, la señorita Muir se dirigió hacia ellos con otra taza en la bandeja de plata. Mientras Lucía la

aceptaba asintiendo fríamente con la cabeza, la joven dijo en voz baja:

—Debo advertirles que tengo buen oído, y no puedo evitar oír lo que se diga en este salón. Lo que digan sobre mí no tiene importancia, pero alguna vez querrán hablar de asuntos que no desearán que yo escuche; creo oportuno decírselo.

Luego se marchó con el mismo sigilo con el que había entrado.

—¿Qué te parece? —susurró Coventry mientras su prima se quedaba sentada observando a la joven con cierta estupefacción.

—¡Qué joven más inconveniente tenemos en casa! Lamento mucho haber precipitado su venida, porque tu madre se ha encaprichado de ella y será difícil que nos la quitemos de encima —apuntó Lucía con un tono de voz furioso y divertido al mismo tiempo.

—¡Cuidado! Escucha todo lo que decimos. Lo sé por la expresión altiva de su rostro, porque Ned está hablando de caballos. Eso es muy elocuente. ¡Dios mío! Esto se está poniendo interesante.

—Escucha, está hablando. Quiero escuchar lo que dice. —Lucía colocó su mano sobre los labios de su primo. Él la besó, y luego se entretuvo jugueteando con los anillos de sus finos dedos.

—He vivido en Francia durante varios años, señora, pero mi amiga falleció y yo regresé para quedarme con lady Sydney hasta... —Muir se detuvo por un instante, y luego añadió lentamente— hasta que caí enferma. Fue una fiebre contagiosa, y decidí ingresar en el hospital porque no quería que la señora corriera ningún riesgo.

—Muy oportuno. Pero ¿estás segura de que no se corre ningún peligro de infección? —preguntó la señora Coventry con cierto nerviosismo.

—Ningún riesgo, se lo aseguro. Hace ya un tiempo que estoy bien, pero no me marché porque preferí quedarme allí en vez de volver con lady Sydney.

—Espero que no os pelearais. ¿Hubo algún problema?

—No, ninguna pelea, en fin, ¿por qué no? Usted tiene derecho a saber, pero no voy a convertir las cosas más insignificantes en auténticos misterios. Como su familia está reunida aquí, prefiero contarle la verdad. No regresé debido a un joven caballero. Por favor, no me pregunte más.

—¡Ah!, entiendo. Muy prudente y apropiado por su parte, señorita Muir. Jamás volveré a mencionarle este asunto. Le agradezco su franqueza. Bella, procura no mencionarlo con tus jóvenes amigas. Desgraciadamente, las jovencitas cotillean, y a lady Sydney le desagradaría muchísimo saber que se habla de ello.

—Lady Sydney es muy considerada al enviarnos a esta peligrosa muchacha aquí, donde viven dos jóvenes caballeros para cautivar. Me pregunto por qué no se quedaría con Sydney después de que ella los pillara —murmuró Coventry a su prima.

—Porque ella siente un enorme desprecio por los ricos estúpidos. —La señorita Muir dejó caer las palabras en el oído de Coventry mientras se inclinaba para recoger su mantón de la esquina del sofá.

—¿Cómo demonios ha logrado llegar hasta aquí? —protestó Coventry, quien parecía haber recibido otra sensación—. Esa joven tiene carácter. Compadezco al pobre Sydney porque, si él trató de impresionarla, debió de llevarse una gran desilusión.

—Ven a jugar al billar. Me lo prometiste, y debes cumplir tu palabra —propuso Lucía mientras se levantaba resueltamente, ya que Gerald demostraba demasiado interés por otra mujer como para satisfacer a la señorita Beaufort.

—Como siempre, cumpliré gustosamente mi deber. Mi madre es una mujer encantadora, pero encuentro que nuestras reuniones vespertinas son un poco aburridas si sólo asiste mi familia. Buenas noches, mamá. —Tendió ambas manos a su madre, quien idolatraba a su hijo y se enorgullecía de él. Saludó con la cabeza al resto de invitados y empezó a caminar detrás de su prima.

—Ahora que se han ido podemos acomodarnos y hablar pausadamente, porque no me importa en absoluto Ned más de lo que me importan sus perros —confesó Bella mientras apoyaba los pies en la banqueta de su madre.

—Sólo quiero añadir, señorita Muir, que mi hija nunca ha tenido una institutriz y su educación es menor de la que correspondería a una niña de dieciséis años. Quiero que pase las mañanas con ella, y que os llevéis bien lo antes posible. Por las tardes paseará con ella o la acompañará en coche de caballos, y por las noches, se sentará con nosotros o, si así lo prefiere, se dedicará a sus cosas. En el campo llevamos una vida muy tranquila porque no soporto estar rodeada de gente, y cuando a mis hijos les apetece diversión, salen a buscarla. La señorita Beaufort supervisa a los criados y me sustituye en todo lo que haga falta. Mi estado de salud es delicado, y me quedo en la habitación hasta la tarde, exceptuando el rato que salgo de la estancia para que ésta se airee. Estará a prueba durante un mes, y espero que las dos nos llevemos muy bien.

—Haré todo lo que esté en mi mano, señora.

Nadie habría creído que esa suave vocecita que pronunció estas palabras era la misma que había desafiado a Coventry hacía unos minutos, ni que ese rostro pálido y paciente podría haberse encendido con el repentino fulgor que miró por encima del hombro de la señorita Muir cuando ésta contestó al

discurso de su joven anfitriona.

Edward pensó para sus adentros: ¡Pobre mujer! Ha tenido una vida difícil. Trataremos de facilitársela mientras esté aquí, luego empezó su obra caritativa sugiriendo que seguramente estaría cansada. Ella reconoció que sí lo estaba, y Bella la condujo hasta una habitación brillante y acogedora, donde, después de darle un pequeño discurso y un beso de buenas noches, la dejó sola.

Cuando estaba a solas, la conducta de la señorita Muir era, sin duda alguna, original. Lo primero que hizo fue juntar las manos y murmurar apasionadamente entre dientes: «¡No volveré a fallar cuando existe ingenio y voluntad en una mujer!». Se quedó inmóvil durante un buen rato con una expresión de feroz desprecio en su rostro y luego blandió su puño en el aire como si estuviera amenazando a un enemigo invisible. Después se echó a reír y se encogió de hombros al estilo francés mientras murmuraba: «Sí, la última escena será mejor que la primera. Mon Dieu, ¡qué cansada y hambrienta estoy!».

Se arrodilló delante de un pequeño baúl que contenía todas sus posesiones materiales. Lo abrió y sacó de él un frasco. Luego lo mezcló con un vaso de licor que pareció beber con deleite mientras se sentaba musitando sobre la alfombra y sus audaces ojos escudriñaban cada rincón de la estancia.

—¡No está mal! Será un buen terreno en el que trabajar, y cuanto más difícil sea la tarea, mejor. Mera, vieja amiga. Tú me infundiste ánimo y valor cuando nadie me los daba. Adelante, se ha bajado el telón, y podré volver a ser yo misma durante unas horas, si es que las actrices son ellas mismas alguna vez.

Mientras permanecía sentada en el suelo, se deshizo las trenzas de su abundante cabello, se limpió el colorete del rostro, esbozó una sonrisa que reveló sus dientes perlados y se desvistió. Desnuda, parecía una mujer ojerosa, cansada y malhumorada de treinta años como mínimo. La metamorfosis era extraordinaria, pero el disfraz se notaba más en la expresión que asumía su rostro que en cualquier prenda o adorno. Ahora que estaba sola, sus flexibles rasgos volvieron a su expresión natural, dura y amarga. Había sido hermosa en el pasado, una criatura feliz, inocente y tierna; pero ninguna de esas cualidades perduraba en la siniestra mujer que se sentaba a lamentar alguna desgracia, pérdida o desengaño que había oscurecido toda su vida. Permaneció sentada durante una hora; a veces jugueteaba sin darse cuenta con los escasos mechones de pelo que caían sobre su rostro. En ocasiones se llevaba la copa a sus labios con la esperanza de que el licor calentara su sangre helada, y cuando hubo desnudado su pecho pudo apreciarse la terrible marca de una herida recién cicatrizada. Al final se levantó y caminó pesadamente hasta la cama como haría una persona aturdida física y mentalmente.

CAPÍTULO II

Un buen comienzo

Sólo se habían levantado las criadas cuando la señorita Muir salió de su habitación a la mañana siguiente para dirigirse discretamente hacia el jardín. Mientras caminaba fijándose en las flores, su mirada avizora escudriñó la hermosa y antigua casa, así como sus pintorescos alrededores.

No está mal, se dijo para sus adentros, y añadió, mientras pasaba por delante de un jardín adyacente, pero el otro es mejor, y me quedaré con éste.

Empezó a caminar a paso ligero y llegó hasta una explanada de césped que se abría ante la antigua mansión donde sir John Coventry vivía en solitario esplendor. Se trataba de una vieja casa solariega llena de robles, arbustos muy cuidados, jardincitos muy vistosos, terrazas soleadas, aguilones tallados, habitaciones espaciosas, criados uniformados y todo lujo imaginable que correspondía al hogar ancestral de un linaje rico y honorable. Los ojos de la señorita Muir brillaron al observar tanta majestuosidad, su paso se tornó más firme, su porte más orgulloso, y esbozó media sonrisa; era el gesto de alguien que se alegraba ante la perspectiva de un éxito o de un deseo largamente anhelado. De pronto cambió de actitud, se ajustó el sombrero, trenzó las manos suavemente ante ella y pareció entrar en un trance juvenil por esa hermosa escena que cautivaba a todas las personas amantes de la belleza. El motivo de este repentino cambio apareció en seguida. Un hombre robusto y atractivo, de entre cincuenta y sesenta años de edad, atravesó una portezuela que conducía al jardín y, al ver a la joven desconocida, se detuvo para mirarla. Sólo le dio tiempo a echar un vistazo. Por unos instantes, pareció atento a su presencia, se giró con una mirada de sobresalto, pronunció una exclamación que denotaba sorpresa y se mostró inseguro de si debía hablar o echar a correr. El educado sir John se despojó del sombrero y dijo, con la típica cortesía pasada de moda que tanto le favorecía:

—Le pido disculpas si la he asustado, joven dama. Permítame resarcirla invitándola a dar un paseo por donde usted guste, y recoger las flores que más desee. Me doy cuenta de que le gustan, así que, por favor, sírvase usted misma.

Con un aire encantador de timidez e ingenuidad femenina, la señorita Muir respondió:

—¡Oh, gracias, señor! Pero soy yo quien debería disculparme por haber entrado en su finca. No debí hacerlo sin averiguar si sir John estaba ausente.

Siempre he querido visitar este hermoso y antiguo lugar para darme un capricho.

—¿Y está usted satisfecha? —preguntó el hombre con una sonrisa.

—Estoy más que satisfecha. Estoy encantada, porque es el lugar más hermoso que haya visto nunca, y he visto muchos lugares famosos, tanto aquí como en el extranjero —respondió con entusiasmo.

—La mansión Hall se siente halagada por ello, al igual que su dueño si estuviera aquí —continuó el caballero con una extraña expresión en el rostro.

—No debería halagarla ante él, al menos no con la misma ligereza con la que he mostrado mis opiniones ante usted, señor —contestó la señorita Muir, quien apartó la mirada de su interlocutor.

—¿Por qué no? —quiso saber él, entre curioso y divertido.

—Por miedo. No es que tema a sir John. Pero he oído tantas cosas nobles y hermosas sobre él, y lo respeto tanto, que no me atrevería a hablar demasiado para que no detectara mi admiración ni...

—¿Ni qué, jovencita? Continúe, si es tan amable.

—Iba a decir... ni mi amor. Pues bien, lo diré porque es un hombre mayor y una no puede evitar amar la virtud y la valentía.

El porte de la señorita Muir parecía muy armonioso y formal mientras hablaba con la luz del sol centelleando sobre su pelo rubio, su rostro delicado y sus ojos alicaídos. Sir John no era un hombre frívolo, pero se satisfizo de los halagos recibidos por esa joven desconocida, y además sentía unas ganas irrefrenables de conocer su identidad. Él era demasiado educado para preguntárselo o para molestarla con insinuaciones de las que ella no parecía darse cuenta y, por tanto, supeditó su curiosidad a la suerte. Cuando ella se dio media vuelta, como si quisiera volver sobre sus pasos, él le ofreció un manojo de flores de invernadero que sostenía en sus manos. Luego preguntó, inclinando la cabeza en un gesto de reverencia:

—En nombre de sir John, permítame entregarle mi pequeño ramillete de flores, agradecido por su buena opinión, que, según puedo asegurarle, no es del todo merecida, porque le conozco bien.

La señorita Muir levantó rápidamente la vista, miró en un instante a su interlocutor y después volvió a bajar la mirada mientras se sonrojaba y tartamudeaba.

—No tenía la menor idea... Le pido mis disculpas. Es usted muy amable, sir John.

Sir John empezó a reír como un niño, y preguntó con un tono de voz

malicioso:

—¿Por qué me llama sir John? ¿Cómo sabe usted que no soy el jardinero o el mayordomo?

—Porque no he visto nunca su rostro, y nadie que no fuera el propio sir John diría que todo halago es inmerecido —murmuró la señorita Muir, quien todavía parecía presa de la confusión propia de una jovencita.

—Bueno, bueno, dejémoslo pasar, pero la próxima vez que venga seremos debidamente presentados. Bella siempre trae a sus amigas a la mansión, porque sabe que me encanta estar rodeado de gente joven.

—No soy una amiga de ella, sino sólo la institutriz de la señorita Coventry —contestó mientras hacía una débil reverencia. La actitud de sir John cambió de forma apenas perceptible. Pocos lo habrían notado, pero la señorita Muir lo captó de inmediato y se mordió los labios de rabia. Sin embargo, con un curioso aire de orgullo mezclado de respeto, aceptó el ramillete de flores que él le ofrecía, le devolvió a sir John el saludo de despedida y se dio media vuelta dejando solo al caballero, que empezó a preguntarse de dónde habría sacado la señora Coventry a una institutriz tan descarada.

—Ya está hecho, y no está nada mal para ser el principio —murmuró mientras se acercaba a la casa.

Después paseó por un verde prado que había en las inmediaciones y dio de comer a un caballo, quien levantó la cabeza y miró a la joven de forma inquisidora, como si de ella esperara un saludo. Siguiendo un instinto repentino, se adentró en el prado y, mientras arrancaba un puñado de tréboles del suelo, invitó al animal a comer de él. Éste era un gesto insólito en una dama, y el caballo echó a correr hacia la señorita como si se empeñara en asustarla.

—Ya veo —exclamó ella riendo para sus adentros—. No soy tu ama, por eso te rebelas. Pero acabaré conquistándote, delicada bestia.

Cuando se hubo sentado sobre la hierba, empezó a arrancar margaritas mientras canturreaba como si no fuera consciente de los brincos nerviosos que daba el caballo. El animal se acercó a ella, la olfateó con curiosidad y la miró con sorpresa. La joven ni se inmutó, sino que se dedicó a trenzar los pétalos de las flores y a seguir cantando como si estuviera sola. Esto pareció molestar al animal, porque cada vez se iba acercando más a la joven hasta que pudo olerle sus pequeños pies y toquetear su vestido. Luego, la señorita Muir ofreció el trébol al animal, pronunciando palabras amables con un tono de voz tranquilizador, hasta que poco a poco, y después de mucho coqueteo, el caballo le permitió acariciar su crin y su cuello brillante.

La escena resultaba hermosa: la figura esbelta sobre la hierba y el chispeante caballo que inclinaba su orgullosa cabeza para que la joven lo acariciara. Edward Coventry, que había sido testigo de los hechos, no pudo contenerse más y, cruzando el muro de un salto, se acercó a la pareja mientras exclamaba con una mezcla de asombro y admiración que se delataba en su gesto y en su voz:

—Buenos días, señorita Muir. Si no hubiera sido testigo de su habilidad y de su valor, estaría preocupado por su seguridad. Héctor es un caballo salvaje e imprevisible, y ha herido a más de un mozo de cuadra que ha intentado conquistarlo.

—Buenos días, señor Coventry No me cuente historias sobre esta noble criatura, porque no me ha defraudado. Sus mozos de cuadra no habrán sabido ganarse su corazón ni apaciguar su espíritu sin someterlo.

La señorita Muir se levantó al hablar y colocó su mano sobre el cuello de Héctor mientras éste comía la hierba que la joven había amontonado en la falda de su vestido.

—Usted ha descubierto el secreto y ahora Héctor es su súbdito, aunque hasta ahora había rechazado a todos sus amigos salvo a su amo. ¿Va usted a darle el almuerzo? Siempre le traigo pan y juego con él antes del desayuno.

—Entonces, ¿no está usted celoso? —ella levantó la vista para mirarle con unos ojos tan brillantes y expresivos que el joven se extrañó de no haber reparado antes en ellos.

—En absoluto. Juegue con él tanto como desee, le vendrá bien. Es un animal solitario porque rehúsa estar con los de su clase y prefiere la soledad, al igual que su amo —añadió él en voz baja.

—¿Solo, con un hogar tan dichoso, señor Coventry? —una mirada dulce y compasiva surgió de sus ojos brillantes.

—Fue una frase desagradecida por mi parte, y será mejor que la retire por el bien de Bella. Los hijos menores no gozan de posición alguna salvo la que puedan procurarse por sí mismos, como usted ya sabe, y por ahora no he tenido muchas oportunidades.

—¡Hijos menores! Pensaba... le pido disculpas. —La señorita Muir se detuvo de repente, como si recordara que no tenía ningún derecho a preguntar.

Edward sonrió y le respondió en confianza.

—No es preciso que se disculpe. Quizá creía que yo era el heredero. ¿Y ayer por la noche quién creyó que era mi hermano?

—Pensé que era un invitado que admiraba a la señorita Beaufort. No

escuché su nombre ni pude observarlo el tiempo suficiente para saber quién era. Sólo atendí a su amable madre, a su encantadora hermana y...

La señorita Muir volvió a detenerse mientras miraba de forma discreta, tímida y agradecida al joven a quien no le hacían falta más palabras. Todavía parecía un niño a pesar de sus veintiún años de edad, y sus mejillas morenas se sonrojaron discretamente cuando los elocuentes ojos de ella se cruzaron con los de él antes de volver a descender.

—Sí, Bella es una jovencita estupenda, y todos cuantos la conocen la aman. Estoy seguro de que se llevarán bien, porque en el fondo es una niña encantadora. El precario estado de salud de mi madre y la devoción que Bella le profesa han impedido que nos ocupáramos antes de su educación. El próximo invierno, cuando nos instalemos en la ciudad, empezará a salir y a prepararse para su presentación en sociedad, como usted bien sabe —contestó él eligiendo un tema no comprometido.

—Haré todo lo que pueda. Ahora reparo en que debería ir a verla en vez de estar aquí pasándomelo bien. Cuando una ha estado enferma y en cama durante mucho tiempo, los prados le parecen tan hermosos que olvida sus obligaciones. Le ruego que me dé un toque de atención si en ocasiones me muestro negligente, señor Coventry.

—Ése es el nombre de Gerald. Aquí yo soy sólo el señor Ned —respondió mientras caminaban hacia la casa y Héctor les seguía hasta el muro antes de despedirse sonoramente.

Bella acudió corriendo a reunirse con ellos, y saludó a la señorita Muir como si acabara de decidir que la querría con locura.

—¡Qué hermoso ramo de flores! Nunca sé combinarlas bien, lo cual es un fastidio, porque a mamá le encantan y no puede salir a recogerlas. Tiene usted buen gusto —comentó mientras analizaba el elegante ramillete que la señorita Muir había mejorado notablemente añadiendo briznas altas y emplumadas de hierba, delicadas ramas de helecho y fragrantas flores salvajes que complementaban los ejemplares exóticos de sir John.

Las colocó entre las manos de Bella y dijo suavemente:

—Entrégaselas a tu madre, y pregúntale si me brindará el placer de confeccionarle un ramillete cada día; será todo un honor para mí, si a ella le complace.

—¡Es usted muy amable! Estoy segura de que a mi madre le encantará. Le llevaré las flores cuando todavía estén cubiertas de escarcha por la mañana.

Bella se marchó corriendo, contenta de poder entregar unas flores y un mensaje tan hermoso a su pobre madre enferma.

Edward se detuvo para charlar con el jardinero y la señorita Muir subió sola los escalones. El largo vestíbulo estaba bordeado de retratos, y mientras lo recorría lentamente mostró gran interés por las pinturas. Una le llamó la atención y, después de detenerse ante ella, la analizó meticulosamente. Era la de un rostro femenino joven y hermoso pero también engreído. La señorita Muir supo de inmediato quién era esa mujer y asintió decididamente con la cabeza, como si acabara de aceptar una oportunidad inesperada. Un suave crujido a sus espaldas la obligó a darse media vuelta, y al ver a Lucía saludó con una reverencia sin acabar de girarse del todo, como si quisiera volver a mirar el cuadro. Luego exclamó, de forma aparentemente espontánea:

—¡Qué retrato tan hermoso! ¿Puedo preguntarle si se trata de uno de sus antepasados, señorita Beaufort?

—Se parece mucho a mi madre —respondió ella con un tono de voz suave y unos ojos que levantaron tiernamente la mirada.

—Debí de reconocer el parecido, pero apenas pude verla la pasada noche. Perdone que me haya tomado alguna libertad, pero lady Sydney me trató como a una amiga y olvidé mi posición. Permítame.

Mientras hablaba, la señorita Muir se inclinó para recoger el pañuelo que había caído de la mano de Lucía, y lo hizo con un gesto tan humilde que impresionó a su interlocutora, ya que, a pesar de ser un gesto altivo, también era generoso.

—Gracias. ¿Se encuentra usted mejor esta mañana? —preguntó con amabilidad. Después de recibir una respuesta afirmativa, añadió mientras empezaba a andar—: Le mostraré el comedor donde tomamos el desayuno, ya que Bella no está. Se trata de una comida familiar muy informal, puesto que mi tía nunca baja a desayunar y mis primos tienen horarios irregulares. No nos espere para tomar el desayuno si usted se levanta muy temprano.

Bella y Edward aparecieron antes de que los demás se sentaran. La señorita Muir desayunó silenciosamente porque se sentía muy satisfecha con su primera hora de trabajo. Ned explicó su anécdota con Héctor, Bella le transmitió el agradecimiento de su madre por las flores y Lucía mencionó en más de una ocasión, con comprensible vanidad, que la institutriz la había comparado con su encantadora madre, delatando con la mirada la misma admiración por el parecido real que por el retratado. Todos, muy amablemente, hicieron todo lo posible para que esa joven paliducha se sintiera como en casa, y su actitud cordial le resultó tan placentera que empezó a hablar por los codos. Al cabo de un rato dejó a un lado su porte triste y dócil y empezó a conversar sobre su vida en París, sus viajes a Rusia cuando trabajaba como institutriz en la familia del príncipe Jermadoff y todo tipo de historias ingeniosas que mantuvieron cautivada a su audiencia mucho después de

acabado el desayuno. En medio de tan absorbente aventura, Coventry entró en el comedor, asintió pesadamente con la cabeza y levantó las cejas como si pareciera sorprendido de ver allí a la institutriz. No obstante, empezó a desayunar como si el fastidio de un nuevo día se hubiera apoderado de él. La señorita Muir dejó de hablar a pesar de las súplicas para que continuara haciéndolo.

—Acabaré mi historia en otro momento, si no les importa. Ahora la señorita Bella y yo debemos iniciar los estudios.

La señorita Muir abandonó la sala con su alumna sin reparar en el joven amo de la casa, aunque le devolvió un saludo respetuoso con la cabeza en respuesta al de él, que había sido mucho más descuidado.

—¡Bienaventurada criatura! Se va cuando yo llego y no hace que la vida sea insoportable mostrándose deprimida ante mis ojos. ¿Pertenece a la clase moral, a la clase melancólica, romántica o elegante, Ned? —preguntó Gerald repantigado ante su taza de café como hacía con todo lo demás.

—A ninguna de ellas. Es una joven estupenda. Ojalá la hubieras visto domesticar a Héctor esta mañana. —Seguidamente, Edward repitió la anécdota.

—No tengo nada que decir en su contra —contestó Coventry—. Debe de ser una joven observadora y a la vez resuelta para darse cuenta de tu principal debilidad y atacarla con tanta rapidez. Primero domestica al caballo, y luego a su amo. Será divertido observar este juego, aunque no tendré más remedio que vigilaros a los dos cuando la cosa se ponga seria.

—No es preciso que te esfuerces por mí, hombre. Si no estuviera tan poco predisposta a pensar mal de una joven inofensiva, diría que tú serías el premio que merecería la pena ganar, y además te advierto que cuides tu corazón, si es que tienes uno, cosa que dudo bastante.

—Yo también lo pongo en duda. Pero supongo que esta jovencita escocesa no podrá satisfacernos a ninguno de los dos sobre esta cuestión. ¿Y a usted, su alteza, le cae bien? —preguntó Coventry a su prima, que estaba sentada a su lado.

—Más de lo que creía. Es muy educada, discreta y muy divertida cuando quiere. Nos ha contado algunas de las historias más graciosas que he escuchado desde hace mucho tiempo. ¿No te ha divertido su forma de reír? —respondió Lucía.

—Sí. Ahora mismo ya me divierto al repetir estas animadas anécdotas.

—Eso es imposible; su acento y su porte conforman la mitad de su encanto —comentó Ned—. Desearía que hubieras entrado diez minutos más tarde,

porque tu aparición ha estropeado la mejor de sus anécdotas.

—Pero ¿por qué no continuó? —quiso saber Coventry con cierta curiosidad.

—Has olvidado que la muchacha oyó nuestra conversación ayer por la noche, y debe de creer que la consideras una pesada. Es una joven orgullosa, y ninguna mujer olvida unos comentarios como los que ayer le dedicaste —replicó Lucía.

—Ni tampoco los perdona, por lo que veo. En fin, me resignaré a languidecer sometido a sus desaires. Sydney sabe que la joven no me interesa en absoluto. Tampoco espero aprender nada de ella, porque una mujer con una boca como ésa nunca confiesa ni dice nada. Aun así, siento curiosidad por saber qué le cautivó de ella, porque sin duda alguna está cautivado por una mujer que no conoció en sociedad. ¿Has oído algo de eso, Ned? —preguntó Gerald.

—No me gustan los escándalos ni los cotilleos, y nunca les prestó la menor atención. —Y después de pronunciar esta frase, Edward abandonó la estancia.

Lucía fue requerida por el ama de llaves al cabo de unos instantes, y Coventry se quedó con la compañía de la persona que más detestaba, es decir, la suya. Cuando entró, había oído parte de la historia que la señorita Muir estaba contando, y eso despertó tanto su curiosidad que no cesaba de preguntarse cuál sería el final de esa anécdota.

—¿Por qué demonios se marchó corriendo cuando entré? —pensó—. Si es una mujer divertida, tiene que serlo para todos. Aquí es todo muy aburrido a pesar de Lucía. ¿Qué es eso?

Empezó a escuchar una voz dulce y afinada que cantaba con un brillante estilo italiano y con una expresión que convertía la música en un arte doblemente delicioso. Asomándose por la ventana francesa, Coventry se paseó por la terraza soleada, disfrutando de ese canto con el placer de un auténtico melómano. Otros se apuntaron a la audición, pero él seguía caminando y escuchando sin atender al cansancio ni al tiempo. Cuando hubo terminado una de esas exquisitas canciones, comenzó a aplaudir de forma involuntaria. El rostro de la señorita Muir apareció por unos instantes y luego se desvaneció sin que se oyera música alguna, aunque Coventry esperaba escuchar de nuevo esa voz. La música era lo único que no le aburría, pero ni Lucía ni Bella poseían el suficiente talento musical para cautivarle. Se quedó paseando durante una hora por la terraza y el jardín a pleno sol, pero su actitud era demasiado indolente como para procurarse compañía o una ocupación. Al cabo de un tiempo, apareció Bella con un sombrero en la mano, y por poco tropezó con su hermano, que estaba tendido en el césped.

—¡Eh, holgazán! ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —le preguntó bajando la mirada.

—He estado muy ocupado. Cuéntame cómo te va con el pequeño dragón.

—No puedo entretenerme. Me dijo que saliera corriendo de la clase de francés para llegar a tiempo a la de dibujo. Tengo prisa.

—Hace demasiado calor para correr. Siéntate y divierte a tu hermano solitario, alguien que no ha tenido compañía alguna durante una hora, salvo la de las abejas y las lagartijas.

Coventry indicó a su hermana que se agachara, y la niña obedeció. A pesar de su indolencia, él era el tipo de persona al que todos hacían caso sin pestañear.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Confundir a tu pobre cerebro con todo tipo de elegantes tonterías?

—En absoluto. Me lo he pasado muy bien. Jean es muy interesante, amable e inteligente. No me aburrió con ejercicios estúpidos de gramática, sino que me habló con un francés tan armonioso que estoy aprendiendo mucho, y además no esperaba que me gustase tanto, porque Lucía tiene una forma muy aburrida de enseñar idiomas.

—¿De qué habláis?

—Pues de todo tipo de cosas. Ella me hace preguntas, yo respondo, y luego me corrige.

—Preguntas sobre asuntos y cotilleos, supongo.

—Nada de eso. A ella no le interesan para nada nuestros asuntos. Pensé que le gustaría saber qué tipo de personas éramos, de modo que le hablé de la repentina muerte de papá, del tío John, de ti y de Ned. Pero mientras estaba hablando dijo de manera discreta y educada, como siempre: «Estás siendo demasiado confidencial, querida. Es mejor no hablar con tanta ligereza a desconocidos sobre tus asuntos privados. Hablemos de otra cosa».

—¿De qué hablabais cuando te interrumpió, Bella?

—De ti.

—Pues entonces no es de extrañar que se aburriera.

—Estaba harta de mi cháchara, y no escuchó ni la mitad de lo que dije. Estaría ocupada dibujando algo para que lo copiara, o en todo caso pensando en algo más interesante que los Coventry.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la expresión de su rostro. ¿Te gusta cómo toca música, Gerald?

—Sí. ¿Se enfadó cuando aplaudí?

—Pareció sorprendida pero a la vez orgullosa; luego cerró el piano de golpe a pesar de que yo le rogué que continuara. ¿No te gusta el nombre de Jean?

—No está mal. Pero ¿por qué no la llamas señorita Muir?

—Me pidió que no lo hiciera. Odia que la llamen así, prefiere que la conozcan por su nombre. He fabricado una pequeña historia de amor para ella y algún día se la contaré, porque estoy segura de que ha tenido problemas en ese terreno.

—No te entretengas con demasiadas estupideces, y sigue el ejemplo sensato de la señorita Muir. No curioses en los asuntos privados de otras personas. Pídele que cante esta noche porque su música me entretiene.

—Creo que esta noche no bajaré. Tenemos previsto leer y trabajar en mi tocador, que ahora se ha convertido en nuestro estudio improvisado. Mamá se quedará en su habitación, de modo que tú y Lucía podéis quedaros solos en el salón.

—Gracias. ¿Cuáles son los planes de Ned?

—Me ha dicho que hará compañía a mamá. ¡Pobre y entrañable Ned! Me gustaría que hicieras algo de provecho y aceptaras su encargo. Él se muere de ganas por hacer algo, pero es demasiado orgulloso para pedirlo de nuevo después de que lo rechazaras tantas veces y de que rechazaras también la ayuda del tío.

—En breve me ocuparé de ello. Ahora, pequeña, no me molestes. Las cosas le irán bastante bien por un tiempo mientras esté aquí tranquilo con nosotros.

—Siempre dices lo mismo, pero ya sabes que a él le inquieta y le molesta depender de ti. A mamá y a mí no nos importa, pero él es un hombre, y eso no le gusta. Dice que pronto tendrá asuntos de los que ocuparse y que luego lamentarás haber tardado tanto en ayudarlo.

—La señorita Muir está mirando por la ventana. Será mejor que te vayas corriendo, o de lo contrario te va a reñir.

—Ella no riñe nunca. No me asusta en absoluto porque es muy dulce y amable. Me gusta mucho. Vas a acabar tan moreno como Ned si sigues tumbado al sol. Por cierto, la señorita Muir coincide conmigo en que él es más guapo que tú.

—Admito su buen gusto, porque yo también estoy de acuerdo con ella.

—Dijo que era muy varonil, y que eso resultaba más atractivo en un hombre que la belleza. Jean sabe hablar tan bien. Ahora debo irme.

Bella se marchó dando unos pasos de baile mientras tarareaba el estribillo de la canción más dulce de la señorita Muir.

La energía resulta más atractiva en un hombre que la belleza. Tiene razón, pero ¿cómo demonios puede un hombre ser vital, si no tiene otra cosa que hacer más que gastar sus energías? —pensó Coventry con el sombrero sobre los ojos.

Al cabo de unos instantes, escuchó el crepitar de un vestido. Sin moverse, pudo ver que la señorita Muir se acercaba hacia la terraza como si quisiera unirse a Bella. Bajó dos escalones y se adentró en el césped. Coventry seguía en el suelo cerca de las dos jóvenes, pero la señorita Muir no se percató de su presencia hasta que estuvo muy próxima a él. Se sobresaltó y resbaló en el último escalón; luego recobró la compostura y continuó su camino con una mirada inconfundible de desprecio mientras pasaba por delante de la figura recostada del hombre que aparentaba dormir. Algunos de los comentarios de Bella le habían inquietado, pero fue la mirada de la señorita Muir lo que le puso furioso, aunque no quiso reconocerlo.

—¡Gerald, ven aquí, rápido! —gritó Bella desde la silla rústica en la que estaba sentada junto a su institutriz, quien a su vez permanecía sentada con la mano sobre su rostro como si le doliera la cara.

Haciendo un gran esfuerzo, Coventry decidió levantarse lentamente, pero sin querer aceleró el paso cuando escuchó decir a la señorita Muir:

—No le llames porque él no puede hacer nada —dijo la institutriz haciendo hincapié en la palabra «él».

—¿Qué ocurre, Bella? —preguntó con un aspecto mucho más despierto de lo que era habitual en él.

—Has asustado a la señorita Muir y se ha torcido el tobillo. Ahora debes ayudarla a entrar en casa porque le duele el pie. Y no vuelvas a quedarte ahí tumbado asustando a la gente como si fueras una serpiente en un jardín —protestó la niña con cierta petulancia.

—Te pido perdón. ¿Me permite? —preguntó Coventry mientras ofrecía su brazo.

La señorita Muir levantó la mirada con una expresión que molestó al joven y respondió con frialdad.

—Gracias. La señorita Bella también lo habría hecho.

—No lo dudo ni por un momento.

La institutriz opuso mayor resistencia con un gesto, pero Coventry se anticipó pasando su brazo por detrás del de la joven y los dos entraron en casa. Al final se rindió discretamente y dijo que el dolor pronto desaparecería, y cuando la colocaron en el sillón del cuarto de Bella le despidió con un breve agradecimiento. Teniendo en cuenta el esfuerzo que había hecho Coventry, el joven pensó que ella podría haber sido un poco más agradecida, con lo cual se fue a ver a Bella, quien siempre le alegraba el día.

No volvieron a ver a la señorita Muir hasta la hora del té. Como el resto de la familia se había retirado, almorzaron temprano y no buscaron compañía. La institutriz había excusado su ausencia en la comida, pero por la tarde parecía estar más pálida de lo habitual y además cojeaba un poco. Sir John estaba en la sala hablando con su sobrino, y los dos hombres se dedicaron simplemente a reconocer la presencia de ella con la clase de reverencia que los caballeros conceden a las institutrices. A medida que la señorita Muir se acercaba a su rincón, situado detrás de una urna, Coventry comentó a su hermano:

—Acércale una banqueta y pregúntale cómo se encuentra, Ned. —Luego, como si fuera necesario responder a la amabilidad de su tío, explicó de qué modo se había producido el accidente.

—Sí, lo entiendo perfectamente. Es una personita muy interesante. No por su belleza, sino por su educación y formación, lo cual la distingue entre las de su clase.

—¿Le apetece una taza de té, sir John? —preguntó una voz suave a la altura del codo. Era la señorita Muir, que ofrecía tazas a los caballeros.

—Gracias, gracias —respondió sir John, quien esperaba con todas sus fuerzas que ella les hubiera escuchado.

Mientras Coventry aceptaba su taza, preguntó amablemente:

—Señorita Muir, usted sabe perdonar. Me ofrece una taza de té después del daño que le he causado.

—Es mi deber, señor —replicó la joven con un tono de voz que delataba responsabilidad y, al mismo tiempo, un cierto desagrado. Regresó a su sitio para sonreír, charlar un rato y mostrarse encantadora con Bella y su hermano.

Lucía, quien revoloteaba entre su tío y Gerald, captó la atención de los hombres, aunque le disgustó descubrir que sus ojos solían desviarse hacia el alegre grupo sentado en torno a la mesa. Además, de vez en cuando se distraían por los frecuentes ataques de risa y fragmentos de animada conversación que llegaban a sus oídos. En medio de un relato sobre un trágico suceso que ella contó de la forma más interesante y patética posible, sir John empezó a reír descontroladamente, lo cual reveló que había estado prestando

más atención al otro relato que al de ella. Lucía, disgustada, exclamó precipitadamente:

—¡Lo sabía! Bella no tiene la menor idea de cómo tratar adecuadamente a una institutriz. Ella y Ned olvidarán la diferencia de clase y echarán a perder el trabajo de esa joven. Ya es una persona inclinada a la presunción, y si mi tía no se molesta en darle algunas indicaciones a la señorita Muir, lo haré yo.

—Espera a que haya acabado esa historia, te lo ruego —comentó Coventry, puesto que sir John ya se había levantado.

—Si encuentras tan divertidas esas tonterías, ¿por qué no sigues el ejemplo de nuestro tío? No te necesito.

—Gracias, así lo haré. —Y Lucía se quedó sola.

Cuando la señorita Muir hubo acabado, saludó a Bella y abandonó la estancia como si no se diera cuenta del honor que le habían concedido ni del aburrimiento que dejaba tras de sí. Ned se acercó a su madre, Gerald regresó a su sitio para hacer las paces con Lucía y, después de desear buenas noches, sir John se retiró. Mientras atravesaba la terraza, llegó hasta la ventana iluminada del estudio de Bella, y, como también quería desearle buenas noches, recorrió brevemente las cortinas y miró en su interior. La escena resultaba de lo más agradable. Bella estaba concentrada trabajando y, cerca de ella, sentada en una banqueta con la luz incidiendo en su cabello rubio y sus rasgos delicados, la señorita Muir leía en voz alta. ¡Novelas!, pensó sir John mientras sonreía por ser un par de románticas incurables. Se detuvo a escuchar un momento antes de pronunciar palabra, y se dio cuenta de que la institutriz no estaba leyendo una novela, sino una crónica histórica narrada con tal fluidez que convertía cada hecho y cada nota biográfica en algo interesante debido al efecto dramático que la joven imprimía a su lectura. A sir John le gustaba la historia, pero debido a sus problemas de visión no podía dedicarle mucho tiempo. Había probado con varios lectores, pero ninguno le satisfacía y acabó por no hacerse ilusiones. En ese momento, mientras escuchaba, pensó en esa agradable y delicada voz y en cómo animaría sus tardes. Entonces, sintió envidia de Bella por su nueva adquisición.

Sonó un timbre y Bella se levantó diciendo:

—Espere un minuto. Mamá me llama, pero luego continuaremos con este encantador príncipe.

La niña se marchó, y cuando sir John estaba a punto de retirarse con la misma discreción con la que había venido, la peculiar conducta de la señorita Muir le retuvo por unos instantes. La joven dejó caer el libro, estiró los brazos sobre la mesa, colocó la cabeza sobre ellos y empezó a llorar desconsoladamente como si no hubiera podido contenerse ni un minuto más.

Sorprendido y fascinado, sir John se alejó. Sin embargo, el bondadoso caballero se pasó toda la noche haciendo conjeturas sobre la interesante y joven institutriz de su sobrina sin albergar la menor sospecha de que eso era, precisamente, lo que ella quería.

CAPÍTULO III

Pasión y despecho

Durante varias semanas, la tranquilidad más monótona pareció reinar en casa de los Coventry a pesar de que se estaba gestando una tormenta inesperada. La llegada de la señorita Muir pareció producir un cambio en todos los habitantes de la casa, aunque nadie sabía explicar por qué ni de qué modo. Sus modales no podían ser más modestos y retraídos. La institutriz estaba volcada en Bella, quien no tardó mucho en adorarla y que sólo se mostraba feliz en su compañía. La joven procuraba en todo momento la comodidad de la señora Coventry, y la dama declaró que nunca había conocido a una enfermera más atenta. La señorita Muir divertía, interesaba y se había ganado a Edward con su ingenio y su compasión femenina. Hizo que Lucía la respetara y la envidiara por todos sus talentos, y provocaba al indolente Gerald evitándolo constantemente, mientras que sir John quedó encantado con su respetuosa deferencia y las elegantes atenciones que le prestaba de una forma sincera y nada pretenciosa, algo que un hombre mayor y solitario siempre aprecia. También los criados la adoraban. Y en vez de tratarla como a una institutriz cualquiera, es decir, una triste criatura que queda en medio de las clases altas y de las bajas, Jean Muir se convirtió en la alegría de la casa y en la amiga de todos sus inquilinos, salvo de dos.

A Lucía le desagradaba, y Coventry desconfiaba de ella. Ninguno de los dos sabía determinar por qué, y ni siquiera reconocían ese sentimiento. Los dos la observaban con recelo, pero no encontraban defecto alguno en ella. Era modesta, dulce, leal y amable en todo momento. No podían quejarse de nada y se empezaron a cuestionar sus propias dudas, aunque tampoco pudieron despejarlas.

En seguida se hizo evidente que la familia estaba dividida, o, mejor dicho, que dos de sus miembros eran fieles a su forma de ser. Alegando timidez, Jean Muir pasaba mucho tiempo en el estudio de Bella, hasta el punto de que éste se convirtió en un refugio tan acogedor que Ned y su madre, y a menudo sir John, entraban en él para disfrutar de la música, la lectura o la conversación que tanto animaba sus tardes y noches. Al principio, Lucía se alegraba de estar con su primo a solas, y él era demasiado perezoso para preocuparse de lo que

pasaba a su alrededor. Aun así, a él no le complacía la compañía de su prima, puesto que no era una joven brillante ni poseía algunas de las artes que cautivan a un hombre y roban su corazón.

Le llegaron rumores de las veladas tan agradables que pasaba su familia y empezó a sentir curiosidad por ellas. Los ecos de una música agradable resonaban por toda la casa mientras él descansaba en la salita. Y las carcajadas despertaban su estado de ánimo mientras escuchaba el discurso sobrio de Lucía.

Ésta, por su parte, descubrió que su compañía había perdido encanto, y cuanto más trataba de satisfacer a su primo, más inútiles resultaban sus esfuerzos. En breve, Coventry empezó a adoptar la costumbre de pasearse por la terraza a última hora de la tarde pasando por la ventana de la habitación de Bella en repetidas ocasiones, robando cuando podía alguna imagen de lo que ocurría en ella y comentando los resultados de sus observaciones a Lucía, quien era demasiado orgullosa para solicitar que la admitieran en ese círculo o incluso para desearlo.

—Lucía, mañana iré a Londres —anunció Gerald una tarde mientras volvía de su paseo habitual. Parecía muy preocupado.

—¿A Londres? —preguntó sorprendida su prima.

—Sí, debo despabilarme para cumplir con el encargo de Ned, o de lo contrario le pasará factura.

—¿A qué te refieres?

—Se está enamorando muy rápidamente de la señorita Muir. Esa joven le ha cautivado, y pronto empezará a hacer el ridículo a menos que yo lo impida.

—Temo que empiece a coquetear. Este tipo de personas siempre acaban haciendo lo mismo, son una clase que causa problemas.

—Pero en el caso de la señorita Muir no es así. Ella no coquetea, sino que le trata como si de una hermana mayor se tratara, y además mezcla la amabilidad más envolvente con una tranquila dignidad que cautiva al muchacho. Les he estado observando, y él no para de devorarla con los ojos mientras ella lee una novela fascinante con un tono de voz aún más fascinante. Bella y mamá se quedan absortas en el relato y no se dan cuenta de nada. Pero Ned se convierte en el héroe, la señorita Muir en la heroína, y vive la escena amorosa con toda la pasión de un hombre cuyo corazón acaba de encenderse. ¡Pobre chico, pobre chico!

Lucía miró a su primo, sorprendida por la energía con la que hablaba y la ansiedad que se manifestaba en su rostro generalmente apático. El cambio le favorecía porque demostraba lo que podía ser y hacer, y convertía un lamento

en una emoción auténtica. Antes de que le diera tiempo a volver a hablar, abandonó la estancia y regresó al cabo de un rato. Parecía enfadado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lucía.

—El refrán «el que oye nunca escucha nada bueno» es muy atinado. Paré un momento para fijarme en Ned, y escuché las siguientes noticias halagüeñas: mamá se ha ido, y Ned le ha pedido a la pequeña Muir que cante esa deliciosa melodía con la que nos obsequió la pasada noche.

—Ahora no, por favor, —contestó ella.

—¿Por qué no? La ha cantado en el saloncito muchas veces, —imploró Ned.

—Eso es algo muy distinto. —Y ella le miró negando con la cabeza, ya que tenía las manos cruzadas y se daba aires de joven patético y apasionado.

—Ven a cantar con nosotros, —propuso la inocente Bella—. A Gerald le encanta tu voz y se queja de que nunca cantas para él.

—Nunca me lo ha pedido, —contestó Muir con una extraña sonrisa.

—Es muy perezoso, pero tiene ganas de escucharte.

—Cuando me lo pida, cantaré para él si me apetece. —Después, se encogió de hombros con un provocador gesto de indiferencia.

—Pero eso le divierte, porque aquí es todo tan aburrido, —se quejó la tontita de Bella—. No seas tímida ni orgullosa, Jean, ven a entretener al pobre chico.

—No, gracias. Mi obligación es enseñar a la señorita Coventry, no divertir al señor Coventry, —fue la respuesta que obtuvo la niña.

—Si entretienes a Ned, ¿por qué no a Gerald? ¿Acaso tienes miedo de él?, —insistió Bella. Luego la señorita Muir se echó a reír con cierta ironía y dijo con su particular tono de voz—: No me imagino a nadie asustado de tu hermano mayor.

—Yo, a menudo, le temo. Y también le temerías tú si le vieras enfadado. —Bella parecía haber sido derrotada por mí.

—¿Alguna vez está lo suficientemente despierto como para estar enfadado?, —preguntó esa joven fingiendo sorpresa. En ese momento, a Ned le entró un ataque de risa y creo que aún duran las carcajadas.

—Sus estúpidos cotilleos no merecen la pena, aunque yo también me habría deshecho de Ned. No resulta demasiado útil deshacerse de «esa joven», tal como tú la llamas, porque mi tía está tan ilusionada con ella como lo están Ned y Bella. Los estudios de la niña marchan estupendamente. Deshazte de

Ned, y ya verás cómo ella no causará ningún daño —sugirió Lucía mientras observaba el rostro alterado de Coventry, quien permanecía de pie bajo la luz de la luna, muy cerca de la ventana donde ella estaba sentada.

—¿No temes por mí? —preguntó Coventry medio sonriendo, como si tuviera vergüenza de su momentánea petulancia.

—No. ¿Lo tienes tú? —Y una sombra de ansiedad cubrió su rostro.

—Desafío a la bruja escocesa a que me captive, salvo con su música —añadió mientras volvía a pasearse por la terraza, ya que Jean cantaba como un ruiseñor.

Cuando hubo acabado la canción, recorrió la cortina y dijo bruscamente:

—¿Alguien tiene algún encargo que hacer en Londres? Mañana me marcho.

—Que tengas buen viaje —respondió Ned descuidadamente, aunque por lo general los movimientos de su hermano le interesaban mucho.

—Necesito infinidad de cosas, pero primero debo consultarlo con mamá. —Bella empezó a elaborar un listado.

—¿Puedo molestarle con una carta, señor Coventry?

Jean Muir se dio media vuelta en su banqueta de música y dedicó a su interlocutor la aguda y fría mirada que siempre le resultaba desconcertante.

Él asintió con la cabeza como si quisiera decirles a todos: «Cogeré el primer tren de la mañana, así que debéis darme vuestros encargos esta noche».

—En ese caso, Ned, vete y deja que Jean escriba su carta —respondió Bella mientras trataba de sacar a su hermano de la estancia, no sin cierta reticencia.

—Le daré la carta mañana por la mañana —comentó la institutriz con un extraño temblor de voz y la mirada de alguien que apenas podía contener una fuerte emoción.

—Como usted prefiera.

Coventry volvió con Lucía, preguntándose a quién escribiría la señorita Muir. No reveló nada a su hermano acerca del propósito que le llevaba a la ciudad, por miedo a que eso causara una catástrofe imposible de evitar. Y Ned, que ahora vivía en una especie de ensueño, pareció olvidarse por completo de la existencia de Gerald.

Con una energía inusual, Coventry se levantó a las siete de la mañana. Lucía le preparó el desayuno, y cuando él salía de la estancia para pedir el coche, la señorita Muir bajó corriendo las escaleras con un aspecto muy pálido

y ojeroso (Coventry pensó que la joven se habría pasado toda la noche en vela llorando) y, mientras le colocaba una pequeña y delicada carta en la mano, pronunció atropelladamente las siguientes palabras:

—Por favor, deje esta carta en casa de lady Sydney y, si la ve, dígame que me he acordado.

Su extraño comportamiento y su insólito mensaje desconcertaron a Coventry. Su mirada se fijó, involuntariamente, en el destinatario de la misiva, y leyó el nombre del joven Sydney. Después, al caer en la cuenta de que había cometido un error, colocó rápidamente la carta en su bolsillo con un improvisado «buenos días» y dejó a la señorita Muir de pie con una mano apoyada sobre el corazón y la otra medio extendida como si quisiera recuperar la carta.

De camino a Londres, Coventry descubrió que era imposible olvidar la expresión casi trágica del rostro de la joven, que no paró de atormentarle a lo largo de los dos siguientes y bulliciosos días. De repente, el asunto de Ned adquirió una curiosa urgencia, cumplió los encargos de Bella, compró la comida para la mascota de su madre y también un regalo para Lucía, a quien la familia consideraba su futura pareja, ya que él era demasiado perezoso para escoger por sí mismo.

No tuvo tiempo de entregar la carta de Jean Muir, puesto que lady Sydney estaba en el campo y su residencia de la ciudad permanecía cerrada. Como sentía curiosidad por ver cómo recibiría ella estas noticias, se apresuró a volver a casa. Todos sus inquilinos habían ido a cambiarse para la cena excepto la señorita Muir, quien, según una criada, estaba en el jardín.

—Perfecto. Tengo un mensaje para ella.

Coventry se dio media vuelta y el «amo joven», como así le llamaban, fue a buscarla. La encontró sentada a solas en una esquina, y parecía ensimismada en sus pensamientos. Los pasos la alertaron y la institutriz miró con cara de sorpresa y luego con satisfacción. Después, se levantó y le saludó con un gesto que denotaba urgencia. Coventry también se mostró sorprendido y se acercó a la joven para entregarle la carta, mientras decía amablemente:

—Lamento no haber podido entregarla. Lady Sydney se encuentra en el campo, y no quise enviarla por correo sin su permiso. ¿Cree que obré correctamente?

—Lo hizo, y se lo agradezco. Es mejor así. —Y con cierto alivio, la señorita Muir procedió a romper la carta en mil pedazos y a lanzarlos por los aires.

Desconcertado, el joven estaba a punto de marcharse cuando ella dijo con

una mezcla de súplica y orden.

—Por favor, quédese conmigo un momento. Quiero hablar con usted.

Coventry se detuvo y la miró atónito, puesto que ella se ruborizó y sus labios empezaron a temblar. La escena duró unos instantes, porque en breve volvió a recobrar la compostura. La institutriz le indicó, con un ademán, que se sentara en la silla donde había estado ella. De pie, dijo con un tono de voz bajo y rápido, lleno de dolor y determinación:

—Señor Coventry, como responsable de esta casa debo hablar con usted, en vez de con su madre, sobre un asunto muy desafortunado que ha ocurrido durante su ausencia. Mi mes de prueba termina hoy; su madre quiere que me quede, y yo también lo deseo porque, para serle sincera, aquí me siento a gusto. Pero no sé si debo. Lea esto, y lo entenderá.

La señorita Muir le colocó en la mano una nota precipitadamente escrita y observó a su interlocutor con atención. Se dio cuenta de que se ponía furioso; se mordió los labios, frunció el cejo y luego adoptó una mirada de preocupación mientras levantaba la vista y decía con un tono de voz sarcástico:

—No está nada mal para empezar. El joven es elocuente. Es una pena que malgaste sus palabras. ¿Puedo preguntarle si ha respondido a esta rapsodia?

—He respondido.

—¿Y qué ha pasado? ¿Él le pide que «huya con él, que comparta sus fortunas, que sea el ángel de su vida?». Y, por supuesto, usted ha aceptado.

La señorita Muir no respondió, aunque aguantó la mirada de él con una expresión de orgullosa paciencia, como alguien que esperara recibir reproches pero es demasiado generosa para resentirse por ello. Su reacción surtió los efectos deseados. Después de abandonar su tono amargo de voz, Coventry preguntó escuetamente:

—¿Por qué me enseña esto? ¿Qué puedo hacer yo?

—Se lo enseño para que vea el interés que «este joven» tiene por mí, y lo sincera que deseo ser con usted. Puede controlar, aconsejar y reconfortar a su hermano, y a la vez ayudarme a ver qué debo hacer ahora.

—¿Usted le ama? —preguntó Coventry con brusquedad.

—¡No! —respondió ella rápida y decididamente.

—Entonces, ¿por qué debo procurar que le ame?

—Yo nunca he tenido esa intención. Su hermana podrá asegurarle que he tratado de evitarle lo máximo posible del mismo modo que... —Y él acabó la

frase con un tono de voz que, inconscientemente, denotaba despecho— ... del mismo modo que me ha evitado a mí.

Ella asintió en silencio con la cabeza, y él continuó:

—Para ser justo con usted, le diré que nada ha sido más intachable que su conducta hacia mí. Pero ¿por qué ha permitido que Ned la siguiera noche tras noche? ¿Qué puede esperar de un joven romántico que no tiene otra cosa que hacer que perder la cabeza por la primera mujer atractiva que se cruza en su camino?

Un brillo repentino resplandeció en los ojos de tono azul metálico de Jean Muir después de que Coventry pronunciara esas últimas palabras. Pero el brillo desapareció rápidamente, y sus frases adquirieron un tono de reproche cuando dijo, en un gesto impulsivo:

—Si ese «joven romántico» hubiera podido llevar la vida de un hombre, tal como él deseaba, no tendría tiempo para perder su corazón con la primera mujer triste hacia la que sintiera compasión. Señor Coventry, la culpa es suya. Usted se queja de su hermano, pero le aconsejo que reconozca sinceramente su error y lo enmiende de la forma más rápida y satisfactoria posible.

Por unos breves instantes, Gerald permaneció inmóvil en su silla. Desde que su padre había muerto, nadie le había regañado de esa forma. Rara vez le habían culpado de algo. Era una nueva experiencia, y la novedad del asunto pareció agravar la situación. Él reconoció su error, se lamentó, y admiró la valiente sinceridad de la joven por habérselo dicho. Pero no sabía cómo abordar este caso, y se vio obligado a confesar no sólo sus negligencias del pasado, sino también su actual incapacidad. Coventry era un representante orgulloso de la alta sociedad, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para ser sincero:

—Tiene usted razón, señorita Muir. Yo tengo la culpa de todo este asunto. Tan pronto como detecte un peligro, trataré de evitarlo. Mi visita a la ciudad fue para cumplir un encargo de Ned. Recibiré su asignación muy pronto, luego se marchará y, por tanto, no tendrá que preocuparse por nada. ¿Puedo hacer algo más?

—No, es demasiado tarde para despacharlo con un corazón libre y feliz. Debe soportar su dolor como bien pueda, porque eso le ayudará a convertirse en hombre —respondió la señorita Muir con tristeza.

—Pronto se olvidará —comentó Coventry, quien encontró inquietante el pensamiento de que el alegre Ned sufriera.

—Sí. Gracias a Dios, para los hombres eso es posible.

La señorita Muir juntó las manos con una expresión sombría de su rostro

retraído. Había algo en su tono de voz, en su porte, que cautivó a Coventry. Él supuso que la joven se estaba recuperando de una vieja herida sangrante, de un recuerdo amargo que se reavivó ante la asechanza de un nuevo amante. Él era joven, animado y romántico bajo su apariencia fría e indiferente. Esta joven, quien seguramente amaba a su amigo y era amada por su hermano, se convirtió de pronto en alguien interesante. Se compadeció de ella, deseaba ayudarla, y lamentó la desconfianza con la que le había tratado, puesto que un caballero siempre lamenta las injusticias que soportan las mujeres. Ella, un alma pobre y sin hogar, se encontraba a gusto en esta casa, y debería quedarse. Bella la adoraba, su madre apreciaba su compañía, y cuando Ned se marchara, la paz del hogar no se vería puesta en entredicho por los numerosos talentos de la institutriz. Estos pensamientos invadieron la mente de Coventry por un breve lapso de tiempo, y después dijo con amabilidad:

—Señorita Muir, le agradezco la sinceridad en un momento que, sin duda alguna, le habrá resultado doloroso. Haré todo lo posible para ser merecedor de la confianza que ha depositado en mí. Usted se ha comportado de forma discreta y acertada por el hecho de hablar sólo conmigo de este asunto. Esto habría perturbado sobremanera a mi madre, y además no habría servido de nada. Hablaré con Ned y trataré de corregir mis descuidos tan pronto como me sea posible. Sé que me ayudará, y por eso le pido que se quede, porque mi hermano se marchará en poco tiempo.

La institutriz le miró con los ojos llenos de lágrimas, y la voz que respondió suavemente no denotaba ningún tipo de frialdad.

—Es usted muy amable, pero será mejor que me vaya. Mi presencia en este lugar no es conveniente.

—¿Por qué no?

La joven se sonrojó de forma deliciosa, luego dudó y habló con un tono de voz claro y firme, que era su mayor atractivo:

—De haber sabido que había hombres jóvenes en esta familia, no habría aceptado este trabajo. Lady Sydney me habló de su hermana, y cuando encontré a dos caballeros, me sobresalté porque soy tan desdichada o... mejor dicho, algunas personas son demasiado amables y les gusto más de lo que merezco. Pensé que podría quedarme un mes, como poco, ya que su hermano habló de marcharse y usted ya tenía una posición de la que ocuparse, pero...

—No tengo ninguna posición.

Coventry no pudo explicarse por qué respondió de este modo, pero esas palabras brotaron de sus labios de forma incontrolada. Jean Muir se sorprendió ante semejante declaración. La institutriz se encogió de hombros con un aire de extrema preocupación y comentó con cierto desdén:

—Pues debería tenerla, o procurarse una en un breve lapso de tiempo. Pero eso no es asunto mío. La señorita Beaufort quiere que me vaya, y yo soy demasiado orgullosa como para quedarme y ser motivo de discordia en una familia tan bien avenida. No, debo irme de inmediato.

La institutriz se giró de forma impetuosa, pero el brazo de Edward la detuvo al tiempo que le decía con ternura:

—¿Adónde vas, mi querida Jean?

Ese gesto, más que amable, y el modo en que había pronunciado su nombre parecieron despojarla de todo arrojo y serenidad porque, apoyándose sobre su amante, ella escondió el rostro y empezó a sollozar ruidosamente.

—Ahora no montes una escena, por el amor de Dios —dijo Coventry con impaciencia mientras su hermano le miraba con furia, adivinando rápidamente lo que había pasado, puesto que su carta todavía estaba en manos de Gerald y las últimas palabras de Jean habían alcanzado el oído de su amante.

—¿Quién te ha dado el derecho de leer esto y de interferir en mis asuntos? —exigió Edward con visible agitación.

—La señorita Muir —respondió él mientras Coventry tiraba el papel al suelo.

—Y encima la insultas diciéndole que se marche de la casa —gritó Ned enfurecido.

—Al contrario, le estaba pidiendo que se quedara.

—¡No seas necio! ¿Por qué?

—Porque ella está a gusto en esta casa y se siente útil aquí. Y además, no pienso consentir que tu locura la aleje del lugar donde quiere estar.

—De pronto te has vuelto muy atento y considerado, pero te ruego que no te molestes. La felicidad y el hogar de Jean son ahora cosa mía.

—Querido, sé razonable. Lo que dices es imposible. La señorita Muir lo entiende perfectamente. Ha acudido a mí para contármelo, para pedirme que arregle este asunto de la mejor forma posible sin molestar a nuestra madre. He estado en la ciudad para ocuparme de tus asuntos, y en breve te marcharás.

—No tengo ninguna intención de marcharme. Eso es lo que yo quería el mes pasado, pero ahora no pienso aceptar nada de ti. —Edward se dio media vuelta, visiblemente enfadado.

—¡Esto es una locura! Ned, debes marcharte. Ya está todo arreglado y ahora no puedes volverte atrás. Lo que necesitas es un cambio, porque eso te convertirá en un verdadero hombre. Evidentemente, todos te echaremos de

menos, pero tu viaje te servirá para ver algo de mundo, y eso es mucho mejor para ti que quedarte en casa causando problemas.

—¿Te vas, Jean? —preguntó Edward haciendo caso omiso de su hermano e inclinándose hacia la joven, quien seguía llorando con el rostro oculto. La institutriz no dijo nada, pero Gerald respondió por ella.

—No, ¿por qué debería irse si tú te marchas?

—¿Tienes intención de quedarte? —preguntó el amante a Jean con impetuosidad.

—Yo quiero quedarme, pero... —La señorita Muir se detuvo y levantó la mirada. Sus ojos iban de un rostro a otro, y añadió con determinación:

—Sí. Debo irme, porque no conviene que me quede aunque usted se haya ido.

Ninguno de los dos hermanos pudo explicar por qué esa mirada precipitada les afectó tanto, pero cada uno sabía que debía oponerse al otro. De pronto, Edward tuvo la certeza de que su hermano amaba a la señorita Muir y que deseaba deshacerse de él. Gerald pensó, con cierta confusión, que la señorita Muir tenía miedo de quedarse sola, y él deseaba demostrarle que en casa estaría a salvo. Los dos hombres estaban enfadados, y ambos demostraron su ira de forma distinta: uno con violencia y el otro con ironías.

—Tienes razón, Jean. Éste no es lugar para ti. Permíteme que te busque un lugar más seguro antes de marcharme —respondió Ned con ahínco.

—Creo que esta casa será especialmente segura cuando tu peligrosa presencia desaparezca de aquí —replicó Coventry con una sonrisa maliciosa de reposada superioridad.

—Y yo creo que en casa dejaré a una persona más peligrosa que yo, tal y como la pobre Lucía puede atestiguar.

—Ten cuidado con lo que dices, Ned, o me veré obligado a recordarte quién es el amo de esta casa. Deja a Lucía a un lado de este desagradable asunto, por favor.

—Quizá seas el amo de esta casa, pero no lo eres de mí ni de mis acciones, y no tienes ningún derecho a esperar obediencia ni respeto, porque no inspiras ninguna de estas dos cualidades. Jean, te he pedido que te fugaras conmigo en secreto. Ahora debo pedirte abiertamente que compartamos fortuna. Te lo pido en presencia de mi hermano, y quiero una respuesta.

El joven cogió la mano de su amada de forma impetuosa, mientras miraba desafiante a Coventry, quien seguía sonriendo como si fuera un juego de niños. Sin embargo, sus ojos resplandecían y su rostro pasó a mostrar una ira

más pausada, que en el fondo es más temible que un estallido de rabia. La señorita Muir parecía asustada. Se apartó de su apasionado y joven amante y miró con solicitud a Gerald como si quisiera pedirle su protección y no se atreviera a hacerlo.

—¡Habla! —gritó Edward desesperadamente—. No le mires a él, dime con tus propios labios, con sinceridad, si me amas, Jean.

—Ya te lo he dicho en una ocasión. ¿Por qué me obligas a darte una respuesta desagradable? —contestó ella con un tono de voz lastimero, mientras permanecía alejada de su alcance y continuaba su súplica a Coventry.

—Me escribiste unas líneas, pero no estoy satisfecho con esa respuesta. Debes contestar; he visto el amor en tus ojos, lo he escuchado en tu voz y sé que está escondido en tu corazón. Tienes miedo de reconocerlo. Pero no temas, porque nadie podrá separarnos. Ahora, Jean, satisféceme y habla.

Mientras soltaba la mano con determinación, se acercó un paso hacia Coventry y respondió lenta y claramente, aunque sus labios temblaron por miedo al efecto que sabía que causarían sus palabras.

—Hablaré, y lo haré con franqueza. Has visto el amor en mi rostro; se halla en mi corazón, y no temo reconocerlo. Pero como me obligas a ser cruel contigo, debo decirte que este amor no está dirigido a ti. ¿Ahora te sientes satisfecho?

Edward la miró con desprecio y extendió su mano hacia ella en un gesto de súplica. La joven temió recibir un bofetón, porque de pronto se agarró a Coventry con un grito contenido. El gesto, la mirada de temor y el ademán protector que Coventry trazó involuntariamente fueron demasiado para Edward, quien quedó muy afectado por tantas pasiones encontradas. En un auténtico arrebato de ira desatada, cogió un enorme cuchillo de podar que el jardinero había dejado cerca dispuesto a asestar a su hermano un golpe mortal si éste no le hubiera interceptado el brazo. El agresor habría contraatacado de no ser por el inesperado valor y espíritu de la señorita Muir, quien arrebató el cuchillo de la mano de Edward y lo arrojó a un estanque cercano. Coventry se dejó caer en su asiento, ya que le resbalaba un reguero de sangre por el brazo debido a una herida profunda. La rapidez con que fluía el líquido indicaba que se había cortado una arteria. Edward se quedó boquiabierto, porque el golpe había conseguido contener su furia dejando sólo un arrebato de vergüenza y remordimientos.

Gerald miró a su hermano, esbozó una sonrisa y dijo sin el menor atisbo de reproche o ira:

—No importa, Ned. Olvida y perdona. Échame una mano en casa, y no molestes a nadie. Yo diría que no te pido demasiado. —Pero sus labios

empalidecieron mientras hablaba y le empezaron a fallar las fuerzas. Edward se adelantó unos pasos para sujetarlo y evitar que se desplomara al suelo, y la señorita Muir, olvidando sus terrores, demostró ser una joven con insólitas habilidades y valor.

—¡Rápido! Echémosle al suelo. Deme su pañuelo, y traiga algo de agua —ordenó la institutriz con educación. El pobre de Ned obedeció y observó a la mujer con gran inquietud mientras ataba el pañuelo fuertemente en torno al brazo, luego apretaba el mango del látigo de montar por debajo de la tela y la presionaba firmemente sobre la arteria herida para detener el peligroso flujo de sangre.

—Creo que el doctor Scott está visitando a su madre. Avísele para que venga —ordenó la joven. Edward abandonó corriendo la estancia, agradecido de poder hacer algo que atenuara el terror que se había apoderado de él. Se ausentó unos minutos, y, mientras esperaban, Coventry observó a la institutriz mientras ella permanecía arrodillada a su lado, secando el rostro de él con una mano mientras con la otra aguantaba firmemente el vendaje. La joven había empalidecido, pero en ningún momento perdió la calma, y además sus ojos brillaban con un extraño resplandor. En una ocasión, cuando ella se dio cuenta de que la mirada de Coventry denotaba asombro y agradecimiento, ella esbozó un gesto de tranquilidad que la hacía encantadora y dijo, con un tono de voz muy suave que nunca había empleado con él:

—Tranquilícese. No hay peligro alguno. Me quedaré con usted hasta que venga el médico.

La ayuda no tardó en llegar, y las primeras palabras del médico fueron:

—¿Quién ha improvisado este torniquete?

—Ella lo ha hecho —murmuró Coventry.

—Pues entonces debe agradecersele, porque le ha salvado la vida. ¡Jesús! Lo ha hecho estupendamente —comentó el médico dirigiéndose a la joven con el mismo grado de admiración que de curiosidad dibujado en su rostro.

—Eso no importa. Preste atención a la herida, por favor, mientras yo voy en busca de vendajes, sales y una copa de vino.

La señorita Muir salió en el preciso instante en que pronunciaba estas palabras, y lo hizo con tanta rapidez que resultó inútil detenerla. Durante su breve ausencia, el arrepentido Ned contó lo sucedido y el médico volvió a examinar la herida.

—Afortunadamente, llevo algunos utensilios en mi maletín —comentó el médico mientras mostraba una larga hilera de instrumentos de tortura—. Ahora, señor Ned, acérquese y sostenga el brazo de este modo mientras yo

uno la arteria. ¡Eh! Así no. No tiemble tanto, hombre. Mire en línea recta y verá cómo el brazo no se mueve.

—¡No puedo! —exclamó el pobre Ned mientras empalidecía y empezaba a sentir desmayos no por el cuadro médico que veía, sino por el siniestro pensamiento que había albergado de matar a su hermano.

—Yo lo sostendré —contestó una delicada mano blanca que levantó firmemente el brazo desnudo y ensangrentado con tanta pericia que Coventry suspiró aliviado, y el doctor Scott pudo empezar a trabajar asintiendo con la cabeza en un gesto de aprobación y empatía.

La intervención duró poco tiempo, y mientras Edward corría para avisar a los criados de que no debían contar nada a la señora, el doctor Scott guardó sus instrumentos y la señorita Muir aplicó las sales, el agua y el vino con tanta maestría que Gerald pudo caminar hasta su dormitorio apoyándose en el anciano, mientras la joven sujetaba el brazo herido, ya que no pudieron componer un cabestrillo. Mientras entraba en la estancia, Coventry se dio media vuelta, extendió la mano izquierda y, henchido de una emoción que reflejaban sus hermosos ojos, dijo:

—Se lo agradezco, señorita Muir.

Las mejillas pálidas de la joven se sonrojaron delicadamente cuando estrechó su mano y, sin mediar palabra, abandonó la habitación. Lucía y el ama de llaves aparecieron hechas una furia y se deshicieron en atenciones hacia el herido. Se cansó de ellas al poco tiempo y las hizo marchar, pero Ned merodeaba por la estancia carcomido por los remordimientos como si fuera un perfecto y joven Caín sintiéndose como un proscrito.

—Ven aquí, hombre, y explícame qué ha pasado. No debí comportarme de forma tan avasalladora. Perdóname, y, con toda seguridad, debo decirte que me preocupo más por tu felicidad que por la mía.

Estas palabras francas y amistosas cicatrizaron las heridas abiertas entre los dos hermanos y conquistaron por completo a Ned. Con sumo gusto relató sus escritos amorosos, ya que ningún amante joven se cansa de esa diversión si es escuchado por oídos solícitos, y en ese momento Gerald se mostraba compasivo.

Durante una hora permaneció sentado escuchando pacientemente la historia de la progresión de los sentimientos apasionados de su hermano. La emoción otorgó cierta elocuencia al narrador, y la personalidad de Jean Muir empezó a brillar con viveza. Desplegó toda su insospechada amabilidad hacia quienes tenía a su alrededor; todo su fiel cuidado, su conmovedora paciencia con Lucía, quien siempre se había mostrado antipática, y, sobre todo, su sabio consejo, compasión y consideración hacia Ned.

—Ella sería capaz de convertirme en un hombre de provecho. Me infunde fuerza y valor como nadie más lo ha hecho. Es la joven más original que he conocido en la vida. Y no rezuma sentimentalismo. Es una joven sabia, amable y dulce. Dice lo que piensa, te mira directamente a los ojos y es honesta como nadie. La he conocido, la he observado de cerca y... ¡Ah, Gerald, la amo tanto!

En ese momento el pobre enamorado apoyó la cabeza sobre sus manos y suspiró tan hondamente que conmovió a su hermano.

—Dios mío, Ned, te entiendo perfectamente. Y si ella no opusiera resistencia a esta unión, haría todo lo que estuviera en mis manos. Ella ama a Sydney, y no hay nada que puedas hacer más que soportar tu destino como un hombre.

—¿Estás seguro acerca de Sydney? ¿No crees que ame a otro? —preguntó Ned observando a su hermano con una mirada recelosa.

Coventry le contó todo lo que sabía y suponía sobre su amigo, sin olvidarse de la carta. Edward se quedó pensativo por unos instantes, después pareció aliviado y dijo con total sinceridad:

—Prefiero que sea Sydney, y no tú. Me resulta más fácil soportarlo.

—¡Yo! —exclamó Gerald con una carcajada.

—Sí, tú. Últimamente me atormenta la idea de que ella te interese, o de que Jean esté interesada en ti.

—¡No seas celoso! Apenas nos vemos o hablamos. ¿Cómo podría estar interesada en mí?

—¿Por qué cada tarde te quedas repantigado en esa terraza? ¿Y por qué ella se altera cuando tu sombra planea sobre su horizonte? —preguntó Edward con gran interés.

—Me gusta la música y no me importa la compañía de la cantante, por eso me molesto en venir hasta aquí. La emoción de la que hablas es fruto de tu imaginación; la señorita Muir no es una mujer que se deje impresionar por la sombra de un hombre —comentó Coventry mientras miraba su brazo herido.

—Muchas gracias por la información, y por no decir «la pequeña Muir», como haces generalmente. Tal vez diera rienda suelta a mi imaginación. Pero ahora nunca se ríe de ti, y, por tanto, pensé que habría perdido interés en el «amo joven». Es lo que suelen hacer las mujeres, ya sabes.

—Ella solía ridiculizarme, ¿verdad? —preguntó Coventry sin atender a la última parte de la frase de su hermano, que era cierta.

—No del todo, porque es una mujer demasiado bien educada para eso.

Pero a veces, cuando Bella y yo nos reíamos de ti, ella acababa añadiendo una nota ingeniosa que resultaba irresistible. Tú estás acostumbrado a que se rían de ti, y sé que no te importa si la broma queda entre nosotros.

—No me importa. Reíd tanto como queráis —contestó Gerald, aunque en realidad sí le molestaba, y quería, con todas sus fuerzas, saber lo que la señorita Muir había dicho, pero era demasiado orgulloso para preguntar. Se dio media vuelta con cierta inquietud y suspiró de dolor.

—Estoy hablando demasiado, y eso no es bueno para ti. El doctor Scott dijo que debes guardar reposo. Ahora, ve a dormir si puedes.

Edward se levantó de la cama pero no salió de la habitación porque no quería que nadie ocupara su lugar. Coventry intentó dormir, pero no pudo, y después de una hora dando vueltas en el lecho, hizo llamar a su hermano.

—Si el vendaje no me apretara tanto, mi brazo descansaría y podría dormir. ¿Puedes hacerlo, Ned?

—No me atrevo a tocarlo. El médico indicó claramente que no debíamos tocarlo hasta que viniera por la mañana, y tengo miedo de estropear el vendaje.

—Pero yo insisto en que está muy apretado. Se me está hinchando el brazo y el dolor es intenso. No es bueno dejarlo así. El doctor Scott puso las vendas rápidamente y las apretó demasiado. Es una cuestión de sentido común —respondió Coventry con impaciencia.

—Llamaré a la señora Morris. Ella sabrá mejor qué hacer.

Edward se dirigió hacia la puerta de salida. Parecía nervioso.

—No la avises a ella, porque su cháchara me molestará. Soportaré el dolor como pueda, y quizás el doctor Scott nos visite por sorpresa esta noche. Dijo que vendría si le era posible. Ahora ve a cenar, Ned. Puedo llamar a Neal si necesito algo. O dormir si me quedo a solas.

Edward obedeció a regañadientes, y su hermano quedó solo. Sin embargo, no pudo descansar mucho, porque el dolor del brazo herido se volvió insoportable. Después, tomó la repentina decisión de llamar a su criado.

—Neal, ve al estudio de la señorita Coventry y mira si la señorita Muir está allí. Pregúntale si sería tan amable de venir a verme. Me duele mucho el brazo, y ella es la que más entiende de heridas en esta casa.

El hombre salió de la estancia con una expresión de sorpresa dibujada en el rostro y al cabo de unos instantes la puerta se abrió sin hacer ruido para que entrara la señorita Muir. Había sido un día muy cálido, y por primera vez se había quitado su sencillo vestido negro. Iba toda de blanco y su único adorno

era su pelo rubio y un fragante ramillete de violetas atado al cinturón. Parecía una mujer muy distinta de la criatura dócil y monjil que andaba por casa. Su rostro parecía distinto gracias al color claro del vestido, porque ahora una suave tonalidad parecía reflejarse en sus mejillas, sus ojos sonreían tímidamente y sus labios no expresaban la rigidez de alguien que se esforzaba por contener sus emociones. La señorita Muir se parecía a una mujer dinámica, dulce y encantadora, y Coventry se dio cuenta de que la lúgubre estancia se iluminaba súbitamente por su presencia.

La señorita Muir se dirigió hacia él y dijo, simplemente, con una mirada solícita y feliz que resultaba muy gratificante de ver:

—Me alegro de que me haya llamado. ¿Qué puedo hacer por usted?

Él le explicó lo que pasaba y, antes de que le diera tiempo a terminar su queja, ella le soltó los vendajes con la determinación de alguien que entendía lo que estaba haciendo y tenía fe en sí misma.

—¡Vaya, esto está mucho mejor! —exclamó Coventry mientras la señorita Muir retiraba la última venda—. Ned tenía miedo de que me desangrara si me sacaban las vendas. ¿Qué va a decir el médico?

—No lo sé ni me importa. Le diré que ha obrado mal apretando tanto el vendaje y por no dar más indicaciones al respecto. Ahora debo recomendarle que se vaya a la cama, porque eso es lo que necesita. ¿Me permite que se lo diga?

—Espero que así sea.

Y mientras la señorita Muir volvía a colocar los vendajes, el joven la observaba con curiosidad. Luego, preguntó:

—¿Cómo es posible que sepa tanto?

—Cuando estuve enferma e ingresada en el hospital, aprendí muchas cosas que me interesaban, y cuando me recuperé, a veces cantaba a los pacientes.

—¿Quiere decir que ahora va a cantarme? —preguntó él con un tono de voz dócil que, en ocasiones, los hombres adoptan cuando están enfermos y una mujer cuida de ellos.

—Si prefiere que cante, en vez de leer en voz alta con entonación cansina... —respondió ella mientras ataba el último nudo.

—Lo prefiero —decidió.

—Tiene usted un poco de fiebre. Le secaré el sudor de la frente y se sentirá mucho mejor.

La señorita Muir empezó a andar de un lado a otro de la estancia sin

apenas hacer ruido, lo cual era agradable de ver, y, después de mezclar unas gotas de colonia en el agua, enjuagó el rostro de él como si fuera un niño. Su forma de proceder no sólo alivió, sino que divirtió a Coventry, quien empezó a compararla mentalmente con la enfermera robusta y adicta a la cerveza que había cuidado de él en su última enfermedad.

Es una mujercita lista y amable, pensó, sintiéndose a gusto mientras ella no daba muestra alguna de incomodidad.

—Ahora tiene mejor aspecto —comentó la señorita Muir asintiendo con la cabeza cuando hubo terminado con los enjuagues. Después apartó los rizos morenos de su frente con una mano fría y suave. Luego se sentó en una butaca que estaba junto a la cama y empezó a cantar mientras enrollaba los vendajes limpios que debería aplicar por la mañana. Coventry no pudo evitar observarla entre la penumbra de la suave luz que resplandecía en la habitación. La muchacha entonó, con la voz angelical de un pajarillo, una canción de cuna algo etérea y grave que amainó al enfermo como si de un hechizo se tratara. Poco después, la señorita Muir se levantó para comprobar el efecto que había causado su tonadilla, y se dio cuenta de que el joven estaba despierto y que la miraba con una curiosa mezcla de agrado, interés y admiración.

—Cierre los ojos, señor Coventry —advirtió ella moviendo la cabeza con un gesto reprobatorio y esbozando una extraña sonrisita.

Coventry se echó a reír tímidamente y obedeció, aunque no pudo resistirse a la tentación de mirar furtivamente la esbelta figura blanca que estaba sentada en la butaca forrada de terciopelo. Ella le devolvió la mirada frunciendo el ceño.

—Es usted muy desobediente. ¿Por qué no quiere dormirse?

—No puedo, prefiero escuchar. Me gustan los ruiseñores.

—Pues entonces, no cantaré más. Probaré algo que nunca me ha fallado. Acérqueme su mano, por favor.

Sorprendido, Coventry vio cómo las dos pequeñas manos de ella aferraban la suya. Luego se sentó detrás de la cortina de la cama y permaneció tan callada e inmóvil como una estatua. Al principio, Coventry se rio para sus adentros, preguntándose quién se cansaría primero. De repente, empezó a sentir un agradable calorito procedente de las palmas suaves que rodeaban las suyas. Su corazón empezó a latir deprisa, su respiración se volvió entrecortada y multitud de pensamientos asaltaron su mente. Suspiró y dijo, adormecido, mientras giraba el rostro hacia ella.

—Esto me gusta.

Y mientras hablaba, pareció sumergirse en una suave nube que le rodeaba

creando un clima de absoluto reposo. No pudo acordarse de nada más porque el sueño, profundo y sin imágenes, se apoderó de él. Cuando se despertó, la luz del sol brillaba entre las cortinas, una de sus manos reposaba sobre la colcha y su hechicera rubia había desaparecido.

CAPÍTULO IV

Un descubrimiento

Durante varios días, Coventry permaneció encerrado en su habitación en contra de su voluntad, aunque todo el mundo hacía lo posible para aliviar su molesto cautiverio. Su madre le acarició, Bella cantó, Lucía leyó, Edward se mostró solícito y toda la casa, salvo por una excepción, estaba dispuesta a servir al joven amo. Jean Muir nunca se acercó a él, aunque ella era la única que parecía tener la capacidad de divertirlo. Se cansaba rápidamente de los demás, y siempre reclamaba alguna novedad. Evocó en su mente la personalidad vivaracha de la joven para avivar su estado de ánimo. Después de algunas dudas, habló descuidadamente de ella con Bella, pero no sacó nada en claro, porque ésta sólo dijo que Jean se encontraba bien y que estaba muy ocupada preparando un regalo encantador con el que sorprender a mamá. Edward se quejó de que nunca la veía, y Lucía ignoró por completo la existencia de esa mujer.

La única noticia que recibió el enfermo provino de las habladurías de dos criadas mientras limpiaban el cuarto contiguo. Por ellas supo que la señorita Beaufort había «regañado» a la institutriz por haber entrado en el dormitorio del señor Coventry; que ella se había tomado esas palabras con gran tranquilidad, y que procuró no cruzarse con ninguno de los dos caballeros, aunque era más que evidente que el señor Ned se moría de ganas de verla.

Gerald se divirtió dándole vueltas a este cotilleo, aunque su despiste molestó bastante a su hermana.

—Gerald, ¿sabes si ha llegado el encargo de Ned?

—Muy interesante. Sigue leyendo, Bella.

—¡Estúpido! No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho — protestó ella mientras cerraba violentamente el libro para repetir su noticia.

—Estoy encantado con ello. Ahora debemos quitárnoslo de encima lo antes posible. Es decir, supongo que él querrá marcharse cuanto antes. —En ese momento, Coventry se despertó de su ensoñación.

—No es necesario que revises tu versión; lo sé todo al respecto. Creo que

Ned se comportó estúpidamente, y que la conducta de la señorita Muir ha sido exquisita. Desde luego es bastante improbable, aunque ojalá no lo fuera, porque me encanta observar a un par de amantes. Tú y Lucía sois tan fríos que no resultáis nada interesantes.

—Hazme el favor de no seguir diciendo más tonterías sobre Lucía y yo. No somos amantes, y supongo que nunca lo seremos. Ya estoy harto de esta historia, y deseo con todas mis fuerzas que mamá y tú dejéis de molestar con este tema, al menos por una temporada.

—Venga, Gerald, ya sabes que mamá ha puesto mucho interés en ello, que papá lo deseaba, y que la pobre Lucía te ama desesperadamente. ¿Cómo puedes pensar en abandonar algo que a todos nos llenaría de dicha?

—A mí no me haría feliz, y permíteme la libertad de decir que ese dato es relevante. No estoy ligado a nadie, y no pretendo estarlo hasta que me sienta preparado. Ahora hablemos de Ned.

Bella obedeció, aunque por dentro se sentía herida y sorprendida. Optó por centrar su interés en Edward, quien de forma inteligente decidió aceptar su destino y prepararse para su viaje de varios meses. Durante una semana, toda la casa pareció muy emocionada por su partida, y todos, excepto Jean, se desvivían por serle útiles. En cambio, ella desapareció de escena. Por la mañana impartía sus clases a Bella, cada tarde salía con la señora Coventry y casi todas las noches se acercaba hasta la mansión Hall para leerle un rato a sir John, quien vio su deseo cumplido sin saber exactamente cómo ni por qué.

Después de despedirse de su madre, Edward bajó las escaleras para abandonar la casa. Se le notaba pálido porque había permanecido todo el tiempo que su osadía le había permitido en el pequeño dormitorio de Bella junto a la señorita Muir.

—Adiós, hermanita. Sé buena con Jean —susurró mientras daba un beso a la mejilla de la niña.

—Lo haré —repitió Bella con lágrimas en los ojos.

—Cuida de mamá, y acuérdate de Lucía —repitió mientras acariciaba la hermosa mejilla de su prima.

—No temas. Las mantendré separadas —replicó ella con un susurro que a Coventry no le pasó inadvertido.

Edward ofreció la mano a su hermano mientras le decía, con gravedad y mirándole a los ojos:

—Confío en ti, Gerald.

—No te defraudaré, Ned.

Entonces se marchó, pero Coventry no podía dejar de pensar en las palabras de Lucía. Al cabo de unos días, lo entendió todo.

Ahora que Ned se ha marchado, supongo que la pequeña Muir hará su aparición, se dijo para sus adentros; pero la «pequeña Muir» no apareció, sino que pareció evitarle con más destreza de la que demostró su admirador. Si por la tarde él se dirigía al salón con la esperanza de oír algo de música, Lucía era la única que permanecía sentada en la estancia. Si él llamaba a la puerta de la habitación de Bella, siempre se producía una pausa antes de abrirla, y una vez dentro nunca veía a Jean, a pesar de haber oído su voz antes de llamar a la puerta. Si él entraba en la biblioteca, el precipitado murmullo y el sonido de unos pies apresurados delataban que la estancia había sido abandonada ante su inminente presencia. En el jardín, la señorita Muir siempre procuraba evitarlo, y si se encontraban por casualidad en el vestíbulo o en la sala donde se servía el desayuno, ella pasaba por delante de él con la mirada gacha y un saludo breve y frío. Estas reacciones le molestaban profundamente, y cuanto más le eludía ella, más deseaba verla con el fin de llevarle la contraria, según él, no por otra cosa. Le incomodaba y al mismo tiempo le divertía, hasta que al final descubrió un extraño placer en boicotear las discretas maniobras de la institutriz. Con el tiempo agotó su paciencia, y decidió averiguar qué ocultaba la joven tras su peculiar conducta. Después de cerrar la puerta de la biblioteca y de esconder la llave, esperó hasta que la señorita Muir entrara a buscar un libro para su tío. La había oído hablar de ello con Bella, y sabía que la joven creía que él estaba con su madre. Sonrió para sus adentros y siguió a la joven. La institutriz estaba subida a una silla tratando de alcanzar una estantería alta, de modo que Gerald tuvo ocasión de contemplar la delgada cintura de ella y sus hermosos pies antes de pronunciar palabra.

—¿Puedo ayudarla, señorita Muir?

La institutriz se sobresaltó, dejó caer varios libros y se sonrojó mientras contestaba:

—No, gracias. Puedo subir los escalones que me faltan.

—Mi largo brazo le será de gran ayuda. ¿Qué títulos desea?

—Bueno, yo... ya me he olvidado por el susto —respondió Jean riendo nerviosamente mientras echaba un vistazo a su alrededor como si planeara una huida.

—Le pido disculpas por ello. Esperaré hasta que lo recuerde. Permítame, asimismo, agradecerle el sueño tan reparador que me procuró hace diez días. Aún no había tenido la ocasión de agradecerse por culpa de su pertinaz juego del escondite.

—En realidad, no pretendo parecer desagradable, pero... —contestó ella

mientras recobraba la compostura y giraba el rostro, añadiendo, con una nota de dolor en su tono de voz— no es culpa mía, señor Coventry. Sólo obedezco órdenes.

—¿Las órdenes de quién? —exigió él mientras permanecía en pie para evitar que la joven huyera.

—No me lo pregunte. Es alguien autorizado para dar órdenes respecto a usted. Le puedo asegurar que esas órdenes están dictadas con la mejor de las intenciones, aunque a nosotros nos parezca absurdo. No se inquiete. Ríase, como hago yo, y déjeme salir de aquí, se lo ruego.

Jean se dio media vuelta y miró a Coventry con lágrimas en los ojos, una sonrisa en sus labios y una expresión que denotaba una mezcla de tristeza y picardía que resultaba del todo encantadora.

Coventry dejó de fruncir el ceño, pero sus ojos seguían reflejando una extraña seriedad hasta que dijo con decisión:

—En esta casa nadie tiene el derecho a dar órdenes excepto mi madre y yo. ¿Fue ella quién le obligó a evitarme como si yo tuviera la peste o fuera un loco?

—Por favor, no me lo pregunte. Prometí no decir nada, y sé que usted no desearía que rompiera mi promesa.

Sin dejar de sonreír, ella le miraba con una expresión de feliz malicia que anulaba cualquier posibilidad de réplica. Fue Lucía, pensó él, y en ese momento sintió un profundo desagrado hacia su prima. La señorita Muir hizo ademán de bajar, pero él la retuvo mientras le preguntaba con gravedad y una sonrisa en los labios:

—¿Usted me considera el amo de esta casa?

—Sí —respondió con un tono de voz dulce y sumiso que denotaba el respeto, la consideración y la confianza que tanto agradan a los hombres cuando las mujeres los sienten y los demuestran. Sin darse cuenta, el rostro de Coventry se relajó, y empezó a verla con una mirada muy distinta de todas las que le había dedicado en el pasado.

—Pues entonces, ¿estará de acuerdo en obedecerme si mis órdenes no son tiránicas ni irracionales?

—Lo intentaré.

—¡Bien! Quiero decirle, con absoluta franqueza, que este tipo de cosas me resultan muy desagradables. Me molesta ser un impedimento a la libertad o la comodidad de otra persona, y por eso le pido que se mueva por esta casa como usted guste, sin tener en cuenta las insensateces de Lucía. Ella alberga buenas

intenciones, pero carece completamente de perspicacia o tacto. ¿Me lo promete?

—No.

—¿Por qué no?

—Creo que las cosas están mejor tal como están ahora.

—Pero usted me acaba de decir que son absurdas.

—Así me lo parecen, pero... —Jean se detuvo. Parecía confusa y preocupada.

Coventry perdió los estribos y contestó con impaciencia.

—¡Las mujeres sois grandes enigmas que nunca podré resolver! En fin, he hecho todo lo posible para que se sienta a gusto, pero si usted prefiere llevar este tipo de vida, no dude en hacerlo.

—No lo prefiero. Me desagrada profundamente. Me encanta ser yo misma, disponer de mi propia libertad y de la confianza de quienes me rodean. Pero no creo que sea correcto alterar la paz de otras personas, y, por tanto, intento obedecer. Le he prometido a Bella que me quedaría, pero me iré si eso impide que protagonice otra escena con la señorita Beaufort o con usted.

La señorita Muir había reaccionado impetuosamente, y luego permaneció en silencio con una mirada iracunda, con una energía repentina que se reflejó en su rostro y en su voz y que sorprendió a Coventry. La joven estaba enfadada, se sentía herida, y era altiva, pero ese cambio perceptible le añadía atractivo, porque borraba todo rastro de su antiguo y apacible carácter. Ese cambio le pareció estimulante, especialmente cuando ella volvió a añadir, de forma autoritaria y con un ademán de rechazo:

—Deme ese libro y váyase. Quiero que se vaya.

Coventry obedeció, e incluso le tendió la mano, pero ella la rechazó, descendió los escalones lentamente y se dirigió hasta la puerta. Entonces se dio media vuelta y, con el mismo tono de voz que transmitía indignación, los mismos ojos chispeantes y las mismas mejillas encendidas, añadió apresuradamente:

—Sé que no tengo ningún derecho a hablar de este modo. Procuero moderarme, pero cuando ya no puedo resistirlo más, se desata mi verdadero ser y desafío todas las convenciones. Estoy harta de ser una máquina fría y serena; eso es imposible debido a mi naturaleza apasionada, y no quiero disimular más. No puedo evitar que la gente me ame, aunque no desee su amor. Sólo pido que me dejen en paz, y no entiendo por qué me atormentan de esta manera. No soy hermosa, no tengo dinero ni posición social, pero

cualquier jovencito confunde mi sincero interés por algo mucho más cercano, y eso me entristece. Ésa es mi desgracia. Piense lo que quiera de mí, pero ándese con cuidado, porque soy capaz de hacer daño si alguien se interpone en mi camino.

Jean abandonó la estancia con la misma prisa y violencia con la que había hablado, rematando sus palabras con un ademán amenazador. Coventry tuvo la sensación de que un repentino trueno había barrido toda la casa. Permaneció sentado en la silla que ella había abandonado durante unos minutos, absorto en sus pensamientos. De pronto se levantó, se dirigió hasta donde se encontraba su hermana y preguntó con su habitual tono de voz indolente y jovial:

—Bella, ¿verdad que Ned te pidió que fueras amable con la señorita Muir?

—Claro. Trato de ser amable con ella, pero últimamente está muy rara.

—¿Rara? ¿A qué te refieres?

—Que normalmente se comporta de manera serena y fría como una estatua, y luego, de repente, se muestra extraña e inquieta. Sé que llora por las noches y suspira tristemente cuando cree que no la escucho. Se está cocinando algo.

—Quizá tiene miedo de Ned —sugirió Coventry.

—No, no lo creo. Para ella es un alivio que Ned se haya marchado. Me temo que está enamorada de alguien, alguien que no es como ella. ¿Crees que podría ser el señor Sydney?

—Ella lo calificó de «tonto con título» en una ocasión, pero tal vez eso no significa nada. ¿Alguna vez le has preguntado sobre él? —preguntó Coventry, quien de pronto se sintió avergonzado de su curiosidad, aunque no podía resistir la tentación de interrogar a la ingenua Bella.

—Sí, pero ella se limitó a mirarme de forma trágica y dijo lastimosamente: «Mi pequeña amiga, espero que nunca tengas que pasar por las situaciones por las que yo he pasado, y que tu paz de espíritu perdure toda tu vida». Después de eso, no me atreví a preguntar nada más. Siento cariño por Jean, quiero que sea feliz, pero no sé cómo hacerlo. ¿Se te ocurre algo?

—Iba a proponer que la convencieras de que pase más tiempo entre nosotros, ahora que Ned se ha marchado. Debe de resultarle muy aburrido estar tan sola. Estoy seguro de que yo, en su lugar, me aburriría. Es una personita encantadora, y me gusta mucho verla cantar o tocar música. A mamá también le conviene entretenerse por las noches. Así que levántate y piensa qué puedes hacer por el bienestar general de la familia.

—Todo esto resulta muy divertido, y ya se lo he propuesto en más de una ocasión, pero Lucía siempre da al traste con mis planes. Teme que sigas el

ejemplo de Ned, aunque es una estupidez.

—Lucía es... en fin, no diré que es tonta, porque cuando quiere deja entrever atisbos de su inteligencia. Lo que quiero es que hables de este asunto con mamá, porque entonces Lucía no tendrá más remedio que acatar la decisión —dijo Gerald visiblemente molesto.

—Lo intentaré, pero ya sabes que suele ir a leerle al tío a última hora de la tarde, y desde que está enfermo de gota, se queda más tiempo con él. No la veo demasiado. Ahora se dirige a sus habitaciones. Creo que cautivará al amo viejo como hizo con el joven porque es una mujer maravillosa.

Coventry observó cómo la delgada figura negra desaparecía al otro lado del portal, y un incómodo pensamiento se apoderó de él alentado por las descuidadas palabras de Bella. Salió de la estancia, y después de eludir a su prima, quien parecía estar buscándole, se dirigió a la mansión murmurando para sus adentros que averiguaría de una vez por todas lo que estaba pasando. Estas cosas suelen ocurrir. El tío era una persona muy simple, de modo que si la joven tuviera ambiciones, haría lo que quisiera con él.

Se percató de que una criada corría tras él con la intención de entregarle una carta, que él metió en el bolsillo sin fijarse siquiera en el remitente. Cuando llegó a la mansión, se dirigió sigilosamente al estudio de su tío. La puerta estaba entreabierta, y a través de ella presencié una escena de apacible comodidad que resultaba muy agradable de contemplar. Sir John permanecía sentado en su sillón apoyando el pie en un cojín. Iba vestido con su habitual elegancia, pero, en vez de parecer un enfermo de gota, su aspecto era el de un hombre maduro atractivo y bien conservado. Sonreía mientras escuchaba, y sus ojos se fijaban con suficiencia en Jean Muir, quien permanecía sentada a su lado leyendo con su acostumbrado tono de voz melodioso, mientras la luz del sol incidía en su pelo y en el delicado tono rosado de su mejilla. La joven sabía leer muy bien, pero Coventry tuvo la sensación de que la muchacha no prestaba toda su atención a la lectura, porque en una de sus pausas, que sir John aprovechaba para intervenir con algún comentario, sus ojos adquirieron una expresión ausente e inclinó la cabeza sobre su mano con un aire de paciente fatiga.

¡Pobre chica! He sido muy injusto con ella. No tiene ninguna intención de cautivar al anciano, sino que le entretiene por pura amabilidad. Está cansada. Pondré fin a su labor.

Acto seguido, Coventry entró sin llamar a la puerta.

Sir John le recibió con un porte de amable resignación, y la señorita Muir, con un rostro totalmente inexpresivo.

—Mamá le manda recuerdos. ¿Cómo se encuentra hoy, señor?

—Estoy muy cómodo, aunque me aburro un poco. Me gustaría que les dijeras a las jovencitas que vinieran esta tarde para divertir a un anciano caballero. La señora King ha sacado los vestidos y complementos antiguos porque le prometí a Bella que esta noche disfrutaríamos de una velada inolvidable, como las que solíamos pasar cuando Ned estaba por aquí.

—Muy bien, señor; les diré que vengan. Todos nos hemos entristecido con la partida de mi hermano, y un poco de diversión nos vendrá bien. ¿Se marcha usted ya, señorita Muir? —quiso saber Coventry.

—No. Será mejor que se quede hasta que sirva el té y prepare todo lo demás. No siga leyendo, querida, será mejor que vaya a entretenerse con los cuadros o con lo que usted prefiera —ordenó sir John; y, como una hija cumplidora, la señorita Muir obedeció como si estuviera encantada de abandonar la estancia.

—Es una muchacha encantadora, Gerald —comentó sir John en cuanto Jean salió del estudio—. Estoy muy interesado en ella, tanto por su bien como por el de su madre.

—¿Su madre! ¿Qué sabe usted de su madre? —preguntó Coventry muy sorprendido ante tal afirmación.

—Su madre era lady Grace Howard, quien se fugó con un pobre reverendo escocés hace veinte años. La familia la repudió, y la mujer vivió y murió con tanta discreción que poco se sabe de ella, salvo que abandonó a una niña huérfana en una pequeña pensión francesa. Y ésta es la niña, que ahora es toda una hermosa señorita. Me sorprende que no lo supieras.

—También a mí me sorprende, pero es muy propio de ella no decir nada. Es una joven muy orgullosa y extraña. ¡La hija de lady Howard! ¡Menudo descubrimiento! —Coventry se dio cuenta de que este hecho incrementaba su interés por la institutriz de Bella. Al igual que todos los ingleses de alcurnia, él valoraba el rango y la posición más de lo que se molestaba en admitir.

—Esta pobre muchacha ha tenido una vida muy difícil, pero no le falta carácter, y eso la llevará muy lejos —reconoció sir John con cierta admiración.

—¿Y Ned sabía esto? —preguntó Gerald de repente.

—No, me lo contó ayer. Yo estaba consultando el libro de títulos nobiliarios y me habló de los Howard. Se permitió llamar «mamá» a lady Grace. Luego me contó toda la historia, y esta muchachita solitaria agradeció tener a alguien a quien hacerle este tipo de confidencias.

—Eso explicaría su rechazo a Sydney y Ned: sabe que no es inferior que ellos, pero nunca podrá disfrutar de la posición que le corresponde por derecho. No, no es una mujer ambiciosa ni una mercenaria.

—¿Qué dices? —quiso saber sir John, puesto que Coventry había murmurado para sus adentros.

—Me pregunto si lady Sydney estaba al tanto de todo —contestó Gerald.

—No, Jean me explicó que no deseaba ser compadecida por otras personas, y que, por tanto, no le contó nada a la madre. Creo que el hijo lo sabía, pero ésa era una cuestión delicada y no hice más preguntas.

—Le escribiré tan pronto como sepa su dirección. Hemos sido tan íntimos que me atrevo a formular unas cuantas preguntas sobre la señorita Muir para comprobar la veracidad de su historia.

—¿Acaso dudas, de ella? —preguntó sir John, visiblemente enfadado.

—Lo lamento, tío, pero debo confesar que siento cierta desconfianza instintiva hacia esa joven. Reconozco que es injusto, pero no puedo evitarlo.

—Pues entonces, si no te importa, no expreses públicamente tus dudas. Tengo más experiencia que tú y más perspicacia, y además respeto y compadezco sinceramente a la señorita Muir. Es posible que tu desagrado sea la causa de su reciente melancolía, ¿verdad, Gerald? —preguntó sir John mirando con recelo a su sobrino.

Como no quería levantar sospechas, Coventry contestó apresuradamente mientras se daba media vuelta:

—No tengo ni el tiempo ni las ganas de discutir en este momento, señor, pero procuraré no ofenderle de nuevo. Transmitiré su mensaje a Bella. Estaré de vuelta en una hora, tío.

Coventry atravesó el parque y pensó: Ese anciano se está encaprichando con ella, al igual que el pobre Ned. ¿Cómo lo hace? Asegura ser la hija de lady Howard, pero nunca nos ha dicho nada al respecto. No lo entiendo.

CAPÍTULO V

Cómo lo hizo

En casa encontró a un grupito de jóvenes amistades que acogieron con regocijo la perspectiva de pasarlo estupendamente en la mansión Hall. Al cabo de una hora, la alegre compañía hizo su entrada en el gran salón, donde ya se habían hecho algunos preparativos para celebrar una velada teatral.

El bueno de sir John estaba en su salsa, porque le encantaba tener la casa llena de gente joven. Varias personas fueron elegidas para la representación, y

al cabo de un rato se levantó el telón para mostrar el primero de esos cuadros vivos improvisados. Un hombre de tez morena y de barba oscura yacía dormido con una piel de tigre en las proximidades de una tienda de campaña. Unas armas y telas orientales le rodeaban; un antiguo quinqué de plata ardía tenuemente sobre una mesa repleta de fruta colocada sobre unos cuencos brillantes. Al lado había varias copas medio llenas de brillante vino tinto. Inclined sobre el hombre había una mujer ataviada con magníficas telas de una época muy antigua. Una mano apartaba la manga bordada del brazo que sostenía una cimitarra; un delicado pie enfundado en una sandalia escarlata asomaba por debajo de la túnica blanca; el manto púrpura caía desde unos hombros blancos como la nieve; varios ribetes dorados sujetaban su cabellera, y no le faltaban joyas en el pecho y en ambos brazos. La mujer miraba rígida y cautelosamente por encima de su hombro hacia la entrada de la tienda, y la imagen resultaba tan creíble que por unos instantes los espectadores contuvieron la respiración, como si ellos también acabaran de oír el murmullo de unos pasos apresurados.

—¿Quién es? —susurró Lucía ante el rostro desconocido de la mujer.

—Jean Muir —respondió Coventry absorto en la escena.

—¡Eso es imposible! Ella es bajita y rubia —protestó Lucía, pero un «¡calla y déjame mirar!» de su primo silenció sus palabras.

Parecía imposible, pero era cierto. Jean Muir era esa figura inmóvil. Se había pintado la piel y las cejas, y además había colocado varios mechones negros sobre su cabellera rubia, lo cual aportaba tal intensidad a su mirada que sus ojos se oscurecieron y agrandaron vivamente como los de una mujer sureña. El odio más profundo y amargo aparecía pintado en su severo pero hermoso rostro, su mirada denotaba valor, y la nerviosa presión de la delicada mano que sujetaba el arma revelaba el poder y la voluntad inquebrantable de esa mujer. Incluso la firme presión de sus diminutos pies ocultos tras la piel de tigre expresaba tal resolución.

—¿No está estupenda? —preguntó Bella en voz baja.

—Da la impresión de que, en un momento dado, esa mujer sabría utilizar la espada —comentó un espectador con gran admiración.

—Buenas noches a Holofernes; su destino está escrito —añadió otra voz.

—Con esa barba, se parece mucho a Sydney.

—¿No transmite la impresión de odiarlo profundamente?

—Tal vez sea así.

Coventry pronunció esa última frase porque las dos que le precedieron ofrecían una explicación de la increíble transformación de Jean. No todo se

debía a su talento artístico: la aversión mezclada con la feroz alegría que suponía tener sometido al objeto de su odio ofrecía una ocasión perfecta para ser fingida. Y como Coventry conocía la clave de esa escena, tuvo la sensación de estar en posesión de la verdad. Pero esa verdad duró poco, porque el telón descendió antes de que él tuviera tiempo de analizar el significado de esa peculiar expresión en el rostro de Jean.

—¡Espantoso! ¡Me alegro de que haya acabado! —exclamó Lucía con frialdad.

—¡Magnífico! ¡Otra, otra! —gritó Gerald entusiasmado.

Pero el cuadro teatral se había terminado, y ninguna ovación conseguiría que la actriz volviese a salir a escena. Acto seguido, los espectadores presenciaron dos o tres escenas elegantes y divertidas, pero Jean no protagonizaba ninguna de ellas, motivo por el cual carecían del encanto que el auténtico talento imprime incluso a las representaciones más modestas.

—Coventry, te reclaman —avisó una voz. Y para asombro de todos, Coventry se levantó, porque era bien sabido que hasta entonces se había negado a participar en una función.

—¿Cuál es el papel que debo destrozar? —preguntó al entrar en la sala verde, donde un corrillo de animados muchachos vestían a los actores.

—El de un caballero fugitivo. Ponte este traje y no pierdas el tiempo haciendo preguntas. La señorita Muir te dirá lo que debes hacer. Ella también participa en este cuadro, o sea, que nadie te hará caso —aclaró el director de escena mientras lanzaba un viejo traje lleno de bordados hacia Coventry y seguía retocando el maquillaje de un bigote sobre su rostro juvenil.

Gerald se transformó en un galante caballero, y cuando apareció ante las damas, éstas no pudieron evitar mirarle con gran admiración.

—Acompáñame al escenario. Jean ya está en su lugar —comentó Bella mientras corría delante de él exclamando a su institutriz—: Aquí lo tienes. Está estupendo. ¿No es maravilloso que él intervenga?

La señorita Muir, con el encantador atuendo remilgado que las normas juzgaban apropiado para una damisela puritana Roundhead estaba toqueteando unos arbustos, pero se giró de repente y dejó caer la rama verde que sostenía cuando vio a la resplandeciente figura avanzar hacia ella.

—¡Tú! —exclamó Jean con una mirada perturbadora. Luego murmuró a Bella—: ¿Por qué le has pedido que actúe? Te dije que no lo hicieras.

—Es el único hombre apuesto, y además, cuando quiere, sabe actuar muy bien. No suele dignarse a participar, así que aprovecha este privilegio —comentó Bella antes de salir corriendo a empolvase el pelo para su actuación

en *The Marriage à la mode*.

—Me pidieron que actuara, y he aceptado. ¿Prefiere a otro actor? — preguntó Coventry, quien no conseguía interpretar la expresión ansiosa y ávida del rostro que se escondía bajo el pequeño sombrero.

Al cabo de unos instantes la expresión se tornó en una mezcla de inquietud y resignación, y dijo:

—Ahora ya es demasiado tarde. Por favor, arrodílese aquí detrás de los arbustos. Quítese el sombrero y... permítame decirle que su aspecto es demasiado elegante para tratarse de un fugitivo.

Mientras él se arrodillaba ante Jean, ésta le alborotó el pelo, le torció el cuello de encaje, tiró los guantes y la espada y desabrochó el abrigo que colgaba de sus hombros.

—Eso está mucho mejor; su palidez es perfecta para el cuadro, será mejor que la conserve. Tenemos que representar el cuadro que cuelga en la mansión. No puedo decirle nada más. Ahora, Roundheads, colóquense en sus puestos. ¡Qué se levante el telón!

Coventry obedeció a Jean con una sonrisa; el cuadro escénico estaba formado por dos amantes, el joven caballero arrodillado pasando el brazo alrededor de la cintura de la joven, quien trata de ocultarlo con su pequeño mantón mientras reclina la cabeza sobre su regazo en un gesto de intenso temor, asustada por la inminente llegada de sus perseguidores. Jean dudó por unos instantes y pareció encogerse cuando él le acarició la mano; la joven se sonrojó de inmediato y miró gravemente a Coventry. Después, poco antes de alzarse el telón, se sumergió en su papel con una gran y repentina determinación. El brazo de Jean que sostenía el manto cubría casi por completo la figura de Coventry, mientras el otro acogía su cabeza sobre el pañuelo de muselina que tapaba el regazo de aquélla; entonces Jean miró hacia atrás con una expresión tan aterradora que más de un amable y joven espectador deseó salir corriendo a rescatarla. El efecto duró sólo unos instantes, pero en ese momento Coventry pudo experimentar una nueva sensación. Muchas mujeres le habían sonreído, pero él siempre había reaccionado de forma fría, descuidada e inconsciente ante el poder que una mujer puede atesorar y utilizar para atraer o hacer sufrir a un hombre. Entonces, mientras permanecía arrodillado con un suave brazo que le rodeaba, una esbelta cintura que respondía a su tacto y un corazón de doncella que palpitaba junto a su mejilla, pudo experimentar por primera vez en su vida el hechizo indescriptible de una mujer, motivo por el cual fue capaz de representar a la perfección el papel de un ardiente amante. En el preciso instante en que su rostro adquiría este nuevo y agradable aspecto, el telón descendió. Sólo la clamorosa ovación del público le permitió advertir que la

señorita Muir se esforzaba por desembarazarse de él, puesto que Coventry, sin querer, la había sujetado demasiado fuerte. Él se levantó como si no entendiera lo que estaba pasando y miró a Jean como nunca antes había mirado a una mujer.

—¡Otra, otra! —exclamó sir John. Los jóvenes que representaban al par de Roundheads, deseosos de unirse al aplauso general, pidieron la repetición de la escena.

—Os ha delatado un crujido, y ya hemos encontrado y matado de un disparo a esa joven tan hermosa, que ahora yace moribunda. Esa escena quedará estupenda. Pruébela, señorita Muir —propuso uno de los jóvenes. Y con un largo suspiro, Jean obedeció.

Volvió a alzarse el telón, y el amante seguía arrodillado sin atender a los captores que le sujetaban por el hombro, ya que a sus pies yacía la joven moribunda. Jean tenía la cabeza apoyada sobre su pecho, pero transmitía el tipo de amor que ni siquiera la muerte puede acallar. La fuerza de esos ojos tan tiernos cautivó a Coventry con un extraño anhelo, y su corazón empezó a latir con la misma fuerza con que lo había hecho el de ella hacía un momento. Jean notó que a él le temblaban las manos, se dio cuenta de que sus mejillas se sonrojaban y supo que al fin le había conquistado. Cuando Jean se levantó, no pudo evitar experimentar una sensación de triunfo imposible de ocultar. Otros lo consideraron una lección magistral de interpretación, y Coventry se esforzó por verlo así. Lucía estaba hecha una furia y, cuando descendió el telón del segundo cuadro, abandonó apresuradamente su asiento para precipitarse detrás de la escena y poner fin a un juego tan peligroso. Varios actores seguían admirando a los amantes de pega. Jean acogió las alabanzas con alegría, pero Coventry, muy a su pesar, delató que estaba contento por algo mucho más profundo que una simple gratificación de su vanidad.

Cuando Lucía hizo su aparición, el porte de Coventry adoptó su indiferencia habitual, aunque no pudo acallar el insólito fulgor de sus ojos ni contener las emociones que transmitía su rostro, y la muchacha se percató dolorosamente de ello.

—He venido para ofrecer mi ayuda. Debe de estar muy cansada, señorita Muir. ¿Puedo aliviarla en algo? —dijo Lucía apresuradamente.

—Sí, gracias. Estaré encantada de que usted haga el resto y pueda disfrutar de la compañía de estos jóvenes.

Jean se despidió con una encantadora sonrisa y, para desgracia de Lucía, Coventry la siguió.

—Quiero que te quedes, Gerald. Por favor, quédate —gritó Lucía.

—Ya he cumplido con mi parte. A mí esta noche no me depara más tragedias —respondió mientras se marchaba sin que a ella le diera tiempo a interrumpirle o entretenerle.

Lucía se sentía indefensa; podía permanecer detrás de la escena y cumplir con su deber o delatar sus celos ante la mirada de todos quienes la rodeaban. Por unos instantes aguantó el tipo. Pero la imagen de su primo inclinándose sobre la silla donde Jean permanecía sentada, hablando tranquilamente con la institutriz, le resultaba insoportable, así que envió a una niña con un mensaje para la señorita Muir.

—Disculpe, la señorita Beaufort quiere que represente a la reina Bess, puesto que usted es la única pelirroja. ¿Lo hará? —susurró la niña, que no era en absoluto consciente del mensaje tácito que se escondía tras su invitación.

—Claro que sí, querida, gustosamente lo haré, aunque no soy lo suficientemente hermosa ni elegante para representar a Su Majestad —contestó Jean mientras se levantaba con el rostro imperturbable, aunque se sintió molesta por ese insulto femenino.

—¿Prefieres ser la condesa de Essex? Yo ya voy vestido de conde —propuso Coventry, quien lanzó hacia la puerta una mirada melancólica.

—No, la señorita Beaufort dice que usted no debe venir. No quiere que estén juntos —comentó la niña sin dudarlo ni un instante.

Jean miró a Coventry intensamente, se encogió de hombros y se marchó esbozando una de sus extrañas sonrisas, mientras él empezaba a caminar de un lado a otro del vestíbulo en un peculiar estado de agitación que le permitió evadirse por unos momentos, hasta que el animado grupo de jóvenes se reunió para cenar.

—Ven, Bonnie Prince Charlie, tómame en tus brazos y representa al encantador amante que has interpretado hace una hora. Nunca imaginé que tu corazón albergara semejante calidez —comentó Bella mientras cogía a su hermano por el brazo en contra de su voluntad.

—No seas tonta, niña. ¿Dónde está... Lucía?

No pudo entender por qué sustituyó el nombre de Jean por otro. Una repentina timidez se había apoderado de él, y aunque no veía a Jean por ninguna parte, se sentía incapaz de preguntar por ella. Su prima apareció en escena elegantemente vestida con un traje clásico; pero a pesar de su hermosura, Gerald no reparó en ella, y cuando la representación llegó a su punto álgido, Coventry se marchó para averiguar el paradero de la señorita Muir.

La encontró en la sala de estar, que estaba vacía, y se detuvo para

observarla antes de hablar. Algo en la actitud de su rostro le sorprendió. La institutriz se había reclinado despreocupadamente en la enorme silla que había sido utilizada como trono en los cuadros teatrales. Todavía no se había quitado su disfraz de reina, aunque no llevaba la corona puesta y se había soltado la cabellera rubia, que le llegaba a la altura de los hombros. La emoción y el esfuerzo de las últimas horas la habían convertido en una persona radiante, y el hermoso vestido la favorecía muchísimo, pues la dotaba de un aire de lujosa indolencia que transformaba a la dócil institutriz en una mujer encantadora. Se apoyó en los cojines de terciopelo como si estuviera acostumbrada a reclinarse sobre ellos. Estuvo un rato jugueteando despreocupadamente con las joyas de su corona como si le hubieran pertenecido de toda la vida. Su actitud denotaba una especie de negligente gracia, y la expresión de su rostro traslucía una mezcla de orgullo y reflexión que daba a entender que el objeto de sus pensamientos era de naturaleza amarga.

Quienes la vieran ahora por vez primera dirían que es de buena cuna. ¡Pobre mujer, qué carga para su espíritu debe de suponer una vida de dependencia como la suya! Me pregunto qué estará pensando con tanta concentración, pensó Coventry mientras la observaba una última vez antes de dirigirse a ella.

—¿Quiere que le traiga algo para cenar, señorita Muir?

—¡Cenar! —exclamó la joven con un sobresalto—. ¿Quién piensa en el cuerpo cuando el alma está...? —La institutriz se detuvo, frunció el ceño y se rio tímidamente mientras añadía—: No, gracias. No necesito nada, sólo algunos consejos, y ya no me atrevo a pedir ninguno más.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo derecho a hacerlo.

—Todo el mundo tiene derecho a pedir ayuda, especialmente quienes necesitan el respaldo de personas fuertes. ¿Puedo ayudarla? Créame, le ofrezco sinceramente mis humildes servicios.

—¡Ah, ahora se olvida! Este vestido, el maravilloso esplendor de estas joyas, la libertad de movimientos de esta noche, el romance fingido de la actuación... Todo esto le impide ver la realidad. Por un momento he dejado de ser una criada, y usted me trata como a una igual.

Era cierto. Se había olvidado de su posición. Esa mirada dulce de reproche caló hondo en él, su desconfianza se fundió por efecto del encanto de la institutriz y Gerald contestó con unos sentimientos sinceros que su rostro y su tono de voz delataron.

—La trato como a una igual porque usted lo es para mí; y cuando ofrezco

mi ayuda, no es para la institutriz de mi hermana, sino para la hija de lady Howard.

—¿Quién le ha contado eso? —preguntó la joven, sentada impassiblemente en la silla.

—Mi tío. No se lo reproche. No diré nada más si no lo desea. ¿Le molesta que yo lo sepa?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Porque no deseo su compasión! —exclamó ella con ojos centelleantes mientras esbozaba un ademán desafiante.

—Pues entonces, si no puedo lamentar el funesto destino que ha recaído sobre un alma inocente, podré admirar el valor con que ésta afronta su adversa fortuna y conquista el mundo ganándose el respeto y la consideración de todos cuantos la rodean y la aprecian.

La señorita Muir alteró la expresión de su rostro, levantó una mano, y replicó:

—¡No, no es eso! Procure no ser tan amable, porque eso destruye la única barrera que nos separa. Compórtese conmigo con la misma frialdad que antes, olvide quién soy y no se interponga en mi camino. ¡No deseo ser conocida, ni compadecida ni amada!

Su voz se quebró cuando pronunció la última palabra, y la joven inclinó la cabeza para sostenerla con la mano. El discurso de la institutriz afectó a Coventry y le impulsó a decir, con un tono de voz que rayaba en la falta de cortesía:

—No tema por mí. Lucía le dirá que puedo ser tan frío como un iceberg.

—Pues, en ese caso, Lucía se equivoca. Tengo la fatídica cualidad de interpretar las intenciones de las personas. Le conozco mejor a usted de lo que le conoce ella, y veo... —Jean interrumpió bruscamente la frase que estaba a punto de terminar.

—¿El qué? Dígamelo y así pondremos a prueba sus habilidades —respondió él con interés.

La joven se dio media vuelta y miró a su interlocutor con unos ojos penetrantes que le hicieron encogerse mientras ella pronunciaba lentamente:

—Debajo del hielo veo fuego, y le advierto que tenga cuidado para que no estalle como un volcán.

Gerald permaneció inmóvil por unos instantes, dudando de las intenciones

de la joven; ella había sido la primera en descubrir la calidez de una naturaleza demasiado orgullosa como para confesar sus tiernos impulsos, así como las ambiciones que yacían enterradas hasta que una potente voz las despertó. La manera grosera, incluso severa, con que ella le advirtió sólo reforzaba el atractivo de la muchacha, puesto que sus palabras no albergaban ninguna arrogancia, sólo el presagio de un temor que el sufrimiento del pasado le impulsaba a sentir de forma sincera. Gerald reaccionó de forma impetuosa:

—¡Tiene usted razón! No soy lo que parezco, y mi indiferencia es sólo una máscara bajo la que escondo mi verdadera naturaleza. Podría ser tan apasionado, enérgico y ambicioso como Ned, pero no tengo ningún objetivo en la vida. Y como carezco de él, soy lo que usted me llamó en una ocasión: «algo que despreciar y lamentar».

—¡Yo nunca dije eso! —exclamó Jean con indignación.

—Quizá no empleó esas mismas palabras, pero su mirada delató sus pensamientos, aunque luego los expresó con más delicadeza. Tengo merecido ese calificativo, pero ahora las cosas han cambiado. Estoy empezando a despertar de mi desgraciada indolencia, y espero conseguir un trabajo que me convierta en un hombre decente. ¿Por qué se marcha? ¿Es que la estoy aburriendo con mis confesiones? Perdóneme. Son las primeras que hago, y seguramente serán las últimas.

—¡Oh, no! Me siento profundamente halagada por su confianza; pero ¿es un gesto de inteligencia y lealtad contarme sus esperanzas y objetivos en la vida? ¿No tiene la señorita Beaufort el derecho primigenio de ser su confidente?

Coventry se apartó, visiblemente disgustado, porque el nombre de Lucía le evocaba aquello que gustosamente había olvidado gracias a las emociones vividas en los últimos tiempos. El amor de Lucía, las palabras de despedida de Edward y la desaparición de su extraña reserva eran aspectos difíciles de asimilar. Lo que él habría replicado quedó contenido ante la visión de una carta entreabierta que cayó del vestido de Jean cuando ésta se movió. Él se agachó mecánicamente para devolverla y, mientras lo hacía, reconoció la letra de Sydney. Jean se la arrebató de las manos y gritó mientras empalidecía:

—¿La ha leído? ¿Qué ha visto en ella? ¡Dígamelo, por su honor dígame qué ha visto!

—Juro, por mi honor, que lo único que he visto es la frase «por el amor que te profeso, cree mis palabras». No he visto nada más, porque soy un caballero. Conozco la letra del remitente, y supongo que puedo adivinar el propósito de la misiva. Como me considero amigo de Sydney, deseo ayudarla con todas mis fuerzas, si es que puedo ser útil. ¿Es ésa la cuestión sobre la que

necesita consejo?

—Sí.

—En ese caso, ¿puedo ofrecérselo?

—No puede dármelo sin conocer toda la historia, y es muy larga y difícil de contar.

—Permítame adivinarla, y le ahorraré el dolor de tener que explicármela. ¿Me lo permite? —Coventry esperó ansiosamente la respuesta de la institutriz, ya que él estaba prendado de ella. Aun sosteniendo fuertemente la carta, Jean le indicó que la siguiera hasta un pequeño rincón apartado que hacía las veces de tocador y de pequeño invernadero. Jean se detuvo por unos instantes como si dudara de algo, luego levantó la vista para mirar a Gerald con ojos que transmitían una gran confianza y dijo con determinación:

—Lo haré porque, por extraño que pueda parecer, es la única persona con la que puedo hablar. Usted conoce a Sydney, ha descubierto que los dos pertenecemos a la misma clase social, y me ha ofrecido su ayuda. De modo que la acepto, pero ¡no me considere menos femenina por ello! Recuerde que estoy sola en el mundo, que soy una joven solitaria y que confío plenamente en su sinceridad y compasión.

—Puede hablar con total libertad porque, efectivamente, soy su amigo. — Y tras pronunciar estas palabras, Coventry se sentó al lado de Jean, olvidándose de todo el mundo salvo de la joven de ojos tiernos que tanta confianza había depositado en él.

Jean continuó hablando precipitadamente.

—Usted ya sabe que Sydney me amaba, que yo le rechacé y me marché. Pero usted desconoce que sus imprudencias me volvieron loca, porque me amenazó con despojarme de mi único tesoro, de mi buen nombre, y, presa de la desesperación, traté de quitarme la vida. Sí, parece un gesto provocado por la locura y la maldad, pero estaba dispuesta a poner fin a una existencia que a mí me resultaba imposible de soportar, ya que su persecución se había convertido en una auténtica tortura para mí. Ya veo que le sorprenden estos hechos, pero me estoy limitando a decir la verdad. Lady Sydney podrá confirmárselo, y las enfermeras del hospital le confesarán que no fueron las fiebres el motivo de mi estancia en él. Y a pesar de que ahora las heridas externas están curadas, mi corazón arde y duele con la vergüenza y la indignación que sólo una mujer orgullosa puede sentir.

Jean se detuvo para sentarse; sus ojos y mejillas irradiaban una extraña luz, y juntó ambas manos para apoyarlas sobre su regazo, como si un viejo insulto hubiera perturbado de nuevo su alma. Coventry no pronunció ni una palabra,

porque la sorpresa, la ira, la incredulidad y la admiración formaban una mezcla tan confusa en su mente que se olvidó de hablar. Pero Jean prosiguió con su relato:

—Esa insensatez por mi parte le convenció de mi inquebrantable rechazo. Él se marchó, y creí que este amor apasionado hacia mí se curaría con nuestra separación. Pero no ha sido así, y vivo diariamente con el temor de volver a ser amenazada o perseguida. Su madre me prometió que no le revelaría mi paradero, pero él me ha encontrado y me ha escrito. La carta que te pedí que llevaras a lady Sydney era una contestación de la suya en la que le suplicaba que me dejara en paz. No la entregaste, y en el fondo me alegré, porque quizás el silencio sea lo mejor para acallar cualquier esperanza. Pero todo ha sido en vano; su misiva contiene un ruego más apasionado que nunca, y jura que nunca desistirá de sus propósitos hasta que otorgue a otro hombre el derecho a protegerme. Es lo que puedo hacer, y en ocasiones estoy tentada a hacerlo, pero también quiero rebelarme contra esta crueldad. Yo adoro mi libertad, y no deseo casarme bajo coacción de otro hombre. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ser libre? Sé mi amigo, y ayúdame.

Un reguero de lágrimas resbaló por las mejillas de la joven mientras los sollozos ahogaban sus palabras y juntaba las manos para implorar ante Coventry en una escena cargada de tristeza, miedo y súplica. Gerald tuvo dificultades para mirar directamente a los ojos elocuentes de la muchacha y contestar serenamente, porque carecía de experiencia en estos asuntos e ignoraba qué papel debía desempeñar.

Es este traje absurdo y esas tonterías románticas lo que impide ser yo mismo, pensó Coventry sin reparar en la peligrosa influencia que ejercían sobre él la estancia en claroscuro, el calor y la fragancia del verano, el recuerdo de las «cursiladas románticas» y, sobre todo, la presencia de una hermosa joven afligida. Se despojó de su habitual aplomo y sólo pudo repetir las palabras que habían causado una fuerte impresión en él:

—Puedes hacerlo, si la oferta te parece tentadora. ¿Crees que Ned es un hombre capaz de protegerte?

—No —respondió dulcemente.

—Entonces, ¿quién?

—No me lo preguntes. Un hombre bueno y honorable; alguien que me ame de verdad y que me dedique su vida; alguien con quien gustosamente me habría casado, pero ahora...

Entonces, su voz acabó en un suspiro, y su cabellera rubia cayó tapándole el rostro, como si éste quisiera esconderse tras un brillante velo.

—¿Y ahora por qué no? Sin duda alguna sería una forma rápida y segura de poner fin a tus problemas. ¿Qué te lo impide?

Muy a su pesar, Gerald se inclinó hacia delante y puso una de sus delicadas manos sobre la suya. Ejercía presión sobre ella mientras hablaba con urgencia, con compasión, casi con ternura. Pudo escuchar un fuerte suspiro procedente del otro lado del velo, así como una respuesta breve.

—Es imposible.

—¿Por qué, Jean?

La institutriz se retiró el pelo de la cara con un gesto brusco, apartó la mano y respondió con determinación:

—¡Porque no le amo! ¿Por qué me atosigas con estas preguntas? Te estoy diciendo que no sé cómo salir adelante. ¿Debo engañar a ese buen hombre y asegurarme la tranquilidad pagando el precio de la verdad y la libertad? ¿O debería desafiar a Sydney y llevar una aburrida existencia? Si él amenazara mi vida, no tendría miedo; pero él me amenaza con algo que es máspreciado que la vida: mi buen nombre. Una palabra, una mirada puede destrozarlo; una sonrisa burlona o una sencilla insinuación con los hombros puede hacerme más daño que cualquier golpe; no tengo amigos, soy pobre y sigo a merced de lo que él pregone sobre mí. Habría sido preferible estar muerta, así habría evitado todo este amargo dolor.

Jean se levantó, se llevó ambas manos sobre la cabeza, y caminó desesperadamente por la pequeña estancia. No lloraba, pero su rostro adoptó una expresión más trágica que las lágrimas. Gerald volvía a tener la sensación de estar participando en un folletín romántico, pero al mismo tiempo extraía un exquisito placer del papel que le habían asignado, de modo que se volcó en ella e hizo todo lo posible por consolar a la pobre mujer que tanto le necesitaba. Acercándose a ella, dijo con la típica impetuosidad de Ned:

—Señorita Muir... No, será mejor que te llame Jean, si eso te reconforta. Escucha: puedes estar segura de que no va a ocurrir nada malo siempre que yo pueda evitarlo. No te asustes innecesariamente. Tienes derecho a sentirte indignada, pero estoy convencido de que estás interpretando incorrectamente a Sydney. Sé que es un hombre violento, pero también es demasiado honrado como para injuriarte con palabras o con hechos. Seguramente sólo te amenazaría con la esperanza de amedrentarte. Deja que hable con él o que le escriba una carta. Es amigo mío, y estoy seguro de que atenderá mis palabras.

—No des nada por seguro. Cuando un hombre como Sydney ama y no es correspondido, no hay nada que pueda controlar su obstinada voluntad. Prométeme que no le verás ni le escribirás. Aunque le temo mucho y le desprecio, prefiero asumir el curso de los acontecimientos que causaros

ningún daño a ti o a tu hermano. ¿Me lo prometes, Coventry?

Gerald duró. Ella continuaba aferrada a su brazo con una sincera súplica que se dibujaba en su rostro ávido y ansioso, y él no pudo oponer resistencia.

—Te lo prometo; pero a cambio, debes prometer que me dejarás ofrecerte toda la ayuda que me sea posible. Y, Jean, jamás vuelvas a decir que no tienes amigos.

—¡Eres tan amable! Dios te bendiga. Pero no puedo aceptar tu amistad; ella no nos lo permitiría, y no tengo derecho a alterar su paz.

—¿Quién no lo permitiría? —exigió Gerald acaloradamente.

—La señorita Beaufort.

—¡Al diablo con la señorita Beaufort! —exclamó Coventry con tanta energía que Jean, a pesar de su agitación, dejó escapar una risa melodiosa. Él se unió a esa reacción y, por unos instantes, se miraron uno a otro como si la última barrera que los separaba se hubiera venido abajo. Eran amigos de verdad.

De pronto, Jean dejó de reír, aunque mantuvo una sonrisa en los labios. Las lágrimas aún mojaban sus mejillas, y esbozó un ademán de advertencia. Gerald prestó atención: el sonido de unas pisadas mezcladas con risas y súplicas era prueba evidente de que alguien andaba buscándolos.

—Esa risa nos ha delatado. Quédate aquí y atiende a esas personas. Yo no puedo hacerlo —comentó Jean mientras salía rápidamente hacia el jardín. Coventry la siguió, ya que la perspectiva de enfrentarse a multitud de preguntas y miradas le abrumaba. Huyó de todo ello como un verdadero cobarde. El rumor de los pasos veloces de Jean lo guiaba, de modo que la alcanzó cuando ella se detuvo detrás de un rosal para descansar.

—¡Eres un caballero muy cobarde! Deberías haberte quedado para cubrir la retaguardia. ¡Escucha! ¡Se están acercando! ¡Debemos escondernos! —exclamó Jean jadeando con una mezcla de temor y de alegría mientras sus perseguidores se acercaban.

»Arrodíllate; está a punto de salir la luna y el destello de tus bordados te traicionará —susurró la institutriz mientras se escondían detrás de las rosas.

—Tus brazos y tu cabello te delatarán a ti. Como dice la canción, «ven a esconderte detrás de mi capa» —y Coventry procuró que su capa de terciopelo cubriera los hombros blancos y los mechones rubios de la joven.

—Ahora estamos actuando en la vida real. ¡Bella se pondrá muy contenta cuando se lo cuente! —exclamó Jean cuando el ruido se desvaneció.

—No se lo cuentes —susurró Coventry.

—¿Y por qué no? —quiso saber la institutriz mientras contemplaba ingenuamente el rostro que tenía pegado al suyo.

—¿No adivinas por qué?

—¡Ah! Eres tan orgulloso que no soportas que se rían de ti.

—No es eso. Es porque no quiero que hablen de nosotros. Tú ya soportas una pesada carga. Ahora soy tu amigo, y haré todo lo posible para demostrártelo.

—¡Eres tan amable! ¿Cómo podría agradecértelo? —murmuró Jean mientras, sin darse cuenta, se acurrucaba en el manto que les protegía.

Por unos breves instantes, Jean y Gerald permanecieron en absoluto silencio, sólo roto por el acelerado palpitar de los dos corazones. Para amortiguar el sonido, Coventry preguntó en voz baja:

—¿Estás asustada?

—No. Me gusta —contestó ella suavemente. Y de pronto, añadió—: Pero ¿por qué nos escondemos? No hay nada que temer. Se hace tarde, y debo marcharme. Te estás apoyando sobre mi pierna. Por favor, levántate.

—¿A qué vienen tantas prisas? Esta huida y persecución añade encanto a la velada. No quiero levantarme. ¿Quieres una rosa, Jean?

—No, no quiero. Déjeme marchar, señor Coventry. Insisto. Esta locura ya ha ido demasiado lejos. Váyase.

Jean habló con autoridad mientras retiraba la capa. Él se levantó de inmediato, como si acabara de despertarse de una pesadilla, y dijo:

—Es lo que intento hacer: irme.

En ese momento, volvieron a escuchar el murmullo de las voces que se aproximaban. Mientras señalaba hacia un camino cubierto que conducía a la casa, Coventry indicó con su habitual tono de voz frío e impassible:

—Corre en esa dirección, yo cubriré tu retirada.

Gerald se dio media vuelta y salió al encuentro de sus perseguidores.

Al cabo de media hora, cuando el grupito se dispersó, la señorita Muir se unió a ellos con su discreto vestido de siempre. Parecía más pálida, dócil y triste de lo normal. Coventry reparó en este detalle, aunque no se dirigió a ella en ningún momento. Lucía también se percató de este hecho, y le encantó que esa joven tan peligrosa hubiera vuelto al lugar que le correspondía, porque por esa noche ya había sufrido bastante. Intentó coger a su primo por el brazo mientras paseaban por el jardín, pero él se mostró, como casi siempre, taciturno, y todos los intentos de Lucía para iniciar una conversación fueron en

vano. La señorita Muir caminaba sola entonando una canción mientras seguía a la pareja en pleno anochecer. ¿Estaría Gerald tan callado porque quería escuchar esa cancioncilla? Lucía estaba convencida de ello, y sintió que su desagrado hacia la institutriz se tornaba rápidamente en odio.

Cuando los jóvenes amigos se marcharon, y la familia se daba las buenas noches, Jean se sorprendió al ver que Coventry le ofrecía la mano por primera vez desde que se conocieron. Entre susurros y la atenta mirada de Lucía, Gerald le susurró:

—Aún no te he dado mi consejo.

—Gracias, pero ya no lo necesito. He tomado una decisión.

—¿Puedo preguntar cuál es?

—Enfrentarme a mi enemigo.

—¡Bien! Pero ¿qué te ha impulsado a tomar esta repentina decisión?

—El hecho de haber encontrado a un amigo —contestó Jean con una mirada de agradecimiento. Acto seguido, se retiró.

CAPÍTULO VI

En guardia

—Si no le importa, señor Coventry, ¿podría decirme si ayer por la noche recibió la carta? —fueron las primeras palabras que saludaron al «amo joven» cuando salió de su habitación a la mañana siguiente.

—¿Qué carta, Dean? No recuerdo haber visto ninguna —respondió Gerald mientras se detenía, ya que las palabras de la criada le sorprendieron.

—Llegó en el preciso instante en que usted se marchó a la mansión Hall, señor. Benson fue a buscarle, ya que la nota era urgente. ¿Acaso no la recibió, señor? —preguntó la mujer con interés.

—Sí, pero creo que me había olvidado de ella hasta este preciso instante. Seguramente estará en el abrigo que llevaba ayer, si es que no la he perdido. Esa absurda representación me hizo perder la cabeza.

Al darse cuenta de que hablaba más para sí que para la criada, Coventry decidió volver sobre sus pasos y recuperar la carta.

Dean se quedó en el pasillo fingiendo estar arreglando las cortinas de la ventana del vestíbulo, aunque en realidad mirara furtivamente en un insólito

ataque de curiosidad.

—¡Creo que no está ahí! —murmuró la criada mientras Coventry metía impacientemente la mano en un bolsillo tras otro. Pero mientras la mujer hablaba, su rostro fue adquiriendo una expresión de asombro porque la carta finalmente apareció.

»¡Habría jurado que no se encontraba allí! No lo entiendo. Debí de confundirme. —Y Dean negó con la cabeza con perplejidad, no con convicción.

Coventry dio un grito de satisfacción al fijarse en el remitente y, sin moverse de donde estaba, rompió el borde del sobre para extraer su contenido.

Querido C,

Me voy a Baden. Ven conmigo, y así permanecerás a salvo de todo peligro; porque si te enamoras de J. M. (y no podrás evitarlo si los dos residís en la misma casa), tendrás que enfrentarte a la insignificante molestia de ver cómo tu cabeza estalla en mil pedazos.

Afectuosamente, F. R. Sydney.

—¡Este hombre está loco! —exclamó Coventry después de leer la carta y de que su rostro se sonrojara de rabia—. ¿Por qué demonios utiliza ese tono en sus palabras? ¡Por supuesto que no le acompañaré! Y en cuanto a su amenaza, me río de ella. ¡Pobre Jean! Este obstinado necio parece insistir en atormentarla. Y bien, Dean, ¿a qué estás esperando? —preguntó Coventry con despecho, como si de repente hubiera reparado en su presencia.

—Nada, señor. Sólo me detuve para ver si había encontrado la carta. Lo lamento, señor.

Tan pronto como la mujer empezó a andar, Coventry le preguntó con una mirada recelosa:

—¿Qué te ha hecho pensar que la había perdido? Por lo visto, hoy te has tomado muchas molestias en mis asuntos.

—En absoluto, señor. Sólo estaba un poco inquieta porque, como Benson es olvidadizo, yo le dije que fuera a buscarlo, ya que, al verlo a usted en el parque, creí que sería lo mejor. Por eso consideré importante preguntarle sobre la carta.

—Muy bien, Dean. Ya puede marcharse. Todo está en orden.

—Yo no estoy muy segura de ello —murmuró la mujer mientras saludaba con una reverencia y se marchaba con aspecto de no creer que la carta hubiese sido encontrada.

Dean era la doncella de la señorita Beaufort, una mujer seria de mediana edad con una mirada intensa y un porte algo sombrío. Puesto que servía en la familia desde hacía mucho tiempo, disfrutaba de todos los privilegios de una criada querida y fiel. Ella dispensaba a su joven señora un afecto que rayaba en los celos. La protegía y la cuidaba como una madre, y se enfadaba si alguien interfería en su labor. Al principio se dejó seducir por Jean Muir porque la compadecía, después empezó a desconfiar de ella y acabó odiándola por ser el motivo de la creciente indiferencia de Coventry hacia su prima. Dean conocía las inquietudes amorosas de Lucía, y aunque ningún hombre, a sus ojos, era suficiente para su señora, aun así honraba a Coventry con su consideración. Sentía afecto por él, y por eso el cambio de Coventry en esos últimos días molestaba a la criada casi con la misma intensidad que desagradaba a la señora. Jean la estuvo observando de cerca, lo cual divirtió a esa afable criatura sin llegar a preocuparla, ya que la lenta mentalidad inglesa de Dean no tenía parangón con la sutil mente de la institutriz. Dean había sido enviada a la mansión la noche anterior para entregar unos trajes, y allí vio algo que la alteró. Se atrevió a comentarlo mientras desvestía a su señorita, pero Lucía, que estaba de un humor de perros, le ordenó tajantemente no escuchar ningún tipo de cotilleo. Dean aún no había podido contar su historia y estaba ansiosa por hacerlo.

Ahora veremos qué interés alberga esa desvergonzada, aunque no se puede averiguar mucho mirándola a la cara, pensó Dean mientras caminaba por el pasillo frunciendo sus cejas negras.

—Buenos días, señora Dean. Espero que se haya recuperado de la velada de ayer por la noche. Usted tuvo que cargar con todo el trabajo y nosotros con la representación —dijo una vocecilla alegre a sus espaldas. La criada se dio media vuelta de inmediato, y vio a la señorita Muir. Pulcra y sonriente, la institutriz sonrió con un aire de cordialidad que habría resultado irresistible para cualquiera menos para Dean.

—Me encuentro perfectamente, gracias, señorita —contestó fríamente mientras su ojo avizor se fijaba en la joven como si quisiera extraer el verdadero significado de sus palabras—. Pude descansar cuando las señoritas y los caballeros se marcharon a cenar, y mientras las doncellas recogían, me senté un rato en la pequeña antesala.

—Sí, ya reparé en usted, pero temí que estuviera pasando frío. Me alegro de que no sea así. ¿Cómo se encuentra la señorita Beaufort? Parecía estar un poco indispuesta ayer por la noche —preguntó la institutriz sosegadamente mientras se arreglaba los flecos de puntilla que colgaban de sus delicadas muñecas. Esa pregunta aparentemente inofensiva era una indirecta ante la insinuación de Dean que ella había presenciado la entrevista entre Coventry y la señorita Muir.

—Se encuentra algo cansada, como es natural después de una velada como ésta. Quizá las personas que están acostumbradas a actuar no acusan tanto ese trajín, pero la señorita Beaufort no disfruta tanto de esos juegos como los demás.

El hecho de que Dean acentuara algunas palabras más que otras produjo el efecto impertinente que deseaba. Pero Jean se limitó a reír para sus adentros y, cuando escucharon los pasos de Coventry tras ellas, bajó corriendo las escaleras no sin antes decir, delicada pero maliciosamente:

—Ahora no puedo detenerme para darle las gracias, no sea que el señor Coventry me dé los buenos días y eso agrave la indisposición de la señorita Beaufort.

Dean le lanzó una mirada de despecho, y se marchó murmurando:

—Esperaré el momento oportuno, pero ésta recibirá su merecido.

Coventry ya se había recuperado de la «absurda situación de la noche anterior», pero sentía curiosidad por conocer la reacción de Jean, de modo que entró en la salita del desayuno con su habitual porte apático e indiferente. Asintió lánguidamente con la cabeza y dedicó un murmullo a los saludos de su prima, su hermana y la institutriz mientras se sentaba a leer el periódico.

—¿Has recibido carta de Ned? —preguntó Bella mirando la nota que todavía sostenía su hermano.

—No —atajó él.

—Entonces ¿de quién es? Tienes aspecto de haber recibido malas noticias.

La pregunta de la niña no obtuvo respuesta y, mirando por encima del brazo de su hermano, Bella pudo atisbar el sello mientras exclamaba con enorme decepción.

—Es el blasón de Sydney Ahora ya no me importa la nota. Las cartas que se intercambian los hombres no son en absoluto interesantes.

La señorita Muir, con su acostumbrada discreción, estaba dando de comer a uno de los perros de Edward, pero cuando escuchó el nombre de Sydney levantó los ojos y su mirada afligida se cruzó con la de Coventry. El joven se compadeció de ella. ¿Por qué debería él molestarse en disimular toda esta confusión? Se preguntaba una y otra vez. Pero al ver el pliegue que adoptaban los labios de Lucía, se dirigió a ella con visible irritación:

—¿Sabías que, últimamente, Dean se está volviendo muy impertinente? Hace demasiadas suposiciones para su edad y tú le consientes demasiado. Ha olvidado su lugar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lucía impasiblemente.

—Interfiere demasiado en mis asuntos y se cree con autoridad para dar órdenes a Benson.

Entonces, Coventry explicó lo sucedido con la carta y la evidente curiosidad de la criada.

—Pobre Dean. Nadie le agradece el hecho de que te recordara lo que habías olvidado. La próxima vez dejará tus cartas a merced de su suerte, y quizá sea lo mejor, si todas ellas surten un efecto tan nefasto en ti, Gerald.

Lucía hablaba sosegadamente, aunque sus mejillas se sonrojaron de repente mientras se levantaba para abandonar la estancia. Coventry parecía muy enfadado, puesto que en el rostro de Jean detectó una tenue sonrisa entre compasiva y satírica que le perturbó más que las insinuaciones de su prima. Bella interrumpió el extraño silencio diciendo, con un suspiro:

—¡Pobre Ned! Tengo tantas ganas de volver a verlo. Pensé que nos habría escrito una nota. A Dean le pareció ver su letra impresa en una carta que ayer había sobre la mesa del vestíbulo.

—Esa mujer parece obsesionada con las cartas. No lo permitiré. ¿A quién iba dirigida la nota, Bella? —preguntó Coventry mientras dejaba el periódico sobre la mesa.

—Ella no quiso o no supo decírmelo, pero parecía muy preocupada y me dijo que te lo preguntara a ti.

—¡Es muy extraño! No me han entregado ninguna carta —repitió Coventry.

—Pero yo he recibido una hace varios días. ¿Sería tan amable de leerla, así como mi contestación? —Y mientras Jean hablaba, colocó las dos cartas delante de él.

—Por supuesto que no. Sería deshonroso leer lo que Ned le ha enviado privadamente a usted. Es demasiado escrupulosa para algunas cosas y muy poco para otras, señorita Muir —replicó Coventry devolviendo ambas cartas con un aire de gravedad, con el que no consiguió ocultar el interés y la sorpresa que sentía.

—Tiene usted razón. La nota del señor Edward debería ponerse a buen recaudo, porque en ella el pobre muchacho vuelca todo su corazón. Pero le ruego que lea la mía, así se dará cuenta de que mantengo mis promesas. ¿Sería usted tan amable, señor Coventry? Tengo derecho a pedírselo.

Jean habló con tanta urgencia, y su aspecto era tan melancólico, que Coventry no pudo resistirse, de modo que se dirigió hasta la ventana y leyó la carta. Sin duda alguna, era una respuesta a un llamamiento apasionado del joven amante, y estaba escrita con gran talento. Mientras leía, Gerald no pudo

evitar pensar: Si esta joven escribe de este modo a un hombre a quien no ama, ¿con qué grado de intensidad y pasión escribiría a su amante? No pudo apartar este pensamiento de la cabeza mientras sus ojos releían cada línea de su perfecta argumentación, su educada réplica, su buen consejo y su amigable consideración. De vez en cuando una palabra, o una frase, traicionaba lo que ella ya había confesado, y Coventry olvidó devolver la carta mientras seguía preguntándose quién era el hombre que tenía robado el corazón de Jean.

El sonido de la voz de Bella le sobresaltó cuando dijo, con una mezcla de amabilidad y petulancia:

—No estés triste, Jean. Estoy segura de que Ned lo superará. Recuerda que, en una ocasión, comentaste que los hombres nunca morían de amor, aunque las mujeres sí podían hacerlo. En la nota que me ha enviado hablaba muy bien de ti y me pedía que fuera amable contigo durante su ausencia, y yo trataré de serlo con todo mi corazón. Aunque de no ser tú el motivo de su desdicha, creo que odiaría a cualquier persona que entristeciera a mi querido Ned.

—Eres muy amable, Bella, y a veces pienso en marcharme para liberaros de mi presencia; pero por peligroso e incoherente que pueda parecer, no tengo el valor para hacerlo. Aquí he sido muy feliz. —Y mientras hablaba, la cabeza de Jean descendió para acariciar afectuosamente al perro.

Antes de que Bella pudiera pronunciar la mitad de las palabras cariñosas que brotaban de sus labios, Coventry se acercó a las jóvenes con un rostro más relajado y, mientras blandía la carta de Jean ante sus ojos, comentó con un tono de voz que insinuaba, como pocas veces lo había hecho, cierta emoción.

—Una carta muy elocuente y muy femenina, pero me temo que sólo incrementará el fuego que pretendía aplacar. Ahora me compadezco más de mi hermano de lo que me compadecía antes.

—¿Debería enviarla? —preguntó Jean mirándole a los ojos como si confiara absolutamente en su criterio.

—Sí, no tengo el valor para prohibir un sermón tan dulce sobre el autosacrificio. ¿Quiere que la envíe por usted?

—Gracias; en unos instantes.

Con un gesto de agradecimiento, Jean bajó la mirada. Sacó su pequeño monedero, eligió un penique, lo envolvió en un trozo de papel y luego le ofreció la carta y la moneda a Coventry con tanta compostura que éste no pudo evitar soltar una carcajada.

—Así pues, no podré decir que me debe un penique. Es usted una mujer muy orgullosa, señorita Muir.

—Lo soy. Es un defecto de familia —contestó la joven con una mirada intensa con la que pretendía recordarle su verdadera pertenencia. Él entendió sus sentimientos y le agradaron, porque sabía que él habría hecho lo mismo en su lugar. Había sido un ademán muy leve de la cara, pero, si se esbozaba con habilidad, daba resultados óptimos porque a él le permitía apreciar su carácter y además delataba la existencia de un orgullo con el que se sentía identificado. Se quedó junto a Jean por unos instantes, viendo cómo la joven quemaba la carta de Edward en el tenue fuego del quinqué que había debajo de la urna.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Coventry de forma involuntaria.

—Porque mi responsabilidad es olvidar —respondió ella escuetamente.

—¿Siempre puedes hacerlo cuando el olvido se convierte en un deber?

—¡Ojalá! ¡Ojalá!

Jean hablaba apasionadamente, como si las palabras brotaran de sus labios en contra de su voluntad, al tiempo que se alzaba apresuradamente para salir al jardín, como si tuviera miedo de quedarse en la sala.

—Pobre y pequeña Jean. Hay algo que la entristece, pero no puedo averiguar qué es. Ayer por la noche la encontré llorando sobre una rosa, y ahora se aleja como si tuviera el corazón partido. Me alegro de no tener clase.

—¿Qué tipo de rosa? —preguntó Coventry desde detrás de su periódico cuando Bella dejó de hablar.

—De una encantadora rosa blanca. Debieron de traérsela de la mansión; aquí no tenemos de esa clase. Me pregunto si Jean estuvo alguna vez comprometida y perdió a su amante, y si se siente sola porque la flor le recuerda a las rosas nupciales.

Coventry no reaccionó a ese comentario, pero su semblante se volvió más serio mientras recordaba la discreta escena detrás del rosal, cuando le entregó a Jean la flor que ella se había negado a aceptar. Poco después, para asombro de Bella, Coventry lanzó el periódico al suelo, rompió la nota de Sydney en mil pedazos y ordenó que prepararan su caballo con una energía que sorprendió a la pequeña.

—Gerald, ¿qué te pasa? Se diría que la turbación típica de Ned se ha apoderado repentinamente de ti. ¿Qué vas a hacer?

—Me voy a trabajar —respondió él de forma inesperada mientras se volvía hacia su hermana con una expresión insólita en su hermoso rostro.

—¿Qué te impulsa a reaccionar de esta manera? —preguntó Bella, quien parecía cada vez más sorprendida de la conducta de su hermano.

—Tú lo has hecho —acusó Coventry mientras atraía a Bella hacia él.

—¡Yo! ¿Cuándo, cómo?

—¿Recuerdas que en una ocasión dijiste que la vitalidad en un hombre era más atractiva que la belleza, y que nadie podía respetar a un holgazán?

—Jamás dije algo tan sensato como eso. Creo que Jean hizo algún comentario de este tipo en una ocasión, pero lo había olvidado. ¿Por fin estás cansado de no hacer nada, Gerald?

—Sí. No he cumplido mis obligaciones con Ned, y ahora que él se ha metido en problemas, me lo reprocho a mí mismo. No es demasiado tarde para emprender esas tareas pendientes, así que voy a cumplirlas con determinación. No digas nada a nadie sobre esto, y no te rías, Bella, porque hablo en serio.

—Ya lo veo, y admiro esta nueva determinación tuya, querido hermano —gritó Bella con entusiasmo mientras rodeaba el cuello de Coventry con sus brazos y lo besaba con admiración—. ¿Qué vas a hacer primero? —preguntó la niña mientras él trataba de tranquilizar a la brillante cabecita que reposaba sobre su hombro con esa nueva expresión clara y serena en su rostro.

—Voy a recorrer toda la región y ocuparme de los asuntos que me corresponden como amo; no delegues toda la responsabilidad en Bent, porque he oído muchas quejas sobre él aunque he sido demasiado vago para querer ocuparme de ellas. Hablaré con el tío, y procuraré ser todo lo que mi padre fue en su día. ¿Crees, querida, que se trata de una ambición saludable?

—Oh, Gerald, déjame decírselo a mamá. Se pondrá tan contenta. Eres su ídolo, y oírte decir estas cosas, ver cómo te parecen tanto a nuestro querido padre le levantará más el ánimo que todos los médicos de Inglaterra.

—Debemos esperar un poco para que mi resolución se mantenga firme. Cuando realmente haya hecho algo de provecho, entonces sorprenderé a mamá con una demostración de mis esfuerzos.

—¿Se lo contarás a Lucía?

—Bajo ningún concepto. Es un pequeño secreto entre tú y yo, de modo que no abras la boca hasta que yo te lo indique.

—Pero Jean se dará cuenta; se percata de todo lo que ocurre a su alrededor. Es una mujer muy sabia y rápida de reflejos. ¿Te importa que ella lo sepa?

—No sé si puedo evitarlo, ya que la muchacha está dotada de unos dones extraordinarios. No me importa que se dé cuenta de esta nueva situación. Ahora, debo irme.

Después de dar un beso a su hermana y de esbozar una sonrisa, Coventry fue a buscar su caballo, y cabalgó a tal velocidad que el mozo de cuadra no pudo evitar su sorpresa.

No se supo nada más de él hasta la hora de la cena, cuando entró en el comedor tan contento por su vigoroso paseo y el ajetreo de la mañana que tuvo dificultades para adoptar su habitual estado sombrío, y en más de una ocasión impresionó a la familia charlando animadamente sobre algunos temas que siempre le habían resultado aburridísimos. Lucía se sorprendió, su madre mostró entusiasmo y Bella apenas podía controlar su deseo de explicar la misteriosa conducta de su hermano; pero Jean adoptó una actitud discreta y trató a Coventry como si dijera: «Lo entiendo, pero no tardarás mucho en cansarte». Esto le irritaba más de lo que Coventry estaba dispuesto a admitir, y se esforzó por contradecir silenciosamente esta profecía.

—¿Has contestado a la carta del señor Sydney? —preguntó Bella cuando, después de la cena, la familia se dispersó para dirigirse a la salita.

—No —contestó su hermano, quien caminaba inquietamente de un lado a otro del comedor, en vez de sentarse junto a su hermosa prima.

—Te lo pregunto porque recuerdo que Ned le mandaba un mensaje en mi última nota porque pensaba que tú conocerías la dirección de Sydney. Aquí está. Es algo sobre un caballo. Por favor, menciónaselo cuando escribas —comentó Bella dejando la nota sobre un pequeño escritorio que tenía cerca.

—La enviaré de inmediato para poner fin a toda esta cuestión —murmuró Coventry mientras se sentaba. Redactó unas cuantas líneas, cerró la carta, la selló y luego siguió caminando de un lado a otro de la sala fijándose atentamente en las tres jovencitas, cuyas expresiones no podían ser más distintas. Lucía se había sentado separada de las otras dos muchachas y fingía estar absorta en la lectura de un libro; su hermoso rostro adoptó un aire severo debido a su altiva compostura, porque, aunque su corazón se sentía herido, era una mujer demasiado orgullosa como para reconocerlo. Bella, la niña de mejillas sonrojadas y de inocente belleza, estaba medio dormida en el sofá. La señorita Muir estaba sentada junto al alféizar de una ventana muy honda bordando un cuadro con tan elegante diligencia que era todo un regalo para la vista. Últimamente, el vestuario de la institutriz era más colorido, ya que Bella le había hecho algunos generosos regalos, y la muselina azul claro que caía formando unas suaves ondas sobre sus hombros resaltaba el color pálido de su piel y su cabellera rubia. Había sustituido las trenzas por unos rizos que caían de un moño recio y muy bien peinado. Podía apreciarse la punta de uno de sus delicados pies, y el sutil pero petulante gesto que de vez en cuando retiraba la manga caída de su vestido dejaba entrever un brazo blanco y bien proporcionado. El enorme perro de caza de Ned descansaba cerca de las muchachas, los rayos de sol se filtraban entre las hojas de los árboles y Jean permanecía sentada sonriendo para sus adentros, mientras sus habilidosas manos bordaban la forma de una hoja y una flor, lo que configuraba un retrato encantador de todas las cualidades indiscutibles de una mujer, un retrato en el

que pocos hombres no se habrían fijado.

Junto a Jean había una silla vacía, y mientras Coventry iba de un lado para otro, un intenso deseo se apoderó de él. Se estaba hartando de sus pensamientos y quería divertirse presenciando los cambios en el expresivo rostro de la joven, escuchando los variados tonos de su voz e intentando descubrir el hechizo que, muy a su pesar, tanto le atraía. En más de una ocasión se había desviado de su camino para satisfacer este deseo, pero la presencia de Lucía le contuvo, y, valiéndose de una palabra amable hacia el perro o una mirada furtiva hacia la ventana como excusa para hacer una pausa, reemprendió su camino. El rostro de su prima dejaba entrever un matiz de reproche, pero últimamente Lucía se había mostrado tan antipática que no tenía ganas de recuperar su antigua intimidad con ella, y como deseaba demostrarle que no se sentía unido a nadie, se mantuvo ausente y distante. Era una sutil prueba del poder que ejercía cada una de esas mujeres sobre este hombre; ambas lo percibían instintivamente, y ambas trataban de ganar. Lucía habló en varias ocasiones tratando de mostrarse sincera y afable; pero, en el fondo, su tono de voz era forzado, y Coventry respondió educadamente antes de sumergirse en un profundo silencio. Jean no abrió la boca, sino que centró toda su atención en mantener el hermoso cuadro que había compuesto de sí misma, tarareando suavemente una cancioncita como si no reparara en el hecho de que estaba acompañada. De vez en cuando, levantaba la vista y sus ojos transmitían una mezcla de alegría y melancolía que resultaba mucho más atractiva que una figura esbelta o una voz dulce. Después de atormentar a Lucía y de tentar a Coventry durante un buen rato, afirmó discretamente su supremacía de un modo asombroso para su rival, quien desconocía el secreto de su nacimiento, un dato que contribuyó mucho a atraer y cautivar al joven Coventry. Tras dejar caer una madeja de hilo de seda que tenía en el regazo, lo contempló mientras rodaba hasta los pies del paseante, quien lo recogió y lo devolvió con tal presteza que tan insignificante gesto adquirió un gran encanto.

La institutriz aceptó la madeja y dijo, con un tono de voz sincero que siempre había gustado a Coventry:

—Creo que debe de estar cansado; pero si le viene bien algo de actividad, dedique sus energías a algún propósito y ordene las madejas que están en el cesto de su madre. Están todas revueltas, y a ella le gustará saber que las ha ordenado, tal y como solía hacer su hermano.

—Hércules entregado a tareas femeninas —replicó Coventry despreocupadamente mientras se acomodaba en su anhelado asiento. Jean le colocó el cesto sobre la rodilla y Coventry se dedicó a observarla detenidamente, como si de repente se sintiera abrumado por la labor. Ella se reclinó en su asiento y soltó unas suaves carcajadas que resultaron

encantadoras. Lucía no daba crédito a sus ojos, que veían a su orgulloso e indolente primo obedeciendo las órdenes de una institutriz como si fuera lo que él más deseara del mundo. Al cabo de diez minutos, los demás la ignoraron por completo, ya que Jean pareció adoptar su actitud más alegre e ingeniosa y tratar al «amo joven» como a su igual tras aparcarse su acostumbrada timidez sumisa. Sin embargo, a menudo bajaba la mirada, su tez adquiría otro color y pronunciaba una serie de ocurrencias mientras Coventry contemplaba, casi involuntariamente, los delicados ojos que con tanta ternura se habían posado sobre él durante la representación teatral. Era incapaz de olvidar ese momento, y a pesar de que nadie había hecho alusión a él, el recuerdo de la noche anterior parecía atormentar a la pareja y añadir cierto encanto a ese momento. Lucía intentó sobrellevar la situación lo mejor posible, y al final abandonó la estancia con aires de princesa ultrajada. Pero Coventry no salió de la sala, y Jean fingió no darse cuenta de la partida de Lucía. Bella se quedó profundamente dormida, y, sin darse cuenta, el joven empezó a escuchar la historia de la vida de la institutriz. Era un relato triste contado con gran habilidad que cautivó por completo a su interlocutor. El hilo resbaló de su rodilla sin que él reparara en ese hecho, apartó al perro e, inclinándose hacia delante, centró su atención en la voz baja de la joven mientras relataba todos los infortunios, la soledad y el dolor de su corta vida. En medio de uno de esos conmovedores episodios, la joven pareció sobresaltarse. Se detuvo y alzó la vista para mirar en línea recta con una poderosa expresión que acabó convirtiéndose en un gesto de profundo desprecio. Luego se volvió hacia Coventry y dijo, señalando hacia la ventana que quedaba tras de él:

—Estamos siendo observados.

—¿Por quién? —preguntó él sobresaltado y enfadado.

—No digas nada, ya se cansarán. Estoy acostumbrada a ello.

—Pero yo no, y no pienso tolerarlo. ¿Quién nos vigila, Jean? —dijo Coventry acaloradamente.

La institutriz sonrió al ver el nudo de un lazo color rosa que una breve ráfaga de viento arrastraba por el suelo de la terraza. Coventry frunció el ceño, oscureciendo así su rostro, y se levantó del alféizar del ventanal para perderse rápidamente de vista y examinar a fondo cada rincón del jardín. Jean se reía entre dientes al contemplar la escena, y murmuró para sí misma con la mirada puesta en el lazo que revoloteaba: «Fue un accidente muy afortunado y un feliz momento de inspiración. Sí, mi querida señora Dean, descubrirá que jugar a espías sólo servirá para causarles problemas a usted y a su señorita. Ya fue advertida de ello y ahora debe pagar las consecuencias, a pesar de que no deseo herir a una persona tan valiosa como usted».

Coventry no tardó mucho en volver. Jean escuchaba con la respiración contenida para captar sus primeras palabras, ya que el joven traía compañía.

—Ya que insiste en que fue usted y no su señora, dejaré pasar esta cuestión por esta vez, aunque sigo albergando mis sospechas. Dígale a la señorita Beaufort que deseo verla en la biblioteca. Ahora váyase, Dean, y sea cuidadosa en el futuro, si es que quiere conservar su puesto en esta casa.

La criada se retiró, y Coventry regresó al salón con un porte serio cargado de ira.

—Desearía no haber dicho nada, pero la situación me cogió desprevenida, y hablé más de la cuenta. Ahora estás enfadado, y he causado problemas a la pobre señorita Lucía. Perdóname como yo la perdono a ella y olvidemos esta situación. He aprendido a soportar su vigilancia, y me compadezco de sus celos infundados —comentó Jean como si se estuviera haciendo reproches a sí misma.

—Olvidaré este acto deshonesto, pero no puedo perdonarlo. Además, quiero poner fin a esta situación. Como ya te he dicho, no estoy comprometido con mi prima, pero tú, al igual que todos los demás, parecéis convencidos de que sí lo estoy. Hasta el momento, no me he preocupado demasiado por resolver este malentendido, pero ahora dejaré absolutamente claro que soy un hombre libre.

Después de pronunciar la última palabra, Coventry miró a Jean de una manera que afectó a la muchacha de forma misteriosa. Palideció antes de dejar caer su labor de costura sobre su regazo y mirar a Coventry con ojos inquisidores y afanosos que poco a poco mudaron hacia una mezcla de dolor y compasión al girar la cara y murmurar en un tono de tierna tristeza: «Pobre Lucía: ¿Quién la consolará?».

Por unos instantes, Coventry permaneció en silencio como si estuviera reflexionando sobre un funesto destino. Cuando el suspiro embelesado de compasión de Jean alcanzó sus oídos, éste pareció resonar dentro de él y acabó arrepintiéndose de su decisión; entonces, su mirada recayó en la joven que estaba ante él, y como parecía ser la única capaz de compadecerse de los demás, su corazón deseó sentirse muy próximo a ella. Un fulgor repentino alumbró sus ojos; la calidez sustituyó a la fría rigidez de su rostro, y su tono firme tembló de repente mientras decía, en voz muy baja pero decidida:

—Jean, he tratado de amarla, pero no puedo. ¿Acaso debería engañarla y asumir mi infidelidad para satisfacer a mi familia?

—Es una joven hermosa y buena, y te ama tiernamente. ¿No hay ninguna esperanza para ella? —preguntó la pálida Jean en voz baja. Después, la joven colocó una mano contra su corazón, como si quisiera aplacar u ocultar sus

intensos latidos.

—Ninguna —respondió Coventry.

—¿Pero no puedes aprender a amarla? Tienes una gran voluntad, y la mayoría de los hombres no tendría ningún reparo en quedarse con ella.

—Yo no puedo por razones más poderosas que escapan completamente a mi control.

—¿Qué razones? —preguntaron los ojos negros de Jean mientras miraban fijamente a Coventry llenos de inocente asombro.

Coventry respondió atropelladamente.

—Aún no puedo decírtelo.

—¡Perdona! No debí preguntar. Será mejor que no hablemos de este tema, no soy la persona más indicada para darte consejos. Sólo digo que cualquier hombre con el corazón libre estaría encantado de tener a su lado a una mujer tan hermosa como tu prima.

—Mi corazón no está libre —replicó Coventry acercándose un paso más hacia Jean y hablando con un tono de voz apasionado—. Jean, debo contarte algo. Escúchame. No puedo amar a mi prima porque te amo a ti.

—¡Espera! —exclamó Jean mientras se levantaba esbozando un gesto autoritario—. No te escucharé si una cosa te compromete a otra. Recuerda los deseos de tu madre, las esperanzas de Lucía, las últimas palabras de Edward, tu propio orgullo y mis orígenes humildes. No sabe lo que dice, señor Coventry. Piense antes de hablar, sopesese el coste de dicha acción y recuerde quién soy antes de insultarme con una pasión pasajera y falsas promesas.

—Ya he pensado y sopesado el coste, y te prometo que deseo cortejarte con la misma humildad y honestidad que dedicaría a cualquier dama de la comarca. Tú me hablas de orgullo, ¿pero acaso me he esforzado por amar a mi igual en rango? Me hablas de tu humilde destino, pero la pobreza no es ninguna desgracia, y el valor con la que tú la soportas incluso la ennoblece. Debí de haber roto con Lucía antes de hacer una proposición, pero no pude contenerme. Mi madre te adora, y ella se alegrará de mi felicidad. Edward acabará perdonándome, ya que lo he intentado todo. Pero mi amor es irresistible. Dime, Jean, ¿hay alguna esperanza para mí?

Coventry había cogido la mano de Jean y hablaba impetuosamente con un rostro ardiente y un tono de voz tierno, pero la institutriz no pronunció ni una palabra porque, cuando volvió su elocuente semblante hacia él, expresando su vergüenza como mujer y su tímido amor hacia él, la recatada figura de Dean apareció en el umbral de la puerta y su voz áspera interrumpió ese momentáneo silencio mientras anunciaba con gravedad:

—La señorita Beaufort le está esperando, señor.

—Acude de inmediato, y sé amable con ella, Gerald. Hazlo por mi bien —susurró Jean, ya que Coventry parecía estar sordo y ciego a todo lo que ocurría a su alrededor, y sólo prestaba atención al rostro y a la voz de la señorita Muir.

Mientras ella inclinaba la cabeza para susurrarle unas palabras a su admirador, sus mejillas se rozaron y, para asombro de Dean, él la besó apasionadamente mientras añadía con un susurro:

—Mi pequeña Jean. Por ti puedo hacerlo todo.

—La señorita Beaufort está esperando. ¿Debo decirle que le espere, señor? —preguntó Dean con el rostro pálido, serio y cargado de indignación.

—Sí, sí, dile que iré. Espérame en el jardín, Jean —indicó Coventry mientras se dirigía con presteza al encuentro de su prima, no porque tuviera ganas de verla, sino porque quería acabar con ella.

Una vez que la puerta se cerró a sus espaldas, Dean se acercó a la señorita Muir temblando de irritación y, mientras colocaba su pesada mano sobre el rostro de la joven, advirtió con un susurro:

—Siempre supe que ocurriría algo así, porque te crees muy lista. Reconocí tu juego e hice lo posible para destruirlo, pero eres demasiado rápida para mí. Crees que lo tienes en tu poder, pero en eso te equivocas. Porque como me llamo Hester Dean que te lo impediré, o bien lo hará sir John.

—Retira esa mano y trátame con el debido respeto, o de lo contrario serás despedida de esta casa. ¿Sabes quién soy? —y Jean se levantó adoptando un aire altivo, un gesto que impresionó a la mujer de una forma más profunda que sus palabras—. Soy la hija de lady Howard, y, si ése es mi deseo, me convertiré en la esposa del señor Coventry.

Dean se quedó sorprendida y dio un paso atrás. Como era una criada muy educada, así como una mujer prudente, temió traspasar los límites del respeto, ir demasiado lejos, y que ella y su señora acabaran teniendo problemas. Así pues, aunque seguía dudando de las palabras de Jean y la odiaba más que nunca, refrenó sus impulsos. Hizo una educada reverencia a modo de saludo, asumió su habitual aire de deferencia y contestó con un tono de voz sumiso:

—Le pido perdón, señora. De haberlo sabido, me habría comportado de forma distinta, por supuesto, pero las institutrices normales y corrientes suelen crear problemas en una casa, y resulta inevitable desconfiar de ellas. No quiero entrometerme ni pasarme de lista, pero como tengo en gran estima a mi joven señorita, naturalmente me pongo de su parte, y debo decir que el señor Coventry no ha actuado como un caballero.

—Piense lo que usted quiera, Dean, pero le recomiendo, que diga lo menos

posible si quiere quedarse en esta casa. Todavía no he aceptado al señor Coventry, y si él decide liberarse del compromiso que su familia preparó para él, creo que tiene todo el derecho a hacerlo. La señorita Beaufort tampoco querría casarse con el señor Coventry en contra de la voluntad de éste, puesto que él sólo podría compadecerla por su desdichada unión —aclaró Jean esbozando una sonrisa tranquila antes de abandonar la estancia.

CAPÍTULO VII

La última oportunidad

Se lo contaré a sir John, ¿verdad? Porque si es así, debo adelantarme a ella y acelerar los acontecimientos. Será mejor asegurarse de todo antes de que ocurra algún incidente. Mi pobre Dean, no estás a mi altura, pero eres un incordio de todos modos.

Estos pensamientos cruzaron la mente de la señorita Muir mientras atravesaba el vestíbulo y se detenía unos instantes junto a la puerta de la biblioteca a escuchar el murmullo de voces. No pudo discernir ninguna palabra, y sólo dispuso de unos breves momentos, porque Dean la estaba siguiendo de cerca. Jean se dio media vuelta y acercó una silla. Luego llamó con señas a la mujer y dijo sin dejar de sonreír:

—Siéntese aquí a jugar al perro faldero. Me voy al cuarto de Bella y, si así lo desea, puede dar una cabezada.

—Gracias, pero esperaré a mi señorita. Es posible que me necesite después de este duro trance —respondió Dean mientras se sentaba con el rostro enjuto.

Jean se echó a reír y prosiguió su marcha, aunque sus ojos brillaban con una repentina malicia. Miró sobre su hombro con una expresión que no resultaba nada halagüeña para la fiel y veterana criada.

—He recibido carta de Ned, y aquí hay una breve nota para ti —gritó Bella cuando Jean entró en el estudio—. La mía es una carta muy rara, escrita con precipitación, y apenas contiene noticias nuevas. Sólo habla de su encuentro con Sydney. Espero que la tuya sea mejor, o de lo contrario no quedaremos demasiado satisfechas.

Cuando la niña pronunció el nombre de Sydney, la institutriz se puso pálida y la nota empezó a oscilar por efecto de su mano temblorosa. Sus labios perdieron su color, pero dijo con serenidad:

—Gracias. Puesto que estás muy ocupada, saldré a leer mi carta al jardín —y, antes de que Bella tuviera tiempo de protestar, Jean desapareció.

Mientras se dirigía hacia un rincón tranquilo, Jean abrió la nota y leyó las pocas líneas borrosas que contenía:

He visto a Sydney; me lo ha contado todo, y, por mucho que me costara creerlo, era imposible dudarlo, porque ha descubierto pruebas que son irrefutables. No se lo reprocho, y no exigiré confesión ni reparación alguna, porque no puedo olvidar que te he amado. Te doy tres días para encontrar otra casa antes de que yo regrese y le cuente a toda la familia quién eres en realidad. Te ruego que te apresures para evitarme el dolor de presenciar tu desgracia.

Poco a poco, y con actitud firme, Jean leyó y repasó la carta. Luego se sentó sin decir ni hacer nada mientras fruncía el ceño absorta en sus pensamientos. Después respiró hondo, rompió la nota en mil pedazos, se levantó, y se dirigió lentamente hacia la mansión Hall repitiéndose a sí misma: «¡Tres días, sólo tres días! ¿Qué puedo hacer en tan breve espacio de tiempo? Tendré que apañármelas con algo de voluntad e ingenio, porque ésta es mi última oportunidad. Si me falla, no podré regresar a mi antigua vida, sino que seré testigo de mi final».

Jean apretó los dientes y cerró las manos formando un puño, como si un desagradable recuerdo se hubiera apoderado de ella mientras avanzaba entre la luz del atardecer. Descubrió que sir John la estaba esperando para darle una cálida bienvenida.

—Pareces cansada, querida. Será mejor que esta noche no leas. Deja el libro por una noche y descansa —comentó él con amabilidad después de haber reparado en su aspecto cansado.

—Gracias, señor. Estoy agotada, pero prefiero leer, de lo contrario no podré acabar el libro antes de marcharme.

—¡Marcharte! ¿Adónde vas? —preguntó sir John al sentarse con visible ansiedad.

—Ya se lo contaré después, señor —y abriendo el libro, Jean leyó durante un rato. Pero su encanto habitual había desaparecido; la voz de la lectora estaba carente de energía, y el rostro del oyente no delataba interés, con lo cual éste dijo de forma brusca:

—Por favor, querida, espera. No puedo escucharte con la mente dividida. ¿Qué te preocupa? Cuéntaselo a tu amigo, y permíteme ofrecerte mi ayuda.

Cuando sus palabras amables hicieron mella en ella, Jean dejó caer el libro, se tapó la cara con las manos y lloró con tanta amargura que sir John se preocupó, ya que una escena como ésa resultaba doblemente conmovedora en alguien que es la amabilidad y la compostura personificadas. Mientras trataba

de tranquilizarla, sus palabras denotaban cada vez mayor ternura, su solicitud se convirtió en algo más que una típica preocupación paternal y su amable corazón se llenó de compasión y afecto hacia esa joven apenada. Cuando ella se hubo calmado un poco, sir John le instó a ser franco con él, prometiéndole ayuda y consejo, fuera cual fuera el dolor que sintiera o el error que hubiera cometido.

—Es usted muy amable y generoso. ¿Cómo puedo ser capaz de marcharme y abandonar a mi única amistad? —suspiró Jean mientras se secaba las lágrimas y le miraba con ojos llenos de agradecimiento.

—Entonces, ¿te preocupas por un hombre viejo como yo? —preguntó sir John con interés, resultado de una presión involuntaria de la mano que sostenía.

Jean apartó el rostro y respondió en voz muy baja:

—Nadie me ha tratado tan bien como usted. ¿Cómo puedo evitar preocuparme por usted más de lo que puedo expresar?

Sir John padecía de una leve sordera, pero pudo escuchar las últimas palabras de la joven y parecía muy satisfecho. Últimamente se había mostrado muy considerado con Jean, se había vestido con un cuidado inusual y se había mostrado especialmente amable y contento cuando una jovencita visitaba su casa. En más de una ocasión, cuando Jean hacía una pausa en la lectura para formular una pregunta, se había visto obligado a confesar que no estaba escuchando. Sin embargo, ella sabía perfectamente que sir John la había estado observando. Desde que explicó los avatares de su nacimiento, él se había comportado de un modo especialmente amable; muchos detalles revelaban el interés y buena voluntad de él hacia la joven.

Cuando Jean mencionó el tema de su partida, el pánico se apoderó de él, y la desolación pareció cernirse sobre la vieja mansión. A sir John le resultó extraña la inusual agitación de la muchacha, y eso despertó su curiosidad. Jamás le había parecido tan interesante como hasta entonces, mientras ella permanecía sentada junto a él con ojos llorosos y una congoja en su corazón que no se atrevía a confesar.

—Cuéntamelo todo, querida, y permíteme ayudarte.

Antes había mencionado las palabras «padre» o «anciano», pero últimamente siempre se consideraba un «amigo» de Jean.

—Se lo contaré, puesto que no tengo a nadie más a quien recurrir. Debo marcharme porque el señor Coventry es lo suficientemente débil como para amarme.

—¿Te refieres a Gerald? —preguntó sir John sorprendido.

—Sí, hoy me ha revelado sus intenciones, y además quiere romper con Lucía. Le pido su ayuda para que él no traicione los planes y las esperanzas de su madre.

Sir John se levantó sobresaltado y empezó a caminar por la salita, pero cuando Jean hizo una pausa, él se volvió hacia la joven y le dijo con el rostro visiblemente alterado:

—Siendo así, ¿tú no le amas? ¿Es eso posible?

—No, no le amo —respondió con diligencia.

—Pero él es el tipo de hombre al que las mujeres encuentran atractivo. ¿Cómo es posible que escaparas a sus encantos, Jean?

—Amo a otro hombre —respondió la joven con un tono de voz apenas perceptible.

Sir John volvió a sentarse dándose aires de un hombre dispuesto a desentrañar un difícil misterio.

—Sería injusto hacerte sufrir por la locura de estos dos muchachos, mi pequeña. Ned se ha marchado, y yo estaba convencido de que Gerald quedaba al margen. Pero este nuevo giro de los acontecimientos me deja perplejo, ya que él no puede marcharse.

—No, soy yo quien debe irse. Pero me resulta difícil tener que abandonar este hogar tan seguro y feliz y volver a adentrarme en el vasto, frío y cruel mundo. Todos ustedes han sido muy amables conmigo, y una separación me rompería el corazón.

Jean acabó su discurso con un leve sollozo, y volvió a taparse la cara con las manos. Sir John se quedó mirando a la muchacha por unos instantes, y su rostro maduro se colmó de genuina emoción mientras decía lenta y cuidadosamente:

—Jean, ¿aceptarías quedarte para ser la hija de este hombre anciano y solitario?

—No, señor —respondió la institutriz de forma inesperada.

—¿Y por qué no? —quiso saber sir John, sorprendido. De pronto, percibió que sus emociones de ira se convertían en algo mucho más placentero.

—Porque no puedo ser hija suya; y aunque pudiera serlo, no sería muy acertado, porque se rumorearía que usted no tiene edad adecuada para ser el padre adoptivo de una joven como yo. Sir John, aunque soy joven, también soy una persona de mundo, y estoy convencida de que este plan no es factible. Pero se lo agradezco desde lo más hondo de mi corazón.

—¿Qué vas a hacer, Jean? —preguntó sir John después de una pausa.

—Me iré a Londres y trataré de encontrar otro empleo en el que no pueda causar ningún daño.

—¿Crees que te costará encontrar otra casa?

—Sí. No puedo pedirle referencias a la señora Coventry cuando, sin pretenderlo, he causado tanto dolor a su familia. Y lady Sydney se ha marchado, de modo que no me quedan más amigos.

—Excepto John Coventry. Yo me ocuparé. ¿Cuándo te marchas, Jean?

—Mañana.

—¡Tan pronto! —exclamó la voz del caballero, revelando así lo que él trataba de ocultar. Jean había adoptado una actitud muy serena, pero era el tipo de serenidad que precede a la desesperación. Jean esperaba que las primeras lágrimas desencadenaran la confesión que ella estaba esperando. No fue así, y empezó a temer que su última oportunidad se le escapara de las manos. ¿Ese hombre la amaba? Si era así, ¿por qué no declaraba sus intenciones? Deseosa de aprovechar cada instante, se mantuvo alerta ante cualquier reacción de su interlocutor, cualquier pista, cualquier palabra, mirada o acción imprudentes. Se estaba poniendo nerviosa.

—Jean, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo sir John.

—Por supuesto que sí, señor.

—¿Y no puede ayudarte el hombre al que amas?

—Podría hacerlo, si él lo supiera, pero no debe saberlo.

—¿Saber el qué? ¿Tus problemas actuales?

—No. Mi amor.

—En ese caso, ¿conoce tus intenciones?

—¡Por supuesto que no! Y nunca las sabrá.

—¿Y él te ama, querida?

—No lo sé. Espero que no —murmuró Jean.

—¿Y no puedo ayudarte en este terreno? Créeme, deseo verte feliz y a salvo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Nada, absolutamente nada.

—¿Podría, al menos, saber el nombre de esa persona?

—¡No, no! Déjeme en paz. ¡No soporto tantas preguntas! —y el rostro desolado de Jean le advirtió que debía acabar con su interrogatorio.

—Perdóname. Pero déjame hacer lo que esté en mis manos. Quédate aquí a descansar un rato. Escribiré una carta a un buen amigo mío que podrá encontrarte una casa si decides marcharte.

Mientras sir John se adentraba en el interior de su estudio, Jean le observaba con ojos desesperados, retorciendo las manos y diciendo para sus adentros: ¿Acaso me fallan mis habilidades cuando más las necesito? ¿Cómo puedo hacérselo entender sin traspasar los límites de la modestia propia de una institutriz? Es un hombre tan ciego, tan tímido o tan estúpido que no comprende lo que ocurre a su alrededor, y no tengo tiempo que perder. ¿Qué podría hacer para abrirle los ojos?

La señorita Muir echó un rápido vistazo a la habitación en busca de algunos objetos que pudieran serle de ayuda y no tardó mucho en encontrarlos. Detrás del sofá donde había permanecido sentada colgaba una hermosa miniatura de sir John. Al principio, se fijó en el contraste de la plácida hermosura del adorno con la inusual palidez y agitación del rostro en carne y hueso que podía ver a través de la puerta abierta, mientras el anciano se sentaba en su escritorio para tratar de escribir y mirar furtivamente a la mujer que había dejado tras él. Jean fingió no darse cuenta de ello, y miró el cuadro como si éste fuera el único objeto que existía en la casa. De repente, como si obedeciera a un impulso irresistible, descolgó el cuadro, lo miró larga y tiernamente y después, mientras se toqueteaba los rizos de la cara como si quisiera ocultar sus acciones, se lo acercó a los labios y rompió a llorar en una explosión incontrolada de tierno dolor. Un sonido la sobresaltó, y, fingiendo sentirse culpable, devolvió el cuadro a su sitio; pero éste le resbaló de las manos y Jean dejó escapar un grito amortiguado antes de esconder su rostro debajo de ambas manos, porque sir John se había colocado junto a ella con una expresión en el rostro que no podía disimular.

—Jean, ¿por qué has hecho eso? —preguntó el hombre con avidez e inquietud.

La joven no contestó, sino que pareció hundirse cada vez más por el peso de la culpa. Sir John colocó la mano sobre la cabeza agachada de Jean y, mientras inclinaba también la suya, susurró:

—Dime. ¿Ese nombre es John Coventry?

Jean seguía sin contestar, pero un sonido reprimido la traicionó.

—Jean, ¿debo volver para escribir la carta o puedo quedarme para decirte que este hombre mayor te quiere más que como a una hija?

Jean no habló, pero dejó caer una delicada mano desde el pelo alborotado, como si quisiera retenerlo. Él la detuvo con una exclamación entrecortada y luego la abrazó acercando su cabellera gris a la rubia de la joven, que estaba

demasiado contenta para poder articular palabra. Por unos instantes, Jean Muir saboreó su éxito; luego, temiendo que algún imprevisto destruyera el encanto de la situación, se apresuró a asegurarla. Mientras levantaba la cabeza con una timidez muy bien fingida y un aparente afecto, dijo con delicadeza:

—Perdóname por no saber ocultar mejor mis sentimientos. Quería marcharme de aquí y no revelar nunca mi secreto, pero tú has sido tan amable que mi partida resultaba doblemente dolorosa. ¿Por qué me hiciste esas preguntas tan peligrosas? ¿Por qué mirabas cuando debías estar escribiendo mi carta de renuncia?

—¿Cómo podía imaginar que tú me amabas, Jean, cuando rechazaste la única oferta que me atreví a hacer? ¿Acaso podía ser tan presuntuoso como para suponer que rechazarías a dos jóvenes apuestos por mí? —preguntó sir John mientras acariciaba a Jean.

—Tú no eres demasiado mayor para mí, sino que representas todo lo que amo y honro —le interrumpió Jean con un toque de sincero remordimiento, mientras su generoso y honorable caballero le entregaba su casa y su corazón, inconsciente de todo engaño—. Soy yo la presuntuosa por atreverme a amar a alguien que está por encima de mí. Pero no me di cuenta de lo mucho que te quería hasta que supe que tenía que marcharme. No debería aceptar tanta felicidad. No me la merezco. Y tú lamentarás tu amabilidad cuando el mundo te culpe por abrir las puertas de tu casa a una joven pobre, sencilla y humilde como yo.

—No digas nada más, querida. Los cotilleos de este mundo ocioso no me interesan en absoluto. Si hallas la felicidad en este hogar, las habladurías no tienen por qué importarnos. Yo estaré demasiado ocupado disfrutando del calor de tu presencia como para prestar atención a lo que ocurra a mi alrededor. Pero Jean, ¿estás segura de que me amas? Me parece increíble recibir el amor de un corazón que ha sido indiferente a hombres más jóvenes e interesantes que yo.

—Querido sir John, te aseguro que te amo sinceramente. Haré todo lo posible para ser una buena esposa para ti, y para demostrarte que, a pesar de todos mis defectos, poseo la virtud de la gratitud.

Si él hubiera conocido las dificultades en las que se encontraba Jean, habría entendido el verdadero motivo del candor de sus palabras, la intensa gratitud que se reflejaba en su rostro y la auténtica humildad que la llevó a inclinarse y a besar la generosa mano que tanto le ofrecía. Por unos instantes, Jean disfrutó de ese hermoso e imperturbable presente. Pero la angustia que la devoraba y el peligro que la amenazaba no tardaron en asomar la cabeza, y la obligaron a retener a ese corazón inocente que acababa de conquistar.

—Ahora no es necesario escribir ninguna carta —contestó sir John mientras se sentaban uno al lado del otro bajo la luz de la luna veraniega que iluminaba gloriosamente la estancia.

»Has encontrado un hogar en el que puedes quedarte el resto de tu vida. Espero que sea un lugar dichoso para ti.

—Aún no es mío, y tengo el extraño presentimiento de que nunca lo será —respondió con tristeza.

—¿Por qué, querida mía?

—Porque tengo un enemigo que intentará destruir mi paz, envenenar tu mente para predisponerte en mi contra y expulsarme de este paraíso para sufrir de nuevo lo que he sufrido en este último año.

—¿Te refieres a ese loco de Sydney del que me hablaste?

—Sí. Tan pronto como se entere de la buena nueva de la pobre y humilde Jean, se apresurará a hacerme daño. Éste es mi destino; no puedo escapar de él, y mis amigos me han abandonado, porque Sydney tiene poder y lo utiliza para destruirme. Será mejor que me vaya y me esconda antes de que él venga, porque, después de hacernos estas confidencias, me rompería el corazón saber que desconfías de mí en vez de amarme y protegerme.

—Mi pobre niña, estás exagerando. No te preocupes. Ahora nadie podrá causarte ningún daño, porque nadie se atrevería a hacerlo. Y debes saber que nunca te abandonaré, si consigo salirme con la mía.

—¿De qué modo, querido sir John? —preguntó Jean, quien ahora experimentaba un gran alivio al darse cuenta de que todo saldría a pedir de boca.

—Te convertiré en mi esposa de inmediato, si me lo permiten. Esto te eximirá del amor de Gerald, te protegerá de la persecución de Sydney y te proporcionará un hogar seguro. Además, tendré el derecho a quererte y protegerte con todo mi corazón. ¿Quieres que sea así, querida mía?

—Sí. Pero recuerda que tú eres mi único amigo. Prométeme que me serás fiel hasta las últimas consecuencias, y que creerás en mí, confiarás en mí, me protegerás y me amarás a pesar de todas las desgracias, los errores y la locura de este mundo. Yo te corresponderé con la misma fidelidad, y mantendré todas nuestras promesas hasta el final.

El aire solemne de la muchacha conmovió a sir John. Como era demasiado sincero y recto para sospechar la falsedad en los demás, interpretó que las palabras de Jean respondían al impulso natural de una joven encantadora y, aceptando la mano que ella escondió entre las suyas, le prometió hasta las últimas consecuencias todo lo que la muchacha le había pedido. Jean se

detuvo por unos instantes adoptando una expresión pálida y ausente, como si estuviera pensativa, luego levantó la mirada hacia el rostro que tanto confiaba en ella y prometió todo lo que había ensayado escrupulosamente en los últimos años.

—¿Cuándo ocurrirá, cariño mío? Prefiero que decidas tú la fecha, aunque deseo que sea pronto, antes de que haga su aparición un joven amante y te arrebate de mi lado —comentó sir John con un tono de voz juguetón, deseoso de hacer desaparecer la expresión sombría del rostro de Jean.

—¿Sabes guardar un secreto? —preguntó la joven mientras sonreía, como era habitual en ella, de forma encantadora.

—Lo intentaré.

—Edward volverá a casa de aquí a tres días. Debo marcharme antes de que regrese. No se lo cuentes a nadie, porque quiere que sea una sorpresa para la familia. Y si me amas de verdad, no anuncies nuestro inminente matrimonio. No traiciones tus sentimientos hacia mí hasta que sea verdaderamente tuya. De lo contrario, se produciría mucho revuelo, tendríamos que dar explicaciones, soportar reproches y probablemente acabaríamos yéndonos para huir del juicio de esas personas. Si yo pudiera cumplir mi deseo, mañana me iría a un lugar tranquilo y esperaría a que vinieras a recogerme. Sé muy poco de estas cosas, e ignoro cuál es el mejor momento para contraer matrimonio. Creo que no es conveniente que pasen varias semanas.

—Podemos casarnos mañana, si así lo queremos. Una licencia especial permite a las parejas casarse donde y cuando quieran. Mi plan es mejor que el tuyo. Escucha, y luego dime si es factible o no. Mañana iré a la ciudad, conseguiré la licencia, invitaré a mi amigo el reverendo Paul Fairfax, quien me debe algunos favores, y por la tarde tú llegas a la hora acostumbrada y, en presencia de mi vieja y discreta servidumbre, me convertirás en el hombre más feliz de Inglaterra. ¿Qué te parece, mi pequeña lady Coventry?

El plan que parecía idóneo para satisfacer sus intenciones, el nombre que suponía el punto álgido de su ambición y la enorme sensación de seguridad que se apoderó de ella llenaron a Jean Muir de tan intensa satisfacción que unas lágrimas de verdadero sentimiento colmaron sus ojos, y el gesto afirmativo que pronunció fue la palabra más sincera que había brotado de sus labios desde hacía meses.

—Pasaremos nuestra luna de miel en Escocia o en el extranjero hasta que amaine la tormenta —propuso sir John, sabiendo perfectamente que su precipitado matrimonio sorprendería u ofendería a sus parientes. Al igual que Jean, estaba encantado de dejar atrás esas emociones.

—Prefiero ir a Escocia, por favor. Deseo visitar el hogar de mi padre —

explicó Jean, temerosa de encontrarse a Sydney en el continente.

Charlaron durante un buen rato e hicieron planes. Sir John tenía tantas ganas de precipitar la boda que Jean sólo pudo limitarse a asentir con la cabeza a todas sus sugerencias. Sólo le atormentaba un pensamiento. Si sir John se marchaba a la ciudad, podría encontrarse con Edward y oír y creer su versión de los hechos. En ese caso, su plan se vendría abajo. Pero era un riesgo que debía correr para que la boda se celebrara cuanto antes y de forma segura. Jean quería, con todas sus fuerzas, evitar dicha coincidencia. Por eso, cuando salieron al jardín (a instancias de sir John, quien insistió en acompañarla a casa), la joven dijo agarrándose de su brazo:

—Querido amigo, debes tener en cuenta una cosa, pues de lo contrario no podremos seguir adelante con nuestros planes. Evita a tus sobrinos: eres tan sincero que tu rostro delatará tus intenciones. Los dos me aman, los dos son temperamentales, y la emoción que causaría en ellos este descubrimiento revestiría un carácter violento. No quiero que corras ningún peligro ni que nadie te pierda el respeto por mi culpa. Así pues, será mejor que evites su compañía, especialmente la de Edward. Pensará que su hermano le ha traicionado, y que tú has triunfado allí donde él fracasó. Esto le pondrá furioso, y desembocará en una tormentosa escena. Prométeme que les evitarás durante uno o dos días. No les prestes atención, no los veas, no les escribas ni recibas cartas de ellos. Ya sé que parece de locos, pero tú eres todo lo que tengo, y me asalta el extraño presentimiento de que pueda perderte.

Conmovido y halagado por su tierna solicitud, sir John prometió todas sus palabras, aunque en el fondo se reía de los temores de ella. El amor cegaba a ese noble caballero ante tan extraña petición; la novedad, el romance y el secretismo del asunto le desconcertaban y al mismo tiempo le cautivaban. Y el hecho de haber superado a tres jóvenes y ardientes amantes le envanecía de un modo inconfesable. Después de separarse de su amada en la puerta del jardín, se dio media vuelta para regresar a casa. Se sentía como un hombre joven que flotara por los aires tarareando una canción, sin reparar en la humedad de la noche, en su gota y en los cincuenta y cinco años que apenas pesaban sobre sus espaldas desde que los brazos de Jean reposaron en ellos. La joven, en cambio, se apresuró hacia la casa, deseosa de huir de Coventry; pero él la estaba esperando, y se vio obligada a hablar con él.

—¿Cómo pudiste aguantar tanto tiempo este secreto? —preguntó Coventry en un tono de reproche mientras cogía la mano de la joven y trataba de vislumbrar su rostro entre las sombras de la solapa de su sombrero—. Ven a descansar a esta gruta. Tengo mucho que decir, que escuchar y que disfrutar.

—Ahora no; estoy demasiado cansada y quiero irme a dormir. Ya hablaremos mañana. Hace frío y el ambiente está húmedo, y además me duele

la cabeza de tantas preocupaciones —contestó Jean con un tono cansino de voz mezclado con un toque de petulancia. Coventry se imaginó que ella estaría resentida porque él no había ido a buscarla y se apresuró a explicar con ávida ternura:

—Mi pobre y pequeña Jean, tú nunca encuentras descanso ni consuelo. Todos nosotros te dejamos agotada, pero nunca te quejas. Debí venir a recogerte, pero Lucía me retuvo, y cuando me marché me di cuenta de que mi tío se había anticipado a mis intenciones. Envidio la devoción de ese caballero. Jean, debes contarme algo antes de partir. Ahora soy tan libre como el aire, y tienes el derecho a hablar. ¿Me amas? ¿Soy yo el hombre afortunado que ha conquistado tu corazón? Me atrevería a decir que sí, y creo que tu rostro tan revelador te ha traicionado; por eso espero haber obtenido lo que los pobres de Ned y Sydney perdieron.

—Antes de contestar, explícame el contenido de tu entrevista con Lucía. Tengo derecho a saberlo —respondió Jean.

Coventry dudó por unos instantes, ya que la compasión y el remordimiento se agolpaban en su corazón al recordar el dolor de Lucía. Jean estaba ansiosa por escuchar la humillación de su rival. La joven frunció el ceño al comprobar la actitud de Coventry, luego levantó el rostro colmado de la más suave de sus sonrisas y, mientras colocaba su mano sobre el brazo de él, dijo con una mezcla de intención, reserva y gratitud:

—Por favor, cuéntame, Gerald.

Coventry no pudo resistirse a la mirada de Jean ni tampoco a su tacto ni a su tono de voz. Luego aceptó sus delicadas manos y contestó rápidamente, como si pronunciar esas palabras le resultara molesto:

—Le dije que no podía amarla; que me había sometido al deseo de mi madre y que, durante una temporada, me sentía tácitamente unida a ella, aunque no se hablara del asunto. Pero ahora pedía mi libertad y lamentaba que la separación no fuera deseada por ambos.

—¿Y ella... qué dijo? ¿Cómo acogió esas palabras? —preguntó Jean sintiendo, en su corazón de mujer, el profundo dolor que debió de experimentar Lucía por este rechazo.

—¡Pobre mujer! Fue difícil de soportar, pero su orgullo le permitió aguantar hasta el final. Ella reconoció que no nos habíamos prometido nada, y renunció a cualquier insinuación del pasado. También me deseó que encontrara a otra mujer que me amara tan tierna y verdaderamente como ella me había amado. Jean, me siento como un villano; pero yo nunca le prometí nada porque jamás la he amado, y, por tanto, tengo pleno derecho a abandonarla.

—¿Te hablé de mí?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—¿Debo contártelo?

—Claro. Debes contármelo todo. Sé que me odia y estoy dispuesta a perdonarla, pero sé que odiaría a cualquier mujer a la que amaras.

—¿Estás celosa, querida?

—¿De ti, Gerald? —respondió mientras sus delicados ojos le miraban llenos de un resplandor muy parecido a la luz del amor.

—Ya me has hechizado. ¿Cómo lo consigues? Jamás en la vida había obedecido a una mujer. Jean, creo que eres una bruja. Escocia es tierra de criaturas extrañas y astutas que adoptan formas hermosas para hechizar a pobres almas en pena. ¿Eres tú una de esas engañosas criaturas?

—Estás siendo muy amable —Jean se echó a reír—. Soy una bruja, y algún día me despojaré del disfraz y podrás ver quién soy en realidad: vieja, fea, malvada y perdida. Te advierto que te alejes de mí. Pero ahora, debes correr el riesgo de amarme.

Coventry no pudo articular palabra, y se quedó observando a la joven con una mirada inquieta, consciente de la fascinación que causaba en él, aunque eso no le había reportado ninguna felicidad. Una agradable pero febril emoción se apoderó de él. Era una especie de temeridad que le obligaba a borrar el pasado de forma inmediata y sustituirlo por nuevas experiencias provocadas por la pasión. Jean le miró con un rostro melancólico, casi afligido, durante unos breves instantes. Después, una extraña sonrisa rompió el hechizo, ya que empezó a hablar con un tono irónico de voz que traslucía cierta maliciosidad y la amargura de una triste verdad. Coventry parecía muy sorprendido por esta reacción de la joven, y desplazó su mirada del misterioso rostro de Jean a una ventana tenuemente iluminada detrás de cuyas cortinas la pobre Lucía escondía su corazón herido y rezaba las tiernas oraciones que dedican las mujeres que aman a aquellos cuyos pecados son perdonados en virtud de ese amor. Su corazón latía compulsivamente, y un breve sentimiento de repulsión se apoderó de él al mirar a Jean. La joven se dio cuenta de ello y no le gustó, pero al mismo tiempo sintió cierto alivio. Ahora que se había procurado su propia seguridad, no sentía la necesidad de causar ningún daño, sino que experimentaba un deseo de deshacer lo que había hecho y de hacer las paces con el mundo. Para recordarle su lealtad, Jean suspiró y avanzó un paso pronunciando suave pero fríamente:

—¿Me responderá a la pregunta antes de que yo le formule otra, señor

Coventry?

—¿Qué dijo Lucía de ti? Pues fue bien sencillo. «Ten cuidado con la señorita Muir. Todos desconfiamos de ella de forma instintiva cuando no teníamos motivos para hacerlo. Yo creo en el instinto, y el mío nunca ha cambiado al respecto, porque ella no ha tratado de engañarme. Su arte es refinado. Supongo que no se puede explicar ni detectar, salvo en la sucesión de acontecimientos que ella parece guiar. Ha traído dolor y separación a esta familia feliz. Todos hemos cambiado por su culpa. Ella ya no puede causarme ningún daño, pero, si puede, te lo causará a ti. Cuídate de ella o te arrepentirás amargamente de tu ciego enamoramiento».

—¿Y tú qué contestaste? —quiso saber Jean cuando las últimas palabras de Coventry brotaron de sus labios con cierta dificultad.

—Le dije que, a pesar de todo, te amaba, y que te convertiría en mi esposa al margen de toda oposición. Ahora, Jean, debes contestarme.

—Necesito tres días para pensarlo. Buenas noches —respondió Jean mientras se alejaba de Coventry y entraba en el interior de la casa. Él apenas pudo dormir esa noche debido a los remordimientos, la intriga y la antigua desconfianza que se apoderaba de él cuando Jean no estaba para exorcizarla con sus artes.

CAPÍTULO VIII

Suspense

Durante todo el día siguiente, Jean se sintió profundamente inquieta, ya que cada hora que pasaba suponía un acercamiento de la inminente crisis, quizá de una derrota, porque incluso las más sutiles habilidades humanas se ven truncadas por algún incidente imprevisto. Deseaba convencerse a sí misma de que sir John se había marchado, pero como no vio a ningún criado durante todo el día, no pudo inventarse ningún pretexto para recabar información al respecto. No se atrevió a ir a su casa antes del anochecer, ya que esa acción poco habitual levantaría sospechas. Y aunque hubiera decidido arriesgarse, no disponía de tiempo material, porque la señora Coventry sufría uno de sus ataques de nervios y nadie salvo la señorita Muir era capaz de tranquilizarla. Lucía se encontraba indispuesta, y la institutriz estaba al mando de la casa; Bella estaba absorta en sus estudios, y Jean debía ayudarla. Coventry permaneció en casa durante varias horas. Pero Jean no se atrevió a llamarle por miedo a que averiguara la verdad. Él se dedicó a sus nuevas obligaciones al ver que Jean no hacía su aparición, y el día transcurrió larga y

pesadamente.

Por fin llegó la noche, y mientras Jean se vestía para la cena, apenas pudo reconocer su aspecto cuando se miró al espejo. La emoción aportaba un nuevo color y resplandor a su rostro. Como sabía que la boda se celebraría esa misma noche, se puso un sencillo vestido blanco y añadió un ramillete de rosas blancas en la solapa y en el pelo. Jean solía llevar flores, pero, a pesar de su deseo de pasar desapercibida, las primeras palabras de Bella cuando la institutriz entró en la salita fueron:

—Vaya, Jean, pareces una novia. ¡Sólo te faltan el velo y los guantes!

—Te olvidas de otro detalle, Bell —interrumpió Gerald con unos ojos que se encendieron al posarse sobre la señorita Muir.

—¿Qué es? —quiso saber la hermana.

—Un novio.

Bella se fijó en la reacción de Jean al oír estas palabras, pero la joven no pareció inmutarse. Sonrió ampliamente, como era habitual en ella, y se limitó a añadir:

—Ese detalle insignificante se sabrá a su debido tiempo. ¿La señorita Beaufort sigue indispuesta o bajará a cenar?

—Nos envía sus disculpas, y pensó que estarías encantada de ocupar su lugar.

Mientras la inocente Bella transmitía este mensaje, Jean miró a Coventry, quien evitó de mala gana dicho contacto.

Jean pensó que los remordimientos le sentarían bien, puesto que le prepararían para arrepentirse después de comunicar la gran noticia. Además, Coventry se mostró especialmente contento a la hora de la cena y miraba de vez en cuando el asiento vacío de Lucía, como si la echara de menos. Después de la cena, la señorita Muir indicó a Bella que subiera a ver a su madre. Como sabía que Coventry no se quedaría mucho tiempo bebiendo su copita de vino, Jean salió precipitadamente hacia la mansión Hall. Uno de los criados estaba sentado junto a la puerta y Jean preguntó con un tono de voz que denotaba nerviosismo, a pesar de todos sus esfuerzos por mostrarse serena:

—¿Está sir John en casa?

—No, señorita, acaba de marcharse a la ciudad.

—¡A la ciudad! ¿Cuándo? —gritó Jean, olvidando por un momento el alivio que había sentido al fingir sorpresa ante la partida de sir John.

—Se marchó hace media hora en el último tren, señorita.

—Pensé que había partido a primera hora de esta mañana. Me dijo que volviera esta noche.

—Creo que ésas eran sus intenciones, pero la compañía de algunas personas le retuvo. Tuvo que atender al mayordomo y a una serie de caballeros, de modo que el señor John no quedó libre hasta esta noche, aunque debo decir que su estado no era el más propicio para marcharse, porque se le notaba muy cansado.

—¿Cree que puede estar enfermo? ¿Tenía aspecto de estar enfermo?

Mientras Jean pronunciaba estas palabras, un escalofrío de terror se apoderó de ella, temiendo que la muerte le arrebatara su tesoro.

—Bueno, usted ya sabe que las prisas no son buenas consejeras en un caballero mayor propenso a la apoplejía. Sir John estuvo preocupado durante todo el día. No parecía él. Yo sugerí que se llevara a su lacayo, pero él no quiso, y se marchó con un aspecto alterado. Lo cierto es que me tiene preocupado, porque sé que hay algo que lo está atormentando.

—¿Cuándo volverá, Ralph?

—Mañana al mediodía, si es posible; y por la noche, estará aquí con toda seguridad, porque me ordenó que transmitiera ese recado a todo aquel que me lo preguntara.

—¿Acaso dejó una nota o un mensaje para la señorita Coventry, o para alguien de la familia?

—No, señorita. Nada.

—Gracias.

Jean volvió a casa, pero no pudo pegar ojo en toda la noche y se levantó con una extraña sensación.

La mañana se hizo eterna, pero el mediodía llegó inevitablemente, y con la excusa de refrescarse en la gruta, Jean llegó hasta una cuesta desde la que se veía la verja de entrada de la mansión. Estuvo observando durante dos horas, pero no vio a nadie. En el preciso instante en que se dio media vuelta, un jinete atravesó la verja en dirección a la casa. Jean no sabía lo que estaba pasando, pero como se moría de ganas de obtener información, echó a correr para recibir al jinete, convencida de que éste traía malas noticias. Era un joven que venía de la estación, y cuando vio a Jean, embridó. Parecía agitado y confuso.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó jadeando la institutriz.

—Un terrible accidente en las vías del tren, justo al otro lado de Croydon. Hemos recibido la noticia por telégrafo hace media hora —explicó el hombre mientras se secaba el sudor de la frente.

—¿El tren del mediodía? ¿Sir John estaba en él? ¡Rápido, cuéntamelo todo!

—Es ese tren, señorita, pero ignoro si sir John estaba en él. Sabemos que el jefe del tren ha muerto, pero todo resulta tan confuso que no sabemos nada con certeza. Están trabajando para sacar a los muertos y heridos de los vagones. Oímos que sir John estaba por llegar, y vine para avisar al señor Coventry porque creo que querrá acompañarme. Sale un tren en quince minutos. ¿Dónde puedo encontrarle? Me dijeron que estaba en la mansión.

—¡Continúa tu camino y yo iré a buscarle! No hay tiempo que perder. ¡No pares! —exclamó Jean mientras se daba media vuelta y echaba a correr como una gacela. El hombre subió la cuesta que conducía hasta la casa.

Coventry estaba en la mansión y partió de inmediato con el mensajero, dejando preocupados a todos sus inquilinos. Temerosa de traicionar la terrible ansiedad que se había apoderado de ella, Jean se encerró en su habitación para sufrir en solitario la agonía de no recibir noticias sobre el paradero de sir John. Un grito desgarrador y repentino resonó por toda la casa, y Jean bajó precipitadamente las escaleras para adivinar su origen. Bella estaba de pie en el vestíbulo con una carta en la mano, mientras un corrillo de asustados criados se había arremolinado en torno a la niña.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señorita Muir con voz firme. Su rostro se tornó pálido al reconocer la escritura de Gerald. Bella entregó la nota a la institutriz, y ésta tuvo que contener las lágrimas antes de escuchar las terribles noticias.

Bella,

El tío está sano y salvo porque no se subió al tren del mediodía. Pero varias personas están convencidas de que Ned viajaba en él. Todavía no hemos encontrado rastro de él, pero el río y las ruinas del puente están plagados de cadáveres, y estoy haciendo todo lo posible para encontrar a mi pobre hermano, si es que está allí. He dado aviso a todos los lugares que frecuentaba en la ciudad, pero nadie le ha visto. Espero que todas estas noticias sean falsas y se halle a salvo con su regimiento. No se lo digas a mamá hasta que conozcamos los hechos. Te escribo a ti porque Lucía está enferma. La señorita Muir te proporcionará todo el consuelo que necesites. Te deseo lo mejor, querida hermana. G. C.

Quienes observaron el modo en que la señorita Muir leyó estas palabras se extrañaron de las distintas expresiones que adoptó su rostro, ya que éste delató la alegría que experimentó al conocer el paradero de sir John pero no se mostró horrorizado ante el posible funesto destino de Edward. Sólo esbozó una tenue sonrisa, pero su voz no titubeó, y su mirada abatida brillaba con un

inexplicable gesto de triunfo. No era de extrañar, porque el peligro que amenazaba a Jean había sido disipado, y el matrimonio sería consumado sin más dilación. Este triste y repentino suceso le pareció una especie de misterioso cumplimiento de un designio secreto; y aunque se mostró sorprendida, las noticias no la desanimaron, sino todo lo contrario. El destino parecía favorecer sus designios. Tranquilizó a Bella, asumió el control de la angustiada casa y evitó que esa misma noche la señora Coventry se enterara de los rumores.

Gerald llegó cansado a casa al amanecer, pero no traía noticias del joven desaparecido. Había telegrafiado a la central del regimiento y recibió la respuesta de que Edward había partido de Londres el día anterior con la intención de volver a casa. También pudo constatar que fue visto en Londres, pero nadie pudo asegurar que se subiera al tren. La gente aún buscaba entre los escombros, pero su cadáver aún no había sido encontrado.

—¿Sir John regresará al mediodía? —preguntó Jean mientras los tres se sentaron bajo el cielo rosado del amanecer intentando aunar todas sus esperanzas.

—No, me he enterado por el joven Gower de que sir John ha estado enfermo. Sigue, en la ciudad, pero aún no ha resuelto sus gestiones. Le envié una nota para que esperara una noche a volver, porque el puente seguía impracticable. Ahora intentaré descansar una hora. He trabajado toda la noche y me fallan las fuerzas. Llamadme si llega un mensajero.

Después de pronunciar estas palabras, Coventry se retiró a su habitación, Bella le siguió y Jean decidió dar un paseo por la casa y los alrededores, ya que era incapaz de tranquilizarse. A primera hora de la mañana del día siguiente, llegó un mensajero. Jean salió a recibir sus noticias con una macabra esperanza que latía en su corazón.

—¿Lo han encontrado? —preguntó con impasibilidad mientras el hombre se mostraba reacio a hablar.

—Sí, señora.

—¿Está usted seguro?

—Lo estoy, señora, aunque algunos no se convencerán del todo hasta que el señor Coventry baje a verlo.

—¿Está vivo? —Los labios lívidos de Jean temblaron al pronunciar esta palabra.

—Oh no, señora, no habría sido posible debido a las piedras y el agua. El joven caballero murió ahogado y aplastado, y nadie le habría reconocido de no ser por el uniforme y por la mano blanca con el anillo.

Jean se sentó con el rostro pálido, y el hombre empezó a describir el hallazgo del cadáver destrozado. Cuando hubo acabado, Coventry apareció con una mirada que denotaba remordimiento, vergüenza y pena a la vez. Gerald decidió traer a su hermano a casa. Jean se adentró en el jardín sintiéndose culpable y tratando al mismo tiempo de ocultar la satisfacción que luchaba con la compasión natural en una mujer ante el trágico final de una vida joven y valerosa.

—¿Por qué malgastar lágrimas en un dolor ajeno cuando, en el fondo, debo alegrarme? —murmuró entre dientes mientras paseaba de un lado a otro de la terraza—. Ese pobre muchacho ya no siente ningún tipo de dolor, y yo estoy fuera de peligro.

Decidió no alejarse demasiado, pero al cabo de un rato se llevó una desagradable sorpresa. ¡Acababa de ver el rostro de Edward! En él no se apreciaba ninguna herida ni rasguño, sino que su aspecto era tan saludable y robusto como siempre. El joven se quedó mirando a Jean con una mezcla de desprecio y compasión. La institutriz pareció volverse de piedra y permaneció inmóvil con la mirada dilatada, la respiración contenida y las mejillas pálidas. Él no habló, sino que observó a la joven en silencio hasta que ella extendió una mano temblorosa, como si quisiera asegurarse de que ese espectro era una persona de carne y hueso. Entonces Edward se apartó, y esa acción resultó más convincente que las palabras.

—Me comunicaron que habías muerto.

—Y a ti no te importó creerlo. No, fue mi joven compañero, Courtney, quien os engañó a todos sin querer y perdió la vida, como yo la habría perdido si no me hubiera marchado a Ascot después de despedirme de él.

—¿A Ascot? —repitió Jean encogiéndose de hombros, ya que Edward hablaba con ella con un tono de voz frío y distante.

—Sí, ya conoces ese lugar. Me trasladé hasta allí para preguntar por ti, y quedé satisfecho. ¿Por qué sigues en esta casa?

—Aún no han pasado tres días, pero me mantengo firme en mi promesa. Me marcharé antes de esta noche. Hasta entonces, debes permanecer en silencio, si es que eres un hombre de palabra.

—Lo soy —Edward consultó su reloj y, mientras lo guardaba en el bolsillo, dijo con calculadora precisión—: Ahora son las dos de la tarde, y el tren no sale de Londres hasta las seis y media. Habrá un coche de caballos esperándote en la puerta trasera. Recomiendo que te marches en ese momento, porque me veré obligado a hablar después de la cena.

Edward se despidió inclinando la cabeza a modo de reverencia y entró en

la casa, dejando a Jean sin aliento y con un cúmulo de emociones encontradas. La joven permaneció inmóvil por unos instantes; sin embargo, la energía vital de la mujer le impedía caer en la desesperación antes de agotar cualquier atisbo de esperanza. Por muy débil que ésta fuera, todavía se aferraba a ella con ahínco, y estaba resuelta a ganar la partida desafiando a todo y a todo el mundo. Se despertó de su ensoñación para dirigirse a su cuarto. Se dispuso a hacer su exigua maleta, se vistió con cautela y luego se sentó a esperar. Escuchó varios gritos de júbilo procedentes de la planta baja, vio cómo Coventry entraba en casa a toda prisa y gracias a una criada muy locuaz supo que el cadáver encontrado era el del joven Courtney Dado que el uniforme era idéntico al de Edward, y éste le había regalado un anillo, los hombres que trabajaron en las tareas de desescombro creyeron que el cuerpo desfigurado era el del hermano pequeño de los Coventry Sólo la criada se acercó a Jean; cuando la voz de Bella la reclamaba, alguien hacía callar a la niña y ésta no volvía a repetir la llamada. A las cinco en punto le entregaron un sobre escrito de puño y letra de Edward. Contenía un talón por una cifra superior a la paga de un año. El regalo no iba acompañado de ninguna nota, pero este generoso gesto la conmovió, ya que Jean Muir escondía los restos de lo que, tiempo atrás, había sido una naturaleza honesta y, a pesar de su falsedad, todavía podía admirar la nobleza y respetar la virtud. Una gota de auténtica vergüenza cayó sobre el papel, y un sentimiento de verdadera gratitud colmó su corazón. Pensó que, si fallaba todo lo demás, al menos no se quedaría sin un penique en el mundo, ya que éste se muestra despiadado con los pobres.

Cuando el reloj marcó las seis en punto, escuchó el trajín de un coche de caballos y bajó a su encuentro. Un criado metió su baúl en el maletero y ordenó al chófer James que llevara a la joven hasta la estación. Jean se marchó sin despedirse ni ver a nadie, y tampoco creyó ser vista. Una sensación de agotamiento se apoderó de ella; deseaba poder echarse en una cama y olvidar el pasado. Pero aún quedaba un último atisbo de oportunidad, y mientras éste existiera, se negaba a darse por vencida. Cuando el coche la dejó en la estación, se sentó en un banco para observar la llegada del tren de las seis y cuarto procedente de Londres, porque sir John volvería necesariamente en él. Le atormentó el temor de que Edward hubiera hablado con sir John. El primer atisbo de su rostro sincero revelaría la verdad. Si él lo sabía todo, entonces no cabía esperanza alguna, y ella se quedaría sola. Pero si él sólo conocía parte de la verdad, aún quedaba tiempo para celebrar el matrimonio. Y cuando ella fuera su esposa, estaría a salvo, porque el honor del nombre de sir John sería su salvaguarda.

El tren entró repentinamente en la estación, y sir John se apeó de su vagón. El corazón de Jean pareció congelarse. Su prometido tenía el semblante serio, el rostro pálido y cansino, y se apoyaba en el brazo de un hombre corpulento vestido de negro. ¿Por qué ha venido el reverendo Fairfax, si ya se ha

descubierto el secreto?, pensó Jean mientras avanzaba lenta y tímidamente para saludarlos e interpretar los mensajes de sus respectivos rostros. Él la vio, soltó el brazo de su amigo y echó a correr con la misma pasión de un joven amante, exclamando mientras asía la mano con un rostro radiante y un alegre tono de voz:

—¡Mi pequeña! ¿Creíste que nunca volvería?

Jean fue incapaz de contestar, ya que la emoción era demasiado intensa, pero él seguía aferrado a ella sin pensar en el tiempo o en el lugar, y entonces supo que su última esperanza no se había agotado. El señor Fairfax resultó estar a la altura de las circunstancias. Sin hacer ninguna pregunta, condujo a sir John y a Jean hasta un coche de caballos y entró detrás de la pareja con una tímida disculpa. Jean volvía a ser ella misma y, después de expresar sus temores por la tardanza, escuchó ávidamente el relato del cúmulo de dificultades que habían retenido a sir John.

—¿Has podido ver a Edward? —fue lo primero que preguntó Jean.

—Aún no, pero sé que ha venido; además, me he enterado de su accidente. Yo debía haber tomado ese tren, y lo habría hecho de no haber sido por una indisposición que me retuvo y que ahora ha resultado ser tan afortunada. ¿Estás preparada, Jean? ¿Te arrepientes de tu decisión, querida mía?

—¡No, en absoluto! ¡Estoy preparada! Estaré encantada de ser tu esposa, querido y generoso sir John —gritó Jean alegre y rápidamente, lo cual conmovió al caballero y fascinó al reverendo Fairfax, quien ocultaba un amor de juventud detrás de su sotana.

Llegaron a la mansión Hall. Sir John dio la orden de no dejar entrar a nadie y, después de tomar una cena improvisada, llamó a su vieja ama de llaves y a su mayordomo, les contó el motivo de su encuentro y les pidió que fueran los testigos de la boda. Sus vidas se habían regido por la obediencia, y para ellos sir John nunca se equivocaba, de modo que desempeñaron sus nuevos papeles gustosamente porque Jean era la invitada favorita en la mansión. Pálida como su vestido de color crema, pero tranquila y sosegada, Jean permaneció todo el rato junto a sir John, pronunciando sus votos con un tono de voz claro y aceptando las responsabilidades de una esposa con la habitual docilidad de una novia. Cuando él le colocó el anillo, Jean esbozó una amplia sonrisa. Luego, sir John la besó llamándola «su pequeña esposa», y ella derramó unas lagrimitas de sincera felicidad. Y cuando el señor Fairfax la llamó «mi señora», ella rio de forma melodiosa clavando en el cuadro de Gerald una mirada exultante. Cuando los criados abandonaron la estancia, sir John recibió un mensaje de la señora Coventry instándole a comparecer ante ella de inmediato.

—¿Tienes que abandonarme tan pronto? —preguntó Jean con un tono de voz suplicante, conociendo perfectamente el motivo de su visita.

—Debo irme, querida —y a pesar de su ternura, el porte de sir John fue decidido e irresistible.

—Pues entonces, yo te acompañaré —replicó Jean al decidir que ningún poder terrenal le separaría de su esposo.

CAPÍTULO IX

Lady Coventry

Cuando la emoción de la visita de Edward se hubo apaciguado, y antes de que pudieran preguntarle el motivo de su inesperada visita, les contó que después de la cena verían gratificada su curiosidad. Mientras tanto, les pidió que dejaran sola a la señorita Muir, puesto que había recibido malas noticias y deseaba estar tranquila. La familia contuvo, con enorme dificultad, las ganas de cotillear, y esperaron con impaciencia. Gerald confesó su amor por Jean y pidió perdón a su hermano por haber traicionado su confianza. Esperó una reacción desenfadada, pero Edward sólo le miró con ojos compasivos y dijo con tristeza:

—¡Tú también! No quiero hacerte ningún reproche, porque sé que sufrirás cuando se destape la verdad.

—¿A qué te refieres? —pidió Coventry.

—Muy pronto lo sabrás, mi pobre Gerald, y los dos nos compadeceremos.

Edward no soltó prenda hasta que terminó la cena, los criados se retiraron y toda la familia se reunió a solas. El joven adoptó una expresión pálida y severa, pero no perdió los nervios, ya que sus últimas experiencias le habían convertido en un hombre de mundo. Sacó un fajo de cartas y dijo, dirigiéndose a su hermano:

—Jean Muir nos ha engañado a todos. Conozco su historia. Quiero contároslo antes de leer las cartas.

—¡Espera! No quiero escuchar ninguna historia falsa sobre ella. La pobre mujer cuenta con un montón de enemigos —contestó Gerald, visiblemente agitado.

—Debes escucharme para honrar a la familia, y saber de qué modo nos ha tomado el pelo. Puedo demostrar mis palabras, y convencerlos de que esa joven posee malas artes. Sentaos diez minutos y luego, si queréis, os retiráis.

Edward hablaba con autoridad, y su hermano le obedeció con el corazón encogido.

—Me encontré con Sydney, y él me advirtió en contra de esta muchacha. ¡Ahora escucha, Gerald! Sé que ella te ha dado tu versión de los hechos, y que tú la crees. Pero sus propias cartas la delatan. Trató de cautivar a Sydney del mismo modo que hizo con nosotros, y por poco logró convencerlo de que se casara con ella. Por muy excéntrica que sea la personalidad de Sydney, sigue siendo todo un caballero, y cuando un desliz de la joven levantó sus sospechas, se negó a convertirla en su esposa. Luego se produjo una escena muy acalorada, y, como quería intimidarlo, ella se apuñaló para fingir una agresión. Jean resultó herida, pero no logró apuntar bien e insistió en ir al hospital a morir. Lady Sydney, que es un alma buena y caritativa, creyó su versión de la historia, imaginó que su hijo tenía algo que ver en ello y, cuando éste se hubo ido, trató de reparar el supuesto daño cometido contra la señorita Muir encontrando otro hogar para ella. Pensó que Gerald se casaría pronto con Lucía, y que yo estaba fuera de casa, de modo que la envió aquí a modo de retiro.

—Pero Ned, ¿estás seguro de todo esto? ¿Podemos creer en las palabras de Sydney? —protestó Coventry, quien seguía sin dar crédito a las palabras de su hermano.

—Para convencerte de ello, leeré las cartas de Jean. Eso bastará. Fueron escritas por una cómplice, y luego Sydney las compró. Las dos mujeres habían acordado mantenerse informadas de todas sus aventuras, estratagemas y planes, y compartir la buena fortuna que pudieran cosechar. Las cartas sólo nos conciernen a nosotros. La primera fue escrita días después de instalarse en nuestra casa.

Querida Hortense:

Otro fracaso. Sydney era más astuto de lo que creía. Todo iba sobre ruedas hasta que un día mi proverbial defecto me traicionó: bebí demasiado vino, y sin querer reconocí que había trabajado como actriz. Él se quedó paralizado, y yo me retiré. Monté una escena, y herí discretamente mi hombro para asustarlo. El tipo no se asustó, sino que me abandonó. Habría muerto para fastidiarle si me hubiera atrevido a morir, pero, como no fue así, viví para atormentarlo. Por ahora no he tenido la oportunidad de hacerlo, pero no lo olvido. La madre es una pobre y frágil criatura a quien he podido manipular sin grandes dificultades. Gracias a ella he encontrado un lugar excelente. Una madre enferma, una niña estúpida y dos hijos que pueden ser buenos partidos. Uno está comprometido con un hermoso iceberg, pero eso sólo incrementa su interés por mí, porque la rivalidad añade encanto a las conquistas de un hombre. Pues bien, querida, adopté una actitud sumisa con la intención de

parecer patética. Pero antes de que tuviera tiempo de ver a la familia, me puse tan furiosa que apenas pude controlarme. Debido a la indolencia de Monsieur, el amo joven, no enviaron ningún coche a recogerme, y supongo que tendrá que pagar por semejante descortesía. El hijo pequeño, la madre y la niña me recibieron con un tono condescendiente, y entendí que eran almas muy sencillas. Monsieur (lo llamaré así más adelante porque no es seguro escribir los nombres) resultaba inalcanzable, y no se esforzó demasiado por ocultar su desagrado hacia las institutrices. Su prima era encantadora, pero su orgullo resulta detestable, al igual que su frialdad y su visible adoración a Monsieur, a quien le permite idolatrarla como el icono que es. Odio a esa pareja, por supuesto, y a cambio de su insolencia voy a atormentarla a ella con los celos y a enseñarle a él que cortejar a una mujer puede causar un gran dolor de cabeza. Son una familia increíblemente orgullosa, pero creo que podré humillarlos a todos cautivando primero a sus hijos y, cuando éstos me hayan declarado sus intenciones, rechazándolos para casarme con el tío mayor, puesto que su título me conviene.

—¡Jean jamás pudo escribir algo semejante! ¡Es imposible! Una mujer no puede hacer eso —protestó Lucía con indignación, mientras Bella no daba crédito a sus ojos y la señora Coventry aguantaba el tipo a base de sales y el aire de un ventilador. Coventry se dirigió hasta donde se encontraba su hermano, analizó la escritura y regresó a su asiento diciendo con un tono de voz que reprimía su ira:

—¡Ella no escribió eso! Yo mismo entregué algunas de sus cartas. Venga, Ned.

Me esforcé por resultar útil y agradable a esas amigables personas, y pude escuchar la conversación que mantuvieron los dos amantes. Como no me satisfacía, me desmayé para interrumpirla y suscitar interés en los dos jóvenes. Pensé que me había salido con la mía, pero Monsieur sospechó de mí y así me lo hizo ver. Dejé a un lado mi papel de joven sumisa y le miré de forma muy extraña. El gesto surtió el efecto deseado, y volveré a intentarlo. Merece la pena ganarse a ese hombre, pero yo prefiero el título, y como el tío es un caballero robusto y atractivo, no puedo esperar a que muera. Monsieur es encantador, con su elegante languidez y su corazón tan adormecido que ninguna mujer ha conseguido despertarlo hasta el momento.

Les conté mi historia y ellos la creyeron, aunque tuve la audacia de decir que sólo tenía diecinueve años y que era escocesa, y además confesé sin ningún tapujo que Sydney deseaba casarse conmigo. Monsieur conoce a S. y es evidente que sospecha algo. Debo mantenerme vigilante y ocultarle la verdad, si es posible.

Me sentí muy mal esa noche cuando me quedé sola. Había algo en la

atmósfera de este feliz hogar que me hacía desear estar en cualquier otro lugar. Me senté un rato para intentar aplacar mi espíritu, y pensé en la época en que era encantadora, joven, buena y feliz. El espejo reflejó a una mujer madura de treinta años después de sacarme los mechones falsos y el maquillaje. Mi cara estaba despojada de su máscara. ¡Odio los sentimientos! Bebí a tu salud de la botellita que me regalaste y me fui a dormir soñando que representaba el papel de lady Tartuffe, que es quien soy en realidad. Adiós. Volveré a escribir cuando pueda.

Nadie se atrevió a pronunciar palabra cuando Edward se detuvo. Luego se acercó otra carta y continuó leyendo:

Mi querida amiga,

Todo marcha sobre ruedas. Al día siguiente empecé a trabajar, y después de adivinar el carácter y la naturaleza de cada miembro de la casa, intenté ganármelos. A primera hora de la mañana di un paseo por las inmediaciones de la mansión Hall. Me pareció un lugar hermoso y di los primeros pasos para convertirme en su ama y señora despertando la curiosidad de su señor y adulándole. Su finca es su mayor orgullo. Yo lo alabé sin grandes complicaciones, y él quedó encantado con mis palabras. Al cadete de la familia le encantan los caballos.

Arriesgué mi pescuezo para domesticar a uno de ellos, y también él quedó encantado. A la niña pequeña le gustan las flores, e hice un ramillete que la conmovió. El iceberg rubio echa de menos a su difunta madre, y yo me quedé ensimismada ante un viejo retrato de la dama. La joven se derritió. Monsieur está acostumbrado a que lo adoren. Yo no le presté la menor atención, y, debido a la natural perversidad de la naturaleza humana, empezó a fijarse en mí. Le encanta la música, y yo canté en varias ocasiones deteniéndome cuando sabía que él estaba escuchando y deseaba más. Le gusta que le entretengan, pero no está dispuesto a hacer un esfuerzo por ello. Hice gala de mi talento, pero me negué a esforzarme por él. En definitiva, le atormenté hasta que empezó a despertar. Para deshacerme de ese joven, le cautivé y luego le rechacé. Pobre hombre. Me caía bien. Si dispusiera de un título mejor, me habría casado con él.

—Muchas gracias por este honor —contestó Edward estrechando los labios en un gesto de burla. Gerald, en cambio, permanecía sentado y tieso como una estatua. Mostraba los dientes, su mirada parecía encendida y arqueó las cejas como si quisieran salirse de la cara.

El apasionado muchacho estuvo a punto de matar a su hermano, pero yo evité este desencuentro y cautivé a Monsieur haciéndome pasar por una enfermera eficiente hasta que el iceberg Vashti interfirió en el asunto. Luego fingí sentirme ultrajada, y le mantuve alejado de mí, porque sabía que de este

modo me echaría en falta. Le confundí respecto a Sydney enviándole una carta que él no recibió, e inventé todo tipo de escenas dulces para ganarme a esa orgullosa criatura. Mientras tanto, mantenía una buena relación con sir John, a quien fascinaba en privado adoptando el rol de hija y de admiradora. Es un caballero educado y sencillo como un hijo, honesto como el día y generoso como un príncipe. Seré feliz si me gano su corazón. Tú también te beneficiarías de ello, así que deséame suerte.

—Ésta es la tercera carta, y contiene una información que os va a sorprender a todos —explicó Edward mientras levantaba otro papel.

Hortense,

Ya he llevado a cabo lo que tenía previsto hacer. Ya sabes que mi atractivo padre de vida disipada se casó en segundas nupcias con una señora de clase alta. Sólo he visto a lady Howard en una ocasión, puesto que hicieron todo lo posible para evitarme. Descubrí que el bueno de sir John conocía a esa señora de niña, y como estaba segura de que él no sabía nada sobre la muerte de su hija pequeña, me atreví a afirmar que yo era su hija y relaté un cuento lastimero sobre mi infancia. Funcionó como un talismán. Él se lo contó a Monsieur, y los dos sintieron una profunda compasión hacia hija de lady Howard, aunque antes me habían despreciado en secreto por mi soledad y pobreza. El joven me compadeció con honesta calidez y quiso saberlo todo sobre mi nacimiento. Nunca olvidaré ese detalle, y, si me es posible, le devolveré el favor. Como deseaba precipitar el desenlace con Monsieur, participé en una representación teatral que me vino de maravilla. Debo comentarte una anécdota, puesto que cometí un pequeño desliz y faltó poco para que me descubrieran. No bajé a cenar, sabiendo que la polilla volvería a revolotear alrededor de la vela, y preferí que ese aleteo se diera en privado porque los celos de Vashti estaban alcanzando unos límites insospechados. Pasé por delante del vestuario de los hombres y mi ojo avizor detectó una carta que descansaba sobre la ropa. Eso no era cosa mía, y me entró el pánico al reconocer la escritura de Sydney Siempre me lo había temido, pero yo creo en la casualidad. Leí la carta. Ya sabes que sé imitar cualquier tipo de letra. En esa nota leí toda la historia de mi asunto con Sydney, relatada con absoluta veracidad, y también que él había investigado mi pasado y descubierto la verdad. Me puse furiosa. Fracasar cuando se está tan cerca del éxito es horroroso, y decidí arriesgarlo todo. Abrí la carta con una cuchilla caliente para levantar el sello y conseguí que el sobre quedara intacto. Imité la letra de Sydney y añadí unas cuantas líneas con su habitual estilo precipitado informando de que estaba en Baden. De este modo, si Monsieur respondía, la nota nunca llegaría, ya que al parecer está en Londres. Metí esta carta en el bolsillo y dejé caer la otra. Mientras me felicitaba a mí misma por esta acción, Dean, la doncella de Vashti, apareció como si me hubiera estado espionando. Era

evidente que había visto la carta en mis manos y que sospechaba algo. Yo no le presté la menor atención, pero debo actuar con cuidado porque esa mujer se mantiene vigilante. Después, la velada acabó con una representación teatral en privado en la que sólo Monsieur y yo éramos los actores. Para asegurarme de que primero escuchara mi versión de los hechos, le conté un relato romántico sobre la persecución de Sydney, y él lo creyó a pies juntillas. Después vino un monólogo detrás de un rosal, lo cual desconcertó por completo al joven caballero. ¡Qué tontos son los hombres!

—¡Tiene razón! —exclamó Coventry sonrojándose de vergüenza e ira al destaparse su locura. Mientras tanto, Lucía escuchaba con estupefacción.

—Sólo una lectura más y pondré fin a esta desagradable tarea —respondió Edward mientras desplegaba el resto de papeles—. Esto no es una carta, sino una copia de una misiva escrita hace tres noches. Dean registró a fondo el escritorio de Jean Muir mientras ella estaba en la mansión, y, temiendo delatarse si se quedaba con la carta, copió rápidamente su contenido y me lo ha entregado hoy, rogándome que salvara a la familia de toda desgracia. Esto cierra el círculo. Ahora, Gerald, continúa si quieres. Preferiría ahorrarte el dolor de escuchar estas palabras.

—No quiero ahorrármelo; me lo merezco. Sigue leyendo —replicó Coventry adivinando el contenido de la nota. El joven se preparó para una desagradable experiencia. Muy a su pesar, Edward leyó las siguientes frases:

¡El enemigo se ha rendido! Alégrate, Hortensia. Puedo ser la esposa de este orgulloso Monsieur, si así lo deseo. Piensa en el inmenso honor que recae en la esposa divorciada de un actor de mala fama. Ríete de la farsa y disfrútala, porque falta esperar a que el premio que deseo sea mío merecidamente, y luego rechazaré a este amante que ha traicionado a su hermano, a su prometida y su propia conciencia. Decidí vengarme de los dos, y así lo he hecho. Gracias a mí, él se deshizo de la hermosa mujer que le amaba de verdad, faltó a la promesa de su hermano y, por culpa de su orgullo, reclamó mi amor, un amor que no es digno de un buen hombre. Pues bien, estoy satisfecha por todo ello, ya que Vashti ha sufrido el dolor más intenso que puede soportar una mujer orgullosa. Pero soportará todavía más dolor cuando le diga que me río de su apático amante y que se lo devuelvo para que haga con él lo que quiera.

Coventry se levantó sobresaltado de su asiento, pero Lucía se tapó la cara con ambas manos y se echó a llorar, como si el dolor hubiera sido más intenso de lo que Jean pudo prever.

—¡Llamad a sir John! Temo a esa mujer. ¡Alejadla de él! Mi pobre Bella, vaya compañía te hemos buscado. ¡Llamad de inmediato a sir John! —gritó la señora Coventry incoherentemente mientras abrazaba a su hija como si así

podiera evitar que Jean Muir destrozara a toda la familia. Edward era el único que conservaba la calma.

—Ya he avisado a sir John, de modo que mientras esperamos, dejadme acabar esta historia. Es cierto que Jean es hija del marido de lady Howard, el supuesto clérigo, aunque en realidad era un hombre arruinado que se casó con esa mujer por su dinero. La hija de ella murió, pero esta joven, por su belleza, ingenio y valentía, aceptó su propio destino y se convirtió en actriz. Se casó con un actor y la pareja llevó una vida desenfadada durante algunos años. Se peleó con su marido, se divorciaron y se marchó a París. Luego abandonó el teatro y trató de ganarse la vida trabajando de acompañante e institutriz. Ya sabéis qué ocurrió con los Sydney y el modo en que nos ha engañado. De no haber sido por este descubrimiento, también habría engañado a sir John. Llegué a tiempo de impedir una catástrofe, gracias a Dios. Ella se ha ido, y nadie sabe la verdad excepto Sydney y nosotros. Él callará por su bien, nosotros haremos lo mismo, y dejaremos que esta peligrosa mujer se enfrente al funesto destino que le espera.

—Gracias. En realidad, esta mujer se ha enfrentado a su feliz destino —pronunció la suave vocecilla de una joven que apareció en el umbral de la puerta y que sorprendió desagradablemente a toda la familia: era Jean Muir colgada del brazo de sir John.

—¿Cómo te atreves a volver? —preguntó Edward, perdiendo parte del autocontrol que tanto tiempo había conservado—. ¿Cómo te atreves a insultarnos volviendo a esta casa para reírte del daño que nos has causado? Tío, ¿no conoces a esa mujer!

—Cállate, muchacho. Recuerda dónde estás, y no escucharé ni una palabra —contestó sir John con un gesto autoritario.

—Recuerda tu promesa: amarme, perdonarme, protegerme y no escuchar sus acusaciones —susurró Jean, cuyos rápidos ojos habían detectado las cartas.

—Así lo haré. No temas, querida —respondió él mientras acercaba a Jean a su rincón habitual junto al fuego, que siempre estaba encendido cuando la señora Coventry bajaba a la salita.

Gerald, que se había dedicado a caminar por la estancia con visible agitación, se detuvo detrás de la silla de Lucía como si quisiera protegerla de cualquier insulto; Bella se aferró a su madre, y Edward, haciendo un esfuerzo por contener su ira, le entregó las cartas a su tío, añadiendo brevemente:

—Lea estas cartas, señor, y deje que hablen por sí solas.

—No voy a leer nada, ni voy a escuchar nada ni voy a creer nada que

pueda atenuar el respeto y el afecto que siento por esta señorita. Jean me ha advertido sobre ello. Conozco al enemigo y sus estratagemas para insultarla y amenazarla. Sé que los dos habéis tratado de amarla, y eso explica vuestro trato injusto y poco considerado hacia ella. Todos hemos cometido errores y hemos sido presas de la locura. Perdono a Jean por esos errores y locuras, y no deseo escucharlos de vuestros labios. Si ella os ha ofendido sin pretenderlo, me disculpo por ella. Ahora, olvidemos el pasado.

—Pero tío, tenemos pruebas de que esta mujer no es quien parece ser. Sus propias cartas la delatan. Léelas, y no te dejes engañar —gritó Edward, profundamente indignado por las palabras de su tío.

Una risa grave asustó a toda la familia, pero no tardaron en descubrir su origen. Mientras sir John hablaba, Jean había arrebatado las cartas de la mano que estaba tras él (uno de sus gestos preferidos) y, sin que nadie se diera cuenta, las había arrojado al fuego. La risa burlona y la fuerte llamarada delataron la acción de Jean. Los dos hermanos acudieron al rescate, pero era demasiado tarde. Las hojas condenatorias se convirtieron en un montón de cenizas, y los ojos brillantes y audaces de Jean Muir desafiaron a los dos jóvenes mientras decía con un leve gesto de desprecio:

—¡Aparten esas manos, caballeros! De lo contrario, se rebajarán al papel de detectives, y yo aún no soy una prisionera. Podéis herir a la pobre Jean Muir, pero lady Coventry está fuera de vuestro alcance.

—¡Lady Coventry! —exclamaron todos los miembros de la familia con distintos grados de incredulidad, indignación y asombro.

—En efecto. Os presento a mi querida y honorable esposa —añadió sir John pasando un brazo protector alrededor de la esbelta figura que estaba sentada a su lado. Fueron esa acción, esas palabras y la tierna dignidad que las acompañaba las que conmovieron a la familia y le infundieron compasión y respeto por ese pobre hombre engañado—. Recibidla como tal. Además, os pido que no atendáis a más acusaciones —continuó sir John con voz firme—. Sé muy bien lo que hago, y no penséis que voy a arrepentirme de ello. Si soy ciego, dejadme en ese estado hasta que abra los ojos. Nos vamos de viaje por algún tiempo, y cuando volvamos quiero que todos sigamos haciendo la misma vida de antes, salvo que Jean me iluminará con su luz igual que os iluminará a vosotros.

Nadie se atrevió a pronunciar palabra. Jean rompió el silencio añadiendo fríamente:

—¿Puedo preguntaros cómo habéis conseguido estas cartas?

—Mientras investigaba tu pasado, Sydney conoció a tu amiga Hortense. Es una mujer pobre y él le ofreció dinero a cambio de que le entregara las cartas

tan pronto como las recibiera. Al final, los traidores siempre son traicionados —replicó Edward con dureza.

Jean se encogió de hombros y miró despiadadamente a Gerald con una sonrisa elocuente:

—Recuerde eso, monsieur, y permítame desearle una boda más feliz de lo que ha sido su cortejo. Reciba mis más sinceras felicitaciones, señorita Beaufort, y además le pido que siga mi ejemplo si quiere conservar a sus amantes.

Jean pronunció estas últimas frases sin un atisbo de sarcasmo ni una mirada de despecho. El único rasgo inalterable que conservaba la naturaleza práctica de esa mujer se reflejaba en su rostro cuando se volvió hacia Edward y Bella, quien permanecía al lado de su madre.

—Habéis sido amables conmigo —comentó Jean con unas palabras de afectuoso agradecimiento—. Os lo agradezco, y sabré recompensaros. Sólo por vosotros admitiré que no soy merecedora del amor de este hombre, y os prometo solemnemente que consagraré toda mi vida a su felicidad. Quiero que me perdonéis por su bien, y que reine la paz entre nosotros.

Las palabras de Jean no obtuvieron respuesta, pero Edward la miró con indignación.

Bella estrechó su mano, y la señora Coventry sollozó como si cierto atisbo de remordimiento se mezclara con su resentimiento. Jean no esperaba recibir calurosas muestras de apoyo, y entendió que esas personas contenían su ira por respeto a sir John, no por ella, pero aceptó su desprecio como justo castigo.

—Volvamos a casa, amor mío, y olvidemos esta desagradable escena —propuso su marido mientras tocaba el timbre para anunciar su inminente partida—. El coche de lady Coventry, por favor.

Mientras daba la orden, Jean esbozó una sonrisa, ya que el sonido de esas palabras le aseguraba que había ganado la partida. Se detuvo por unos instantes en el umbral de la puerta antes de marchar. Se volvió hacia atrás y miró de esa forma intensa y extraña que Gerald recordaba perfectamente a raíz de su representación teatral. Entonces preguntó con voz penetrante:

—¿Acaso la última escena no es mejor que la primera?

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es